



MENTIRAS INOCENTES

MAYKA L. CARRIÓN

MENTIRAS INOCENTES

MAYKA L. CARRIÓN

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el consentimiento expreso del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art.270 y siguientes del Código Penal).

Título original: MENTIRAS INOCENTES

Autor: MAYKA L. CARRIÓN ©2019

All rights reserved.

Maquetación: Mayka L. Carrión

Diseño de cubierta: Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

Fecha Publicación: Diciembre de 2019

A mi padre, que no pudo ver mi sueño realizado

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

PRÓLOGO

Hoya de Buñol, Valencia.

Llego tarde. Ando lo más rápido posible teniendo en cuenta la escasa luz que se filtra entre las sombras de los pinos y lo escabroso del terreno. La noche no ha eliminado la asfixiante canícula diurna y el sudor ya empapa mi ropa. Al mirar hacia arriba la veo junto al pino seco, su cuerpo recortado por los primeros rayos de sol, en medio de la falda de la montaña.

—¿Dónde está? ¿Qué ha pasado? —pregunta nerviosa en cuanto llego a su altura.

Le pido que espere con un gesto de la mano; necesito recuperar el aliento antes de poder contestarle.

A lo lejos, se oyen voces y ladridos. La partida de búsqueda está a punto de salir del pueblo.

—Está muerto —respondo ante sus gestos de impaciencia.

—¿Qué?... No puede ser, nosotros lo dejamos con vida —replica asustada.

—¿Y cómo piensas demostrarlo?

—¿Qué quieres decir? —pregunta al borde del llanto.

—No tenemos más remedio que mantenernos unidos y seguir con la mentira. No pienso ir a la cárcel. Y tampoco creo que tú quieras ir.

—Pero... somos inocentes, ¿no? —pregunta insegura, con la mirada empañada por las lágrimas.

—Por supuesto, nosotros lo sabemos y los demás..., bueno ellos no tienen por qué saber toda la verdad, ¿no?

Se acerca más a mí y reposa su cabeza sobre mi hombro; yo le paso mi brazo por la espalda y la atraigo hacia mi cuerpo. Para bien o para mal, estamos juntos en esto.

A lo lejos, la partida de búsqueda se separa; no tardarán mucho en encontrar el cadáver. Es hora de regresar.

CAPÍTULO 1

Noemí

Casi veinte años después en el mismo lugar.

Abro la ventanilla del coche y dejo entrar el aroma de los pinos y de la tierra húmeda. Enseguida me siento transportada a los veranos de mi infancia y adolescencia, cuando mis padres nos traían a mi hermano y a mí a casa de los abuelos, en el pueblo natal de mi madre, a pasar las vacaciones. Los recuerdos me inundan. Está demostrado que el sentido del olfato tiene un mayor impacto en nuestra memoria que cualquiera de los otros cuatro. La mayoría de los recuerdos son agradables, la mayoría tiene que ver con mis primeras veces: mi primer amor, mi primer beso, pero otros recuerdos son mucho menos agradables, por ejemplo, la muerte de un ser querido.

La última vez que vine al pueblo fue hace tan solo unos meses, al entierro de un amigo de la colla. Tan solo tenía treinta y dos años cuando falleció, víctima de un estúpido accidente de tráfico al quedarse dormido al volante. Se llamaba Jorge, era el mayor de nuestro grupo de amigos y dejó mujer, una hija recién nacida y un montón de amigos desconsolados.

Parpadeó con rapidez para evitar las lágrimas que pugnan por salir cada vez que pienso en ello. La muerte de un ser querido siempre es dolorosa, cuando es de alguien de tu edad, te remueve por dentro y te obliga a reflexionar sobre tu efímero paso por este mundo.

Sin embargo, no era la primera vez que vivíamos de cerca la muerte de uno de nuestros amigos.

Hace poco menos de veinte años, mi familia y yo llegamos al pueblo, como era habitual, a pasar el verano. Solo que, antes que nosotros, llegó al pueblo otro habitante no tan agradable: la varicela, enfermedad con una alta tasa de contagio y para la que no existía vacuna todavía.

Mi hermano y yo no tardamos en caer enfermos, y ambos, junto a mi mejor amiga, Elena (culpable de nuestro contagio), nos vimos obligados a permanecer encerrados en nuestras respectivas casas en cuarentena. No sé quién lo pasó peor, si nosotros o nuestros padres.

Fue durante aquellos días, en que no pudimos salir a jugar con nuestros amigos, cuando ocurrió la desgracia.

Era un pueblo pequeño, por lo que nuestro grupo no solo no era numeroso, sino que además estaba formado por niños y niñas de diferentes edades.

Jorge, al ser el mayor, representaba al líder de la manada; era el más fuerte, el más alto, el más guapo. Un morenazo de ojos oscuros de los que quitan el hipo. Nadie solía oponerse a sus decisiones como jefe del grupo, o más bien casi nadie.

Ana había cumplido un año menos que Jorge y era su fiel seguidora. Tenía un cutis de alabastro y un precioso pelo negro ensortijado, que era la envidia de las demás chicas. Nunca supe si la sumisión absoluta a Jorge se debía a sentimientos amorosos, de amistad o a falta de criterio.

Juan Carlos y mi hermano Daniel, eran los siguientes y tenían la misma edad. Eran muy parecidos físicamente: los dos eran unos tirillas, con un insulso pelo castaño y unos ojos claros que cambiaban a distintos tonos entre el verde y el azul según incidiera en ellos la luz o el humor del dueño. Por el contrario, su carácter no podía diferir más: eran el día y la noche. Mientras que Juan Carlos, como buen hijo único, era mimado, consentido y a veces bastante insoportable, mi hermano, en cambio, era don Perfecto. Todo el mundo lo adoraba, fueran adultos, niños o animales. Mi padre siempre ha dicho que tiene un don. Yo simplemente creo que nació con una flor en el culo

Después venía Marta. No se podía decir que destacara por ningún rasgo físico en especial: castaña, ojos marrones, constitución normal, pero en ella todo resultaba armonioso y dulce. Era la más miedosa y débil del grupo, lo que hacía que prefiriera con más asiduidad la compañía de las dos más pequeñas antes que la de Ana o cualquiera de los chicos. Bueno, eso fue hasta que, con unos cuantos añitos más y las hormonas disparadas, mi hermano y ella empezaron a salir. Eran la pareja perfecta, o eso creía yo, hasta que unos años más tarde, Marta conoció en la facultad a su actual marido y abandonó a mi hermano, dejándolo con el corazón y el —hasta ese momento— inconmensurable ego destrozados.

Las dos peques éramos Elena y yo. Amigas inseparables. Sobre todo, teniendo en cuenta que los mayores nos dejaban de lado a causa de la diferencia de edad con ellos, que, aunque solo era de dos años respecto a Marta, llegaba a ser de cinco en el caso de Jorge.

En verano, tras multitud de horas pasadas al inexorable sol valenciano, era un espectáculo vernos: mi amiga negra como el tizón, sus enormes ojos color avellana y tan rubia que su pelo parecía casi blanco, y yo, de normal castaña cobriza, convertida en una versión española de Pippi Calzaslargas con mis ojos verdes y el pelo naranja en dos largas trenzas. Las dos éramos unas rebeldes; aunque siempre daba la sensación de que era yo, mucho más impulsiva y menos seria, la que manejaba los hilos de la relación, la verdad es que no era del todo cierto.

Aquel aciago verano, mientras mi hermano, Elena y yo permanecíamos confinados entre las cuatro paredes de nuestras respectivas habitaciones, Juan Carlos desapareció cuando regresaba solo al pueblo, contraviniendo el consejo de sus amigos.

Al día siguiente encontraron su cuerpo sin vida en medio del bosque y con signos evidentes de haber sido golpeado con saña hasta la muerte.

Aunque hubo sospechas fundadas de la presencia de un coche extraño en las inmediaciones del pueblo, nunca se encontró al culpable o los culpables. Ese hecho marcó nuestras vidas para siempre.

Los recuerdos me llevan en volandas los últimos kilómetros, aquí el paisaje se contagia de mi humor, el verde ha desaparecido y todo se ha tornado negro y gris a causa de los últimos incendios, por fin, llego al pueblo, encajonado entre dos sierras, tras poco más de una hora de viaje desde Valencia. Aparco delante de la puerta de casa de los iaíos. Ellos ya no están; hace ocho años que el iaío nos dejó, y la iaia, a causa del alzhéimer avanzado que padece, lleva un año en una residencia.

Abro la puerta con dificultad. El silencio y el desagradable olor a cerrado me dan la bienvenida. Dejo la maleta en la entrada y me paseo por las estancias llenas de recuerdos, polvo y alguna que otra telaraña. Tengo bastante faena por delante antes de que sea habitable de nuevo. Decido empezar por mi habitación y, tras vestirme con la ropa más vieja que tengo, me pongo manos a la obra.

No he avanzado mucho cuando llaman al timbre. Está claro que en este pueblo las noticias

corren más rápido que la pólvora.

Abro la puerta, incómoda por la interrupción, y me encuentro con tres rostros mirándome sonrientes. Son mis amigas: Elena, Marta y Ana.

Elena es la primera en adelantarse y abrazarme. Lleva su pelo rubio muy corto y de punta, un guiño a la niña rebelde que fue y el único que su trabajo le permite. Es cabo de la Guardia Civil. ¡Increíble! Ella, que siempre estuvo en contra de todas las normas establecidas. Aunque también le viene de familia, su padre es guardia civil retirado. Estoy feliz de verla y, aunque hubo una época en que nuestra amistad peligró, ahora siento que es más fuerte que nunca.

Ana no tarda en apartarla para abrazarme también. Desde que se casó, hace casi siete años, la verdad es que perdimos un poco el contacto. Ahora es directora de sucursal en un pueblo cercano. Su entidad bancaria está en plena expansión y su carrera, a pesar de ser madre, ha subido como la espuma. Ella es la que más ha cambiado, sigue con una piel envidiable, solo que apenas se vislumbra con tanto maquillaje, su melena rizada ha reducido bastante su longitud y en cuanto a su modo de vestir..., bueno, solo hay que ver como ha venido a recibirme: con un elegantísimo traje de chaqueta y zapatos de tacón. Tal vez sea por cómo ha encarado la vida: fue la primera en casarse, la primera en tener descendencia y también la primera en tener un cargo de responsabilidad en su trabajo. Nunca entendí sus prisas por madurar.

—¡Dejad paso a la elefanta! —exclama Marta detrás de Ana—. ¿No os da vergüenza? Los niños y las embarazadas van primero —reivindica, bamboleando su considerable tripa hacia mí.

—¡Dios mío, es cierto que estás enorme! —respondo, intentando abarcarla en vano.

Aunque dejó a mi hermano para casarse con el padre del hijo que lleva en su vientre, ella y yo no rompimos en absoluto nuestra relación. Es de esas personas con las que es difícil discutir o enojarse. Este mismo año consiguió la plaza de médico de cabecera en el pueblo y ahora va a ser mamá...

Está claro que todas han llegado lejos. Yo, en cambio, aquí estoy, atascada con mi «tesis interminable». Soy psicóloga y estoy realizando mi tesis doctoral sobre los asesinos en el ámbito rural español. Por eso he venido al pueblo, lejos de la civilización, en medio de la sierra valenciana, para intentar centrarme en la tesis y acabarla por fin. Bueno, por eso y porque necesitaba distanciarme un poco de mi actual pareja y, al mismo tiempo, director de tesis. Tengo claro que ambas situaciones no son compatibles, lo que todavía no sé es cuál de las dos relaciones debo terminar.

Una vez instalada adecuadamente, los días transcurren tal y como yo esperaba: retomando las amistades de la infancia y adolescencia; recorriendo los lugares tan conocidos y, sin saberlo, tan añorados; recuperando la serenidad y el relax olvidados en la gran urbe. Pero hoy... todo eso ha cambiado. O tal vez no. En realidad, es como haber regresado al pasado, como hace veinte años. Y eso, eso es aún peor.

Ha vuelto a desaparecer un niño, la hija de seis años de Ana, y el miedo y la sospecha se han asentado de nuevo entre todos los habitantes del pueblo.

Por la mañana me he sumado a las labores de búsqueda aún conmocionada; ayer mismo estuve jugando con ella delante del horno de Amparo. Se llama Lucía y es encantadora, la típica niña confiada que se va con cualquiera, acostumbrada a vivir en un pueblo recóndito donde todo el mundo se conoce. Solo pensar en lo que puede haberle ocurrido... Quizá ese sea el motivo de rezar mentalmente por ella mientras camino junto a otros vecinos y grito su nombre con la esperanza de que conteste a mi llamada.

Sin darme cuenta, me separo del resto; mis pasos me guían hasta donde hace veinte años

encontraron el cuerpo de Juan Carlos. Al percatarme, me detengo, completamente paralizada por el temor y la angustia. Repito de nuevo el nombre de Lucía, esta vez más bajito, como si al hacerlo pudiera despertar a lo que ha permanecido allí tanto tiempo dormido. Nadie me responde, tan solo se oye el sonido alterado de mi respiración, ni siquiera la brisa juguetea con las agujas de los pinos. Avanzo, un paso detrás de otro, hasta que la veo... La pena y el miedo me revuelven el estómago.

Vomito junto a un pino, a pesar de no tener nada en el estómago. Vomito, tiemblo y lloro todo a la vez. Incapaz de volver a mirar su cuerpecito sin vida, le doy la espalda e intento marcar en el móvil el número de teléfono de Elena.

—¡Elena, la he encontrado, la he encontrado...!

—¿Está viva? —me pregunta con voz impaciente.

—No, ella está... —digo sin más, con las palabras atascadas en mi garganta.

—¿Dónde estás?

—Donde Juan Carlos.

—¿Qué? —pregunta incrédula.

—Donde mataron a Juan Carlos.

—Sí, lo sé, te he entendido, es solo que... No te muevas, vamos para allá.

No tardan mucho, o eso creo. Con ella vienen dos guardias civiles más, dos hombres. Me presenta al más joven como teniente no sé qué, y él me pregunta algo que yo no entiendo. Me castañean los dientes y no puedo dejar de temblar a pesar de ser casi mediodía. Ahora el teniente habla con Elena; solo alcanzo a entender una palabra: shock. Pienso que tal vez se refiera a mí, y justo en ese momento veo lucecitas, oigo un zumbido penetrante en mis oídos y mis piernas se doblan bajo el peso de mi cuerpo.

Cuando recupero la consciencia, antes de poder abrir los ojos, percibo un olor penetrante muy molesto.

—¿Por qué pone esa cara de asco? —pregunta una voz masculina.

Abro los ojos sobresaltada. Estoy en el suelo, en medio del bosque de coníferas, y la cara del teniente está muy cerca de la mía, demasiado cerca, y ese perfume tan desagradable y penetrante proviene de él.

—No me gusta su perfume —le respondo con voz ronca, apartándolo con la mano lo más posible de mí.

Él se aleja un poco y me mira perplejo sin saber qué decir, lo que me permite observarlo más detenidamente. Tiene unos ojos bonitos, no muy grandes, pero de un inusual azul cobalto. Las líneas de su rostro son muy marcadas y el pelo, castaño claro y demasiado corto para mi gusto. Vuelve a hablarme y yo me concentro en su boca, en un vano intento por entenderlo. Sus labios dibujan una fina línea, signo evidente de su impaciencia.

—¿Tiene usted algún problema de sordera, señorita? —me suelta, desagradable.

Notó cómo me sonrojo. ¿Cómo alguien puede ser tan estúpido y desconsiderado?

—Que yo sepa, no, ¿y usted?

—¿Y por qué iba yo a tener ningún problema de sordera?

—¿Y por qué iba a tenerlo yo? —replico, ofendida por su falta de consideración.

—Mi teniente —interrumpe Elena, de pie junto a nosotros—, está claro que la testigo aún permanece en estado de shock, como muy bien apuntó usted antes. Quizá lo mejor sea trasladarla al pueblo para que la médica pueda revisar su estado, ¿no le parece?

Se me hace extraño el tono formal de Elena, aunque en su mirada puedo ver reflejada la

tristeza por lo ocurrido y también preocupación por mí.

—Tiene usted razón, cabo Fabra. Llame inmediatamente al Centro Operativo de Servicios y al comandante de puesto; necesitaremos más apoyo para acordonar este maldito bosque antes de que la prensa y los curiosos aparezcan. Después, comuníquese con la autoridad judicial pertinente. Yo vuelvo enseguida.

Y sin mirarme ni mediar palabra, me coge en brazos. Por un segundo estoy a punto de protestar airadamente, pero decido que lo mejor es mantenerme en silencio y obedecer; no quiero volver a desmayarme delante de él. Así, en sus brazos, y envueltos por un tenso silencio, llegamos hasta el coche patrulla aparcado en el camino rural, a unos escasos doscientos metros del lugar donde nos encontrábamos. Abre con dificultad la puerta del copiloto, me deposita de forma brusca en el asiento y me abrocha el cinturón de seguridad. Está tan cerca que vuelvo a oler su perfume e, inconscientemente, arrugo la nariz, molesta.

—Es la primera en quejarse —me susurra.

Parpadeo, sorprendida, con su cara a escasos centímetros de la mía. Por un instante se fija en mi boca, abierta por la sorpresa, y su mirada se demora un par de segundos. Perplejo, se aparta de inmediato y reaparece por el lado del conductor; sin decir nada se sienta y arranca el coche.

Pasan varios minutos sin que ninguno de los dos diga nada, y el ambiente parece relajarse.

—¿Cómo se encuentra? —me pregunta conciliador.

—Bien, eso creo. Supongo que ha sido la falta de alimento sumado a la impresión.

—Es comprensible. ¿Es su primera vez?

—¿Mi primera vez? Se refiere a... Sí, sí ha sido la primera vez. —Con este tipo de contestaciones, en vez de sorda debo de parecerle tonta de remate.

—¿Cómo se le ocurrió ir allí? Según me han informado, fue donde hallaron el cuerpo de otro niño asesinado hace bastante tiempo.

—Hace casi veinte años —respondo. Un escalofrío me recorre la médula al recordarlo—. ¿Sabe?, yo estaba aquí cuando ocurrió.

—¡Ah!, ¿sí? —comenta en un tono que no me gusta nada.

—¿Qué quiere decir con ese tonito? ¿No pensará que soy una asesina en serie desde los siete años? —respondo indignada.

Este hombre, desde luego, no tiene ni idea de lo que es la empatía, y tampoco creo que sea muy profesional.

—No sería la primera.

—Eso ya lo sé, soy psicóloga —digo cayendo de nuevo en su provocación—. De hecho, la tesis que estoy escribiendo y por la que me encuentro en este pueblo, trata precisamente sobre asesinos en el ámbito rural... —Me paro en seco, consciente de lo mal que debe de sonar lo que estoy diciendo—. Esto no ayuda, ¿no?

Hace una extraña mueca con la boca. Parece un amago de sonrisa, aunque con él no sé bien a qué atenerme.

—Aún no me ha explicado por qué fue directa al lugar donde se encontró el cuerpo del otro niño.

—No tengo ni la menor idea —respondo sin mirarlo. Estoy nerviosa y no sé si es por todo lo ocurrido o por su presencia a mi lado—. El subconsciente, supongo. Estaba alterada cuando salí en su busca, no pensaba, solo caminaba, y de pronto me di cuenta de dónde me hallaba. Entonces pensé que no era tan descabellado buscarla justo en ese lugar.

—Me ha dicho que está escribiendo una tesis sobre asesinos, ¿no?

—Sí, así es.

—Probablemente su mente relacionó los dos sucesos, tiene su lógica.

—Sí, sí la tiene. —De nuevo pienso en lo increíblemente tonta que debo de parecerle.

—Ya hemos llegado —suelta, frenando con rudeza el coche frente a la consulta de Marta.

Mientras dudo entre valerme por mí misma o aceptar de nuevo la humillante ayuda del teniente, Marta aparece en la puerta de la consulta, embarazadísima de ocho meses y con el rostro desenchajado por la preocupación. El teniente abre la puerta del coche y yo, llorando desconsolada, me lanzo sin su ayuda a los brazos de mi amiga.

—¿Qué ha pasado, Noe? Al oír el frenazo del coche, pensé que quizá fuese...

—La he encontrado, Marta —digo entre sollozos.

—Entonces, está...

—Sí —confirmo sus temores.

Sus lágrimas se unen a las mías. Ella ha visto crecer a esa niña, la ha atendido en su consulta más de una vez, y ahora... Ahora simplemente ya no está.

El teniente espera paciente unos segundos antes de llamar nuestra atención con un ligero carraspeo.

—Disculpen, pero yo debo regresar al lugar de los hechos...

—Sí, sí, claro... —respondemos las dos, todavía abrazadas la una a la otra.

—Señorita Gálvez, en cuanto se encuentre mejor, pase por el cuartel para realizar una declaración formal —me dice, subiéndose ya al coche.

Asiento con la cabeza. No tengo ninguna intención de volver a hablar con él. De hecho, preferiría no tener que volver a verlo nunca.

Permanecemos abrazadas un poco más antes de que Marta me haga pasar a su consulta y envíe a Amparo, su enfermera, a por un par de infusiones al bar de Toño, justo enfrente.

Una vez dentro le cuento cómo he encontrado a Lucía en el mismo árbol donde hace veinte años encontraron el cuerpo sin vida de Juan Carlos. Por un momento, tiene que sentarse en la camilla, conmovida.

Antes de que ninguna de las dos llegue a decir nada, irrumpe de manera inesperada Ana, la madre de Lucía, seguida por Amparo, que viene sofocada y con las infusiones en una bandeja. Nuestra amiga va ataviada con un chándal viejo, el pelo recogido con descuido en una coleta y el rostro demacrado y sin rastro de maquillaje. Fuera de sí, me agarra por los hombros y me zarandea.

—¿Dime que no es verdad, dímelo! —grita.

—Ana, por favor, cálmate —interviene Marta—. Suelta a Noe, siéntate y hablaremos de manera civilizada.

Mientras la obliga a soltarme y a sentarse, en voz baja le dice a Amparo algo que yo no consigo entender.

—Primero explícanos qué te han contado, Ana, por favor.

Ana deja de mirarme para dirigir sus desconsolados ojos a Marta.

—Han dicho... han dicho..., pero eso no es posible, ¿verdad, Marta? Ella no puede estar..., ¿verdad que no? —insiste, aferrándose desesperada a la mano de Marta—. Mi niña no...

Marta pone cara de alivio al ver regresar a Amparo con una jeringuilla. La coge y, mientras Amparo coloca sus manos sobre los hombros de Ana, de manera casual pero firme, le dice:

—Ana, cariño, estás muy alterada, así que te voy a poner un sedante para poder seguir hablando tranquilamente, ¿de acuerdo?

Ana estira el brazo sin resistirse y dirige de nuevo su atención hacia mí.

—Han dicho que la encontraste donde murió Juan Carlos. Pero... eso no puede ser, no tiene sentido, ¿verdad?

Yo miro a Marta aguardando instrucciones. No sé si en su estado debo decirle la verdad, y lo cierto es que tampoco quiero hacerlo. Marta termina de inyectarle el sedante, me mira con los ojos llenos de tristeza y se encoge de hombros. La decisión es solo mía.

—Ana, cariño —cojo sus manos entre las mías. Las suyas están heladas y en una de sus muñecas, como único adorno, lleva un coletero de Frozen, la peli favorita de Lucía. La congoja se convierte en una bola enorme atascada en mi garganta. La miró a los ojos y asiento con la cabeza incapaz de hablar.

Se queda quieta, sus manos inertes permanecen entre las mías, y de pronto un sonido horrible inunda la consulta. El gemido de dolor parece salir de las profundidades del cuerpo menudo de Ana y crece de manera exponencial en volumen e intensidad. Se introduce en nuestro interior por todos y cada uno de los poros de nuestra piel, convirtiéndonos en mudas partícipes de su profundo dolor.

Durante unos minutos interminables, intentamos consolarla, mientras entre sollozos y estremecimientos se culpabiliza de la muerte de su pequeña. Por fin, su marido, avisado por Amparo, aparece para llevársela a casa. Él no se encuentra mucho mejor que Ana. En cualquier caso, uno de los dos debe mantener la cordura frente a todo lo que se les avecina, y Rafa siempre ha sido el más responsable y fuerte de los dos.

Al verlos marchar, abrazados y con las espaldas encorvadas, siento en mi interior una horrible sensación de impotencia. Entonces, justo antes de traspasar el umbral de la puerta, Ana se gira, me mira con los ojos vacíos y, con un hilo de voz, me pregunta:

—Noe, ¿por qué allí? —Y sin esperar la respuesta que yo no puedo darle, se marcha a una casa vacía.

Marta y Amparo salen un momento tras ellos. Comentan algo de la medicación, pero yo no las escucho. Solo puedo oír la última pregunta de Ana antes de irse. No puedo quedarme de brazos cruzados, es mi amiga y yo he sido quién ha encontrado a su hija muerta. Debo hacer algo antes de que los sentimientos me ahoguen.

Cuando Marta regresa a la consulta con la aflicción como único acompañante, me mira extrañada.

—¿Se puede saber qué estás tramando? —pregunta suspicaz.

—¿Qué quieres decir? Yo no estoy tramando nada.

—Te conozco, y acabas de poner la misma cara que ponías de pequeña cuando te retaban a realizar algo imposible. No sé qué te propones, pero sé que no es buena idea —me sermonea.

—No digas tonterías, ya no soy ninguna niña a la que tenéis que decirle lo que puede o no puede hacer —replico, molesta por su tono condescendiente.

—Es decir, que sí estás maquinando algo —insiste Marta.

Yo me limito a cerrar con fuerza los labios. Estoy pillada y no tengo escapatoria.

—Si estás pensando en entrometerte en la investigación, quítatelo de la cabeza. Estoy segura de que el teniente y su plantilla son muy competentes. Si te inmiscuyes, seguro que todo acaba mal.

—Su plantilla, no lo sé; en cuanto a él, pfff, alguien con un ego de ese tamaño no creo que sea capaz de ver más allá de sus narices —digo, cabreada todavía por el comportamiento del teniente conmigo.

—No sé qué te ha hecho, pero no eres justa con él. No es propio de ti juzgar a las personas

por una primera impresión. Parece mentira, siendo psicóloga como eres, esta actitud infantil e inmadura —añade al leer el escepticismo reflejado en mi cara.

Finalmente, ante mi negativa a entrar en razón, nos tomamos las infusiones, ya frías, que Amparo nos había traído, en un silencio incómodo. Decido que es el momento idóneo para excusarme y marcharme antes de que decida volver a reprenderme. En ocasiones la huida es la mejor solución. He tomado una decisión y no cambiaré de idea: averiguaré, por mi cuenta, quién asesino a Lucía.

CAPITULO 2

Martín

Estoy preocupado. Apenas llevo un mes en el cargo de teniente. No conozco la zona, tampoco a los miembros de mi equipo, y mi primer caso parece complicarse por momentos.

Intento concentrarme en conducir, en la carretera, pero no puedo dejar de pensar en el caso de la niña desaparecida ayer. Tenía tantas esperanzas de encontrarla con vida. No hemos tenido suerte. Una joven ha encontrado su cadáver.

A partir de ese momento la situación solo podía ir a peor, como así ha sido. Tras dar las instrucciones iniciales a uno de los agentes que me acompañan para acordonar e informar a los estamentos pertinentes, cometo el error de acompañar hasta el pueblo a la joven que realizó el hallazgo. Se ha desmayado y parecía encontrarse en estado de shock. Lo hago con la esperanza de averiguar algo relevante; lo único que consigo es exasperarme. Esa joven es sumamente irritante. La dejo con gusto en manos de la doctora del pueblo y me dirijo de nuevo al lugar de los hechos para llevar a cabo tanto la diligencia de inspección ocular como la del levantamiento del cadáver.

Al llegar, vislumbro de lejos a varias personas con monos blancos y mascarillas, realizando fotos y recogiendo muestras. Como jefe de grupo a cargo de la investigación, he escogido a dos agentes para que me ayudaran en lo que en principio solo se trataba de una desaparición. Ambos son especialistas tanto en fotografía y delineación como en técnica policial y dactiloscopia. No solo eso: tanto la cabo Elena Fabra como el brigada Lorenzo Trujillo viven en el mismo pueblo que la víctima, aspecto que, espero, jugará a nuestro favor durante la investigación.

Mientras salgo del vehículo con intención de colocarme un mono blanco, yo también, y ayudar a los agentes a mi cargo, llega otro coche. Del mismo descienden dos personas que se presentan como el juez de guardia asignado al caso y el secretario judicial. Los tres nos encaminamos hacia la zona acordonada.

Enseguida uno de los agentes se percató de nuestra presencia y habla con otra persona que se encuentra inclinada examinando el cadáver; supongo que debe de ser el médico forense. En cuanto es consciente de nuestra aparición, se acerca de inmediato a nosotros.

Al quitarse la mascarilla me llevo una sorpresa, no sabría decir si grata o no. La médica forense es una antigua amiga, aunque quizá ella no utilice exactamente ese término para definir nuestra anterior relación. En todo caso, y quizá debido a la presencia del juez, un hombre de bastante edad y algo malhumorado, su comportamiento es muy profesional y se limita, de momento, a conversar sobre el caso.

—La niña lleva más de doce horas muerta, según la temperatura corporal y el rigor mortis. Es probable que muriera entre las nueve y las doce de la noche —dice Marga, la médica forense.

—Estupendo. Mientras yo me volvía loco intentando encontrarla, su asesino dormía tranquilamente o se tomaba un café con nosotros como si nada —espeto, incapaz de mantener la compostura. Algo en este caso me da mala espina.

Marga se limita a levantar una de sus cejas perfectamente depiladas y prosigue con sus

explicaciones sobre el estudio preliminar del cuerpo:

—No tiene signos evidentes de violencia; tampoco parece haber sido víctima de ninguna agresión sexual. De hecho, si no fuera por la lividez, la niña parece estar plácidamente dormida. Tendremos que esperar a la autopsia para determinar si la muerte fue por asfixia mecánica. En todo caso no veo signos de estigmas ungueales en la cara, lo que me lleva a pensar en una posible oclusión de las vías respiratorias mediante algún objeto blando —concluye Marga, dejándome algo parado. Está claro que su objetivo es dejarme en ridículo delante del juez. No me extrañaría que siguiera enfadada por cómo terminamos nuestra relación.

Yo ya estoy acostumbrado a ese tipo de jerga y no tengo ninguna intención de dejarme amedrentar por sus palabrasseudocientíficas ni por sus sibilinos fines vengativos. Por suerte, el secretario judicial manifiesta, sin ningún pudor, no haber entendido nada de la explicación.

—No había marcas de dedos alrededor de la boca y la nariz, por lo que la doctora ha deducido que la han asfixiado con un objeto blando —explico al secretario, dejándole de ese modo claro a Marga que sus artimañas no servirán de nada conmigo.

—Si es ese el caso, te advierto que no creo que tengas muchas pistas para encontrar al asesino —continúa, impertérrita, Marga—. Quizá tengamos más suerte con el examen toxicológico. El hecho de no hallar lesiones defensivas me hace pensar en que la niña fue sedada antes de ser asfixiada. Incluso me atrevería a asegurar que ya estaba cadáver cuando la depositaron aquí. No creo que esta sea la escena del crimen.

—Veo que todo son buenas noticias —digo desanimado.

—Lo siento, es todo lo que puedo decir de momento. —Se encoge levemente de hombros.

—Será mejor que terminemos lo antes posible con las diligencias y así poder trasladar el cadáver al Instituto Anatómico Forense para la autopsia. Esto no tardará en llenarse de periodistas y curiosos, y preferiría que ni el cuerpo de la niña ni yo estemos presente cuando ello ocurra —dictamina, molesto, el juez.

Una vez terminados la inspección ocular y el levantamiento del cadáver, a la cabo Fabra y a mí nos toca la siempre desagradable pero necesaria notificación del fallecimiento a los padres.

Escojo a la cabo para acompañarme no solo por ser oriunda del pueblo y conocer a todo el mundo, sino también por haber sido especialmente recomendada por sus superiores. De momento no tengo queja: es altamente competente y, por suerte, no parece en absoluto interesada en mí.

Una vez en casa de Lucía, descubrimos que sus padres ya han sido informados de todos los pormenores del fallecimiento, al parecer por la irritante muchacha que encontró el cuerpo y por la doctora del pueblo. Es del todo improcedente. En la mayoría de los infanticidios el culpable suele ser uno de los progenitores. Es importante atestiguar la reacción de estos al conocer la noticia, aspecto que, gracias a la intromisión de esas dos mujeres, no sabré nunca. Tendré que mantener cuatro palabras con aquella jovencita sobre lo que puede y lo que no puede explicar. En cualquier caso, el factor sorpresa ha desaparecido, y aunque tengo muchas preguntas que formular a los padres, este no parece buen momento. La madre está sedada, y el padre parece a punto de desmoronarse. Esperaré el momento adecuado para interrogarlos.

De camino al cuartel me despacho a gusto contra esa muchacha exasperante. La cabo, tras informarme de su nombre, Noemí, y de su estrecha relación con ella, me escucha en silencio con una extraña sonrisa en los labios y un leve encogimiento de hombros final.

Al llegar al despacho, redacto el informe preliminar. Después leo el informe del caso del niño encontrado muerto en el mismo lugar hace veinte años. No creo en absoluto que se trate de un asesino en serie; el tiempo transcurrido entre un asesinato y el otro es demasiado. Solo que

tampoco creo en las coincidencias.

Cuando termino de leerlo, noto una incómoda sensación en la base de la nuca. Cojo una de las hojas del expediente y la guardo bajo llave en uno de mis cajones. Este caso me altera sobremanera. El niño, de nombre Juan Carlos López, presentaba signos de haber sido maniatado y amordazado a un árbol, y según se podía apreciar por las fotos tomadas en aquella época, ese árbol en concreto era el mismo bajo el que acababan de encontrar el cuerpo sin vida de la pequeña Lucía.

No se habían detectado rastros de las ligaduras ni del objeto que se introdujo en la boca del niño para amordazarlo. Aparte de eso, presentaba una rotura del tabique nasal, lo cual, sumado a la obstrucción provocada por el objeto introducido en la boca, le había provocado la muerte por asfixia. El caso se había archivado por falta de pruebas. Aún tengo mucha investigación por delante, pero, sinceramente, espero que los dos crímenes no estén relacionados.

Incapaz de seguir hilando pensamientos coherentes, decido dar por terminada la jornada y marcharme a dormir. Al día siguiente visitaré a los padres de Juan Carlos; quiero conocerlos. Visto lo rápido que corren las noticias en este pueblo minúsculo, seguramente ya sabrán dónde ha aparecido el cuerpo de Lucía. Mejor hablar con ellos cuanto antes; no quiero reabrir viejas heridas, pero debo descartar cualquier posible relación entre los dos casos.

En el momento en que por fin apago las luces del despacho, suena mi móvil. El número es desconocido, aun así, decido contestar.

—Buenas noches, Martín. ¿Cómo estás?

—¿Marga?

—Sí, claro. Veo que me has borrado de tu lista de contactos. Yo, en cambio, no lo he hecho —contesta, recelosa y un tanto enfadada.

—La verdad es que he cambiado de compañía y he perdido muchos teléfonos que tenía en el móvil antiguo —miento de manera poco convincente.

Tengo por costumbre no mantener ningún tipo de trato con mis parejas una vez que la relación amorosa finaliza. Me resulta innecesario, malsano y peligroso.

—Ya. Digamos que te creo... Me ha alegrado volver a verte —declara en un tono mucho más conciliador.

—Sí, a mí también, aunque las circunstancias no hayan sido las más idóneas...

—Bueno, quizá el destino nos haya querido dar una segunda oportunidad, ¿no crees?

No lo creo en absoluto. Tampoco quiero provocar un conflicto con la médica forense en mi primer caso como teniente. De modo que barajo mis posibilidades.

—Claro, quizá cuando la investigación termine, podamos darnos un tiempo para nosotros. Para reencontrarnos —propongo en lo que espero que sea mi tono más encantador. Toda esa palabrería les encanta a las mujeres, y yo necesito conseguir más tiempo para centrarme en el trabajo.

—Yo había pensado en reencontrarnos antes —insiste ella sin intención de rendirse—: el próximo sábado; una cena. ¿Qué te parece?

Esto se complica.

—Sabes que no me gusta mezclar el trabajo con el placer. Aunque por ser tú..., tal vez pueda hacer una excepción.

Aún faltan unos días para el sábado. Puedo ir dándole largas hasta tomar una decisión. De pronto, tengo un flashback de las increíblemente flexibles y largas piernas de Marga. Soy un hombre con necesidades, y mis dudas disminuyen bastante al pensar en ese cuerpo espectacular.

—Entonces tenemos una cita —termina ella con una de esas risitas tontas que lanzan las mujeres y que yo odio.

—Hasta el sábado, Marga —me despido antes de cambiar de idea... otra vez. Cierro la puerta del despacho y por fin me voy a dormir.

A la mañana siguiente, más nervioso de lo normal, me presento temprano a la puerta de los padres de Juan Carlos. La gente de campo madruga, y espero encontrar a los dos todavía desayunando. No tardan mucho en abrirme, aunque a mí se me hace eterno.

El hombre que aparece en el umbral tiene el pelo completamente blanco, así como un cuerpo enjuto y doblegado por el paso del tiempo y una vida de trabajo duro. Debe de rondar los ochenta años, pero sus ojos parecen haber vivido mucho más tiempo y más cosas de las que sin duda hubiese querido. Sin poder evitarlo, este hombre me cae bien al momento.

En cuanto doy a conocer quién soy y a lo que vengo, me hace pasar a la cocina, donde se encuentran dos mujeres desayunando. Una de ellas, al advertir nuestra presencia, se levanta de inmediato. Deduzco que debe de tratarse de la madre de Juan Carlos. Aunque es más joven que su marido, en su rostro se puede leer la misma tristeza. En ese primer instante, me parece intuir un extraño brillo en sus ojos al mirarme, pero desaparece tan rápido como aparece, sin darme tiempo a descifrar su significado.

La otra mujer, que ha permanecido de espaldas a nosotros hasta este momento, se gira, y enseguida reconozco a la joven atractiva y desesperante del día anterior. Ella me sonríe con inocencia y noto cómo la rabia me invade. Mis sentimientos deben de reflejarse con toda claridad en mi rostro, ya que su sonrisa se ensancha aún más. Esta mujer es insufrible: no solo se entromete constantemente en la investigación, sino que además parece enorgullecerse de ello.

—Buenos días, señora Gutiérrez —me dirijo a la mujer mayor, ignorando deliberadamente a la joven metomentodo—, disculpe que venga tan temprano a molestarlos. Quería hablar con su marido y con usted y pensé que sería la mejor hora para encontrarlos juntos.

—Por supuesto, pase, pase, ehh...

—Soy el teniente Martín de Castro. Encantado. —Le estrecho la mano.

—Igualmente, teniente. Lástima que sea en una ocasión tan triste. ¿Conoce ya a Noemí? —añade señalando a su invitada.

—Sí, claro, ya tenemos el gusto, ¿verdad, teniente? —dice, sarcástica, Noemí.

—Por supuesto, y... ¿puedo saber qué es lo que la ha traído a usted tan temprano a esta casa, Noemí?

—Ohh, pues la leche, claro.

—¿La leche? ¿Qué quiere decir con «la leche»? —pregunto malhumorado.

No tengo claro a qué está jugando, pero empiezo a perder la paciencia con ella.

—Teniente, creo que se refiere a la leche de mis vacas —interviene el hombre—. A Noemí siempre le ha encantado su leche.

Noemí vuelve a sonreír de forma cándida y a mí vuelven a subirme las pulsaciones de manera alarmante.

Siempre he podido vanagloriarme de saber mantener mi carácter bajo control a voluntad, pero con esta criatura endemoniada de ojos verdes me resulta muy difícil. Si cree que me voy a tragar toda esa pantomima de la leche de las vacas, va lista. Es evidente que esta muchachita está haciendo pesquisas por su cuenta. El motivo no lo sé, y tampoco me importa. Lo que tengo muy claro es que lo de inmiscuirse en la investigación se va a terminar. Y ya.

—Estoy seguro de que la leche es excepcional, pero necesito hablar en privado con los

señores...

—Es porque han encontrado a Lucía en el mismo sitio que a mi Juan Carlos, ¿no? —me interrumpe la señora, sobresaltándose—. No hay nada que Noemí no pueda oír; ella conocía a mi niño, su hermano y él eran muy amigos...

En ese momento se le quiebra la voz y rompe a llorar, incapaz de continuar.

—Ya, ya, señora Rosalía, no llore. —Noemí se pone en pie para consolarla y me fulmina al mismo tiempo con sus ojos de gata—. Ande, siéntese. Si no está en condiciones, estoy segura de que el teniente podría dejarlo para otro día.

—No, cariño, gracias. Es solo que, por mucho tiempo que haya pasado, pues una nunca se recupera de la muerte de un hijo —señala la mujer, intentando recuperar el control de sus emociones.

—La verdad es que, con lo ocurrido a Lucía, todo se le vuelve a remover a uno por dentro — responde lacónico el marido, con un deje de tristeza en la voz.

—Lo entiendo perfectamente. Si prefieren que pase en otro momento...

—No, no, cuanto antes, mejor —repone la mujer, más calmada, ofreciéndome con un gesto una de las sillas—. Noe, cariño, anda, hazle un cafelito al teniente y luego te traes otra silla del salón y te sientas aquí a mi lado. Como le decía antes, teniente, Noe es de la familia; no hay nada que ella no pueda escuchar.

Genial, así que la cotilla de la psicóloga es como de la familia. Bueno, delante del matrimonio me callaré mi opinión; cuando estemos solos, ya le diré lo que opino de sus tejemanejes.

Una vez todos instalados alrededor de la mesa de la cocina, empiezo, violento, el interrogatorio.

—Verán, como ustedes mismos han apuntado, al haber sido encontrado el cuerpo de la niña desaparecida en...

—Lucía —me interrumpe Noemí.

—¿Perdón?

—Lucía, la niña desaparecida se llamaba Lucía —replica, seria y un tanto molesta.

—Sí, claro. Como iba diciendo, el hecho de que encontráramos a Lucía —subrayo mirando a Noemí— justo en el mismo lugar donde su hijo fue encontrado hace veinte años nos ha llevado a reabrir el caso. —Ambos se revuelven inquietos en sus sillas al oír mis palabras—. No quiero darles falsas esperanzas de hallar al asesino de su hijo. Lo más probable es que ambos casos no tengan nada más en común. En cualquier caso, querría que me hablaran un poco de su hijo y del lugar donde fue encontrado.

—Nuestro niño era el mejor hijo que una madre pudiera desear. Todo el mundo en el pueblo lo adoraba, y todos los niños eran amiguitos suyos y lo querían con locura...

En este momento, veo cómo Noemí eleva ligeramente una ceja. Al parecer, la amiga de la familia no comparte la misma opinión sobre el niño que la madre.

—... por eso —continúa la mujer, ajena a las expresiones del rostro de Noemí y a mis propios pensamientos—, siempre sospechamos que fue alguien de fuera. Nadie de aquí le habría hecho algo así —indica, a punto de quebrarsele de nuevo la voz.

—Pero ahora todo ha cambiado, Rosalía —tercia su marido.

—¿Qué quiere decir, señor López? —indago, sin acabar de entender su razonamiento.

—Si ha vuelto a ocurrir, eso tal vez quiera decir que no fue un forastero quien asesinó a su hijo —responde, turbada, Noemí. El hombre se limita a confirmar sus palabras con un asentimiento de cabeza.

—Esa es una de las razones de venir a verlos. En realidad, creemos que el asesino de Lucía dejó allí su cuerpo con intención de distraer nuestra atención.

—¿Qué quiere decir con eso? —pregunta, confusa, la mujer.

—Creo que lo que el teniente quiere decir es que la persona que ha asesinado a Lucía intenta hacerles creer que ambos asesinatos tienen relación, cuando en realidad no es así —interviene Noemí. Está claro que quizá la he subestimado, pero sigue siendo una metomentodo de cuidado.

Todos me miran en silencio, esperando una ratificación a las palabras de Noemí.

—Lo único que puedo decirles es que mantenemos abiertas todas las vías posibles. No hemos descartado totalmente una relación entre las dos muertes.

La mujer parece relajarse con mis palabras.

Les hago unas cuantas preguntas más para intentar aclarar las extrañas circunstancias de aquel caso. Al parecer, Juan Carlos, la tarde de su desaparición y tras enfadarse con sus amigos, decidió escoger el camino más corto y difícil para volver al pueblo, en vez de utilizar el sendero más largo, pero mucho más fácil de transitar en bici. Esa urgencia por llegar a casa tal vez sea la clave de su asesinato o solo una mala decisión que lo llevó a la muerte; en cualquier caso, no es mi prioridad estudiarlo. Aparte de la bici, tirada a unos metros de donde lo encontraron, no hallaron ninguna pista o resto de ningún tipo, pero eso ya lo sé por el informe. Todo el caso en sí es un callejón sin salida.

Finalmente me despidió de ellos con mal sabor de boca a mi pesar; ambos me han caído bien, y todo esto solo les traerá más dolor y ningún consuelo. No creo en un único asesino para los dos crímenes. Estoy casi seguro de que el traslado del cuerpo de Lucía al mismo lugar del asesinato de Juan Carlos solo tenía la intención de desviar nuestra atención, en un claro intento por apartarnos de la verdad.

Recorro la calle Mayor, donde se ubican los escasos comercios del pueblo. Todos los vecinos con los que me cruzo me miran al pasar, aunque son menos los que me saludan. Yo tampoco albergo ningún deseo de socializar, de modo que aligero el pasó y me dirijo a la plaza del Ayuntamiento, centro neurálgico del pueblo, en cuyo perímetro se hayan los edificios más relevantes: el ayuntamiento, la iglesia parroquial y dos de los tres bares que tiene el pueblo. Es en uno de ellos, el bar de Toño, donde he quedado en encontrarme con el brigada y la cabo. Espero que hayan descubierto alguna pista fiable hablando con la gente del pueblo. Si hay algo raro en la familia de Lucía, en un pueblo tan pequeño, alguien tiene que saberlo.

—¿Qué han averiguado? —pregunto una vez todos reunidos alrededor de una mesa en la vacía terraza del bar. Sin duda los parroquianos prefieren disfrutar del fresco artificial del interior.

—Traigo buenas noticias, mi teniente —empieza el brigada Lorenzo Trujillo—: hace poco, Rafa, el padre de la niña, heredó unas tierras de sus abuelos. Hasta aquí todo legal y correcto. El problema surgió cuando, investigando, Rafa descubrió que su vecino había modificado los lindes de la finca en su propio beneficio, aprovechándose de la vejez y enfermedad de sus abuelos. El vecino lo negó todo, de modo que Rafa decidió denunciarlo. —Aquí hace una pausa y nos mira a los dos, triunfante—. Hace un mes, varios testigos vieron al vecino profiriendo amenazas contra Rafa y su familia.

—Es una buena pista. ¿Y usted, cabo?

—Yo tengo otra pista, mi teniente. La madre de Lucía es directora de una sucursal bancaria en un pueblo cercano. Al parecer, fue de las que pilló a más de un cliente con las preferentes. En esta ocasión, no hay testigos de amenazas explícitas hacia su persona, pero no sería de extrañar que las hubiera.

—Estupendo, dos líneas claras que seguir. Estaba harto de perseguir fantasmas —digo, visiblemente aliviado—. Pongámonos manos a la obra: brigada Lorenzo, quiero hablar con su sospechoso; si no colabora, recurra al juez. Cabo, usted y yo iremos a hablar con los padres de la niña. Tenemos muchas cosas...

—¡Elena!, ¡Elena! —nos interrumpen unos gritos exaltados.

Noemí viene corriendo hacia nosotros con una sonrisa sospechosa. Quizá pueda decirle ahora todo lo que no he podido en casa de los padres de Juan Carlos.

—Hola, brigada, teniente... —saluda con el aliento entrecortado por la carrera—. Elena, Marta está en el hospital...

—¿Qué ha ocurrido? —preguntamos al unísono, preocupados, la cabo y yo.

—No, tranquilos. Es el bebé, ya está en camino —aclara, poniendo los ojos en blanco ante nuestra desmedida respuesta—. Cojo el coche y voy para allá... Supongo que tú no puedes venir —afirma, mirándome a mí de reojo.

—Como usted comprenderá —empiezo, incapaz de mantener a raya toda la irritación que he ido acumulando a lo largo de la mañana—, no todo el mundo puede ir de aquí para allá, haciendo lo que le da la real gana, como usted. La gente normal tiene obligaciones y sigue unas normas...

—Yo me voy ahora mismo —me corta, dejándome con la palabra en la boca—. Cuando puedas, pásate —puntualiza a Elena. Da media vuelta y desaparece corriendo de nuevo por donde ha venido.

—Creo que lo mejor será ir a visitar a los padres de Lucía —sugiere Elena al verme a punto de estallar.

Esa mujer no tiene ningún respeto por el orden establecido, y su educación deja bastante que desear. De todas maneras, la cabo no tiene la culpa, y mi deber es centrarme en investigar el asesinato. Espero por su bien no volver a encontrármela entrometiéndose en la investigación...

Considero importante la presencia de Elena en el interrogatorio de los padres de Lucía; ayudará a que confíen en nosotros. Por experiencia, sé cuánto puede llegar a obstaculizar una investigación la desconfianza hacia la autoridad.

El ambiente en una casa donde alguien ha fallecido suele ser deprimente y opresivo. Cuando el fallecido es un niño y, además, asesinado, se vuelve terriblemente sombrío y angustioso. Por suerte, la madre de Lucía parece suficientemente lúcida, y su padre, a pesar de las ojeras, permanece sereno.

—Ana, Rafa, sentimos mucho vuestra pérdida —comienza Elena—. Pero nuestra obligación es atrapar a la persona que le ha hecho daño a vuestra hija. De modo que tenemos que formularos algunas preguntas. Algunas serán incómodas y otras os parecerán irrelevantes o, por el contrario, ofensivas. Podéis estar seguros de que nuestro único interés es descartar todas las posibilidades y así encontrar al verdadero culpable.

—Por supuesto, estamos a vuestra entera disposición. —Rafa nos invita con un gesto a que tomemos asiento y empezemos.

—Rafa, hemos oído que mantiene usted una disputa con un vecino del pueblo —inquiero yo.

—¿Se refiere al hijo del Mandíbulas? —pregunta, más a Elena que a mí—. Sí, bueno, le he puesto una demanda —continúa una vez que Elena le confirma con un gesto su duda— por las tierras, por las lindes. Según él, mi abuelo se aprovechó, cuando la guerra, para quedarse con tierras que habían pertenecido a su familia desde siempre, y ahora, él se había aprovechado de la enfermedad de mi abuelo para resarcirse.

—¿Quiere decir que él ha hecho esto para vengarse de mi marido? —interrumpe Ana con voz

trémula.

—Eso no puede ser —rebate Rafa—. Siempre ha sido un hombre vengativo y con muy mal perder, pero llegar a..., no lo puedo creer.

—Rafa, según tengo entendido, llegó a proferir amenazas en público tanto a usted como a su familia, ¿es eso cierto? —inquiero.

—Cuando supo que lo había demandado, se encaró conmigo en la plaza Mayor, incluso llegamos a las manos, pero de ahí a ...

—Rafa, no es nada concluyente —apunta Elena—. De hecho, nos gustaría saber si tú, Ana, también has recibido amenazas.

— ¿Yo? ¿Yo por qué iba a recibir amenazas? —pregunta Ana sin entender a dónde quiere llegar Elena.

—¿Quizá algún cliente descontento con sus inversiones, alguien a quien le denegaras un préstamo? No sé, cualquier cosa, aunque a ti te parezca irrelevante, puede ser crucial.

—Está el hijo de aquel señor mayor de las preferentes —alude Rafa—. Recuerdo que me comentaste algo hace un mes, más o menos.

—Sí, fue bastante desagradable. Un empleado que vino a realizar una sustitución invirtió todos los ahorros de un pobre anciano analfabeto en acciones preferentes. Su hijo se presentó hará cosa de un mes en la oficina, gritándome «ladrona» y amenazándome con cortarme el cuello si no le devolvía todo el dinero a su padre. Recuerdo que Emilio, mi subdirector, se ocupó de él; al parecer se conocían y consiguió apaciguarlo. De hecho, no he vuelto a verlo desde entonces.

—¿Recuerdas su nombre? —preguntó Elena.

—El apellido de su padre era Llopis. No recuerdo nada más, pero seguro que Emilio podrá darte más datos. ¿Crees que él...?

—Ana, como le ha dicho antes Elena, nuestra obligación es investigar todas las posibilidades hasta averiguar la verdad. No podemos descartar ningún indicio, por muy descabellado que parezca.

Ana se queda en silencio, pensativa. Por un instante creo que va a contarnos algo, pero en el último momento parece cambiar de idea.

—Rafa, Ana, ¿cómo va vuestra relación de pareja? —suelto a bocajarro, incapaz de suavizar una pregunta como esa.

—¿Nuestra relación? ¿A santo de qué viene esa pregunta? —alega, ofendido, Rafa.

—Necesitamos saber si hay terceras personas implicadas. Y si alguno de los dos es violento con el otro... —Elena mira fijamente a Ana— o si lo erais con Lucía.

En ese momento, Rafa, airado, se levanta del asiento mientras Ana mira incrédula y sorprendida a Elena. Frente a esas preguntas, la respuesta no verbal de los cónyuges siempre resulta mucho más significativa que las palabras.

—Rafa, cálmate —pide Elena conciliadora—. Es importante descartar el entorno de Lucía; ayúdanos a centrarnos en lo importante. Entiendo que te ofendas, pero nuestro deber es investigarlo todo.

Ana coge a su marido de la mano y, con una mirada, consigue volver a sentarlo. Aunque la beligerancia sigue presente en su mirada, ha desaparecido de su actitud.

—Rafa es el mejor marido y padre que nadie pueda desear. Siempre ha sido un hombre paciente. Y tú sabes perfectamente —dice mirando a Elena— cuánto nos quiere a Lucía y a mí, y sabes tan bien como yo que es incapaz de ponernos las manos encima.

Su mirada al pronunciar esas palabras ha sido nítida, muy diferente a los vistazos esquivos y

avergonzados de las mujeres que sufren violencia o abusos de sus parejas.

—Nunca se me ocurriría usar la violencia contra una mujer o un niño, me parece deleznable y cobarde. En cuanto a terceras personas, amo con locura a mi mujer, nunca he mirado a otra. No tengo nada más que añadir —replica Rafa, intentando mantener el control de sus emociones.

El ambiente de cordialidad y de confianza ha desaparecido. No tardamos en despedirnos. Justo antes de irnos, Ana nos pregunta:

—Entonces, ¿la muerte de Juan Carlos no tiene nada que ver con... con Lucía?

Elena y yo nos miramos. Es una pregunta difícil de contestar, sobre todo a unos padres necesitados de respuestas y en un pueblo donde las paredes tienen oídos.

—No podemos asegurarlo, pero todo indica que no —respondo yo. No tiene sentido mentirle.

Ana parece relajarse ligeramente, y, sin más, nos despedimos de la pareja y salimos a la calle.

—¿Sabe que su amiga nos oculta algo? —pregunto a Elena a una distancia prudencial de la casa, para no ser oídos.

—Sí. Aunque también estoy convencida de que lo que sea que nos oculta no tiene nada que ver con la muerte de su pequeña.

Sin duda Elena es una buena agente: está demostrando buenas dotes de observación y diplomacia.

—Tampoco nos ha negado la existencia de una tercera persona en su relación, como sí ha hecho su marido —apunto yo.

—Si fuera alguien del pueblo, lo sabría. Debemos buscar fuera.

—Visto lo rápido que corren las noticias en este lugar, estoy de acuerdo con usted. ¿Qué le parece si empezamos hablando con su entorno laboral?

—Hoy ya es tarde, pero mañana a primera hora iré a su oficina —contesta obediente. Al menos las palabras lo son. El tono indica otra cosa.

—¿Tiene algo que objetar, cabo?

—De momento, nada, mi teniente, aunque, ya puestos, preferiría que me llamara por mi nombre, al menos cuando estemos solos. Es Elena.

—De acuerdo, Elena. Cuando estés dispuesta a compartir conmigo lo que te ronda la cabeza, no dudes en decírmelo.

Me mira durante dos largos segundos y después continúa andando. Sea lo que sea, aún no está preparada para compartirlo. Decido confiar en ella y esperar.

En ese momento el móvil de Elena emite un tono de WhatsApp. Revisa la pantalla y sonrío. Me sorprende; es la primera vez que la veo hacerlo. Se gira y me mira con la sonrisa aún en los labios.

—Es Noe. Marta ya ha tenido el bebé, una niña. Las dos están bien. Si no te importa, desearía ir a verlas.

—Por supuesto. Esta tarde me gustaría que revisaras la lista de los pederastas con residencia en la provincia. Aunque, según la forense, en principio no había indicios de violación, será mejor que los tengamos en cuenta. También me gustaría tener lo más pronto posible los movimientos bancarios de los padres de Lucía de los últimos seis meses.

Elena frunce levemente el ceño; no está de acuerdo con seguir investigando a los padres. La entiendo. No es fácil ver a un amigo como un posible asesino, y menos de su propio hijo. Por desgracia, la gente normal es capaz de cometer las peores atrocidades. Y ella debería saberlo tan bien como yo.

—De acuerdo, teniente —repite, sin embargo, en su tono impersonal y competente de

siempre. El momento para dejar entrever sus sentimientos ha pasado. Cada vez se gana más mi simpatía y respeto—. Esta misma tarde me pondré a ello. Por cierto, ¿quieres que le dé algún recado a Noe de tu parte? —pregunta mordaz. Supongo que resulta demasiado evidente mi opinión sobre su amiga.

—Lo que tengo que decirle prefiero hacerlo en persona, gracias —replico, más seco de lo habitual—. Por cierto, Elena, confío en que no revelarás ningún tipo de información sobre la investigación.

—No te preocupes, teniente, soy una profesional. Hasta la tarde —se despide, dejándome solo con mis pensamientos. De hecho, no dudo de su profesionalidad, dudo más bien de las intenciones de su amiga.

Mientras la veo alejarse camino del hospital, me invade una cierta melancolía. No entiendo cómo la gente se alegra de traer niños a este mundo, y no solo por el caso que estamos investigando. Nunca he sentido la necesidad de perpetuar mis genes. Tampoco echo de menos una familia. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a echar de menos algo que nunca he tenido?

La cabo ya ha desaparecido de mi vista y a mí me espera mucho trabajo, de modo que me pongo en marcha. No tengo tiempo para la psicología barata, eso se lo dejo a personas como la amiguita psicóloga de Elena. Subo al coche y me dirijo al cuartelillo. El brigada Lorenzo ya debe de estar con el vecino sospechoso. Este va a ser un día muy largo.

CAPÍTULO 3

Martín

Ya es sábado. Ha sido una semana complicada, pero por fin es sábado y tengo una cita con una mujer. Esta tarde he corrido quince kilómetros campo a través, no hay muchas más opciones si no te gusta correr respirando el humo de los coches por la carretera, amén del peligro que supone encontrarte con algún fumado hablando por el móvil. Ha sido más duro de lo que esperaba, no estoy habituado a un terreno tan escarpado, ni a este calor pegajoso, pero tras una buena ducha me siento un hombre nuevo. Camino a casa de Marga, escuchó al Boss en la radio del coche. He reservado mesa para dos en una casa rural cercana, a medio camino entre su casa y el cuartel.

De momento vivo en el cuartel; no he tenido tiempo ni ganas de buscarme nada. Tampoco es que lo necesite: mi vida es el trabajo. Si necesito la buscada intimidad para mis esporádicas y cortas relaciones amorosas, siempre la puedo encontrar en sus casas o en algún hotelito romántico. Es más cómodo y menos comprometido.

No tengo muy claro cómo acabará la noche. Por un lado, mi cuerpo, tras más de un mes de sequía, tiene sus propias exigencias; por otro lado, mi cabeza no está de acuerdo. Conozco a Marga, y no es de las que se limitan a pasar un buen rato; ella querría más de lo que yo estoy dispuesto a dar. Además, está la relación profesional. Aún no dispongo del informe forense y no quiero enemistarme con ella.

Pensar en el caso hace que reviva los últimos días. Al principio sentía que tenía demasiados frentes abiertos, pero a lo largo de la semana he ido centrándome en un solo sospechoso: el vecino de las amenazas.

En el interrogatorio se mostró arrogante, violento y poco colaborador. No negó haber proferido amenazas a la familia de Rafa. Según él, solo había sido un arrebato de ira, causada por la gran injusticia cometida por el abuelo de Rafa hacia su familia. Además, decía tener coartada: había pasado todo el tiempo en casa con su mujer. Hasta ahí, un callejón sin salida.

La lista de sospechosos entre los pederastas de la zona se está reduciendo considerablemente, ya que la mayoría tienen coartadas para el periodo de tiempo en que Lucía desapareció y fue asesinada. Tampoco los extractos bancarios de los padres de Lucía han reflejado ningún movimiento extraño de dinero, y no tenemos ninguna pista con respecto al posible amante o desliz de Ana. Si existió, lo ocultó a la perfección.

El día anterior, Elena y yo fuimos a visitar a la mujer del principal sospechoso. Elena me puso al corriente de los rumores que circulaban sobre los malos tratos por parte del hombre. La mujer nunca había presentado ninguna denuncia, pero era habitual verla con algún ojo morado o con el brazo en cabestrillo. Por ello, esperábamos encontrarla sola. No hubo suerte: su marido, que aún no ha sido acusado de nada, estaba presente. Fue una pérdida de tiempo: ella se pasó el tiempo confirmando lo que su marido decía y mirándolo de reojo con el miedo reflejado en el rostro. Tendremos que esperar algún milagro del equipo forense en forma de prueba incriminatoria o cambiar de estrategia con la mujer para sacarle la verdad.

Inmerso en mis pensamientos, llego a casa de Marga sin darme cuenta. Salgo del coche y Marga se materializa en el umbral de la puerta. Parece una diosa eslava con un vestido mini, ajustado y de color blanco. Muy a mi pesar, se me hace la boca agua. Se acerca, envuelta en un dulce halo de suave perfume, y me da dos besos.

—Hola, Martín, llegas tarde.

—Lo siento, Marga. No tengo excusa, pero te lo compensaré. —La acompaño y le abro la puerta, caballeroso.

—Eso espero. —Me mira con una sonrisa provocativa mientras se sienta, enseñando sus kilométricas piernas desnudas.

De momento mi cuerpo va ganando por goleada a mi cabeza. Hablamos de nimiedades en el trayecto hasta el restaurante de la casa rural. La tensión sexual dentro del coche es indiscutible, y a punto estoy un par de veces de dar media vuelta para regresar a su casa. Por fin llegamos. El aire nocturno refresca mi cuerpo y mi mente, de modo que me veo con fuerzas de aguantar una cena con conversación amena y halagos incluidos.

—Buenas noches. Tenemos una reserva para dos a nombre de Martín de Castro —explico al camarero de la entrada.

—¡Oh, no me lo puedo creer! Es el profesor Peralta. ¡Aquí! —exclama Marga a mi lado, de cara a la sala, extasiada e incrédula a partes iguales.

Miro entre las mesas ocupadas, pero no reconozco a nadie.

—El profesor Peralta es una eminencia en su campo —me aclara Marga sujetándome el brazo, nerviosa—. Ha escrito varios libros, algunos con el famoso doctor Vela Escuder. Una vez hice una pequeña colaboración con ellos —añade eufórica.

—No tengo el gusto de conocerlo. ¿Cuál es exactamente su campo? —pregunto, nada impresionado.

—Los asesinos, Martín, la mente de los asesinos. Tenemos que ir a saludarlo —concluye, y me arrastra con ella entre el laberinto de mesas, ignorando al camarero.

El adorado profesor de Marga se encuentra sentado en una mesa para cuatro, en un lateral junto a la ventana, y frente a una joven que permanece de espaldas a nosotros. No me sorprende al descubrir que es un cincuentón, con aspecto de académico añejo y una cierta aureola de autoridad y ego desmedido a su alrededor.

—Disculpe las molestias, profesor —dice Marga, interrumpiendo la conversación, en tono admirativo y sumiso—, no sé si se acuerda de mí, hice una colaboración con usted en uno de sus libros...

—Por supuesto, claro que sí, ehh... —titubea el profesor.

—Margarita Herrero —responde Marga un tanto decepcionada.

Yo estoy seguro de que el profesor la recuerda perfectamente; el físico de Marga es difícil de olvidar, solo que su nombre o dónde la conoció son harina de otro costal.

—Claro, claro, soy malísimo para los nombres —se excusa el profesor—. Pero ¿por qué no nos hacen el favor, usted y su acompañante, de sentarse con nosotros?

En ese momento, la mujer sentada a la mesa de espaldas a nosotros se gira para mirarnos, curiosa. Al ver su rostro siento como si me hubieran noqueado.

—Vaya, qué coincidencia, teniente de Castro —exclama Noemí, al parecer tan sorprendida como yo.

—Así que usted es el famoso teniente de la Guardia Civil —observa el profesor, en un tono ciertamente jocoso que no me gusta en absoluto. A saber, qué le ha contado de mí esa entrometida.

En cualquier caso, no tengo intención de averiguarlo.

—Si no es molestia, nos encantará, ¿verdad, Martín? —responde Marga, sentándose en la silla que el profesor le ofrece, ajena a mi incomodidad y sin contar en absoluto con mi opinión al respecto.

En favor de Noemí he de decir que tampoco parece entusiasmada con la cita a cuatro improvisada. Y no solo por mi presencia; es evidente que las atenciones de Marga hacia el profesor, y viceversa, no son en absoluto de su agrado.

Así que, gracias a mi estúpido orgullo, me encuentro sentado entre dos mujeres que me provocan sentimientos encontrados y frente a un hombre cincuentón y pagado de sí mismo con el que no creo que vaya a llevarme demasiado bien. A pesar de no estar muy seguro de esta cita, ni en mis peores pesadillas habría imaginado que transcurriría de este modo. Mi única alegría es ver cómo los ojos verdes de Noemí echan chispas cuando miran a Marga.

El profesor parece ajeno a la tensión demostrada por su acompañante y se dedica a recibir, ensimismado, los empalagosos halagos de Marga, que, por otro lado, parece haberse olvidado de mi presencia. No sé si congratularme por ello o no.

—¿Cómo va la investigación, teniente? —me pregunta Noemí, cansada, con toda probabilidad, de participar de forma pasiva del flagrante flirteo entre nuestras respectivas parejas.

—Bien, bien... —Si cree que le explicaré algo, va lista—. Así que usted y el profesor son... están...

Complacido, observo cómo a los ojos de Noemí asoma de nuevo el enojo. Puede que después de todo la cena no sea tan aburrida.

—Si se refiere a juntos..., sí, somos pareja —admite con una sonrisa helada en sus hermosos labios. No son tan voluminosos ni su boca es tan grande como la de Marga, sin embargo, y sin un motivo razonable, en este momento me parecen mucho más apetecibles que los de mi acompañante.

—¿Y cómo se conocieron? No da la impresión de que frecuenten los mismos círculos.

—Pues en eso se equivoca —replica, frunciendo la boca en un mohín despectivo que, curiosamente, a mí se me antoja delicioso—. Tenemos muchas cosas en común. Ambos somos psicólogos criminalísticos, de hecho, él es el director de mi tesis.

—¡Ah!, eso lo explica todo —la interrumpo, sabiendo de antemano cuál será su reacción.

—¿Qué insinúa? —pregunta alterada, con un fulgor asesino en sus ojos de gata.

No puedo evitar disfrutar, por fin, siendo yo el provocador y ella, la que está fuera de control.

La rabia contenida empieza a teñir sus mejillas con un ligero rubor, dándole un hermoso contrapunto al color de sus ojos. Me fijo en su labio inferior: tiembla ligeramente a pesar de sus intentos por dominarse. En ese momento, algo se remueve en mi interior y deseo besarla, besarla hasta que el temblor desaparezca bajo el fuego de mi boca. Ella parece percatarse del derrotero que han tomado mis pensamientos, porque, sin razón aparente, su labio deja de temblar y su boca se abre, sorprendida.

Ajeno a lo que ocurre a mi alrededor, notó cómo una mano me aprieta el brazo en un intento por llamar mi atención.

Es Marga, quien, de manera casual, o al reparar en el cambio producido entre Noemí y yo, procura atraer mi atención. Recobro de inmediato el sentido común y el dominio de mis impulsos. Me centro en lo que Marga me está explicando. Al menos trato de poner mi empeño en ello. Es difícil, teniendo tan presente todavía el deseo animal que acabo de sentir por alguien a quien creía detestar. ¡¿Qué demonios me está sucediendo?!

CAPÍTULO 4

Noemí

Tras pasar toda la semana subida a mi particular Dragon Khan emocional, Fermín vino a visitarme, sin previo aviso, para terminar de poner mi vida patas arriba. Fermín fue profesor mío el último año de carrera, después, se convirtió en mi director de tesis, y entre una cosa y la otra, y sin saber muy bien cómo..., en mi pareja.

Al tenerlo junto a mí, y con todo lo ocurrido, no he podido evitar llorar desconsolada sobre su hombro; tampoco hacer el amor con desesperación ni volver a llorar de nuevo, para acabar, rendida de agotamiento, dormida entre sus brazos.

A pesar de todo, sé que nuestra relación no es lo que solía ser... Percibo con claridad los síntomas inequívocos de un idilio enfermo, pero no soy capaz de emitir un diagnóstico y mucho menos de dar con el remedio para que recupere su saludable estado anterior.

Hoy, sábado, decidimos salir a cenar, en un intento de mejorar la relación. Acudimos al restaurante de una casa rural cercana y todo va bien... hasta que una diosa vikinga, con cuerpo de infarto y carita angelical, se ha acercado a nuestra mesa y nos ha interrumpido con la excusa de haber colaborado con Fermín en alguno de sus libros. Y ese fue el momento exacto en que nuestra cita romántica se fue al garete. Fermín, incapaz de pasar por alto la posibilidad de hablar sobre uno de sus temas favoritos, él mismo, ha invitado a la diosa vikinga y a su acompañante a cenar con nosotros.

Cualquiera pensaría que la noche no podía empeorar. Craso error. Resulta que el acompañante de esa beldad sin parangón no es otro que mi querido teniente Martín de Castro. Para tirarse de los pelos. Lo único bueno ha sido su cara de susto al verme. A partir de ahí, el descenso ha sido en caída libre y sin paracaídas. Marga, la Freyja valenciana, se ha dedicado a dorarle la píldora a mi queridísimo y muy ególatra profesor-pareja. Él, por supuesto, no se ha quedado corto, y mientras le calentaba la oreja a la damisela con toda su palabrería, sus ojos la devoraban sin miramientos. Bastante bochornoso por su parte y demasiado humillante por la mía.

Decidida a no dejarme amilanar por la actitud de ambos, opto por centrarme en ser lo más educada posible con el teniente. Le pregunto con amabilidad por su trabajo, lo que él utiliza para crismarme todavía más los nervios. ¡Cómo odio a este hombre! Sin embargo, mientras él parece regodearse con mi situación y yo intento dominarme, ocurre algo extraño: sus ojos marinos se quedan clavados en mi boca. Por un instante, la sala parece desvanecerse con todos los que están dentro; mi rabia y mi humillación desaparecen también. Tan solo estamos él, yo y esa corriente eléctrica entre los dos. Siento su deseo sobre mí, sobre mis labios, entrando directamente en mi torrente sanguíneo como un veneno, invadiéndolo todo.

Dura solo un segundo, pero la sensación es tan real como si me hubiera apresado en sus brazos y me hubiera besado apasionadamente. En su rostro puedo leer la misma perplejidad de la que yo soy presa. ¿Cómo puedo sentir esta atracción animal por alguien a quien detesto y que, a su vez, no me soporta?

Nuestras respectivas parejas también deben de notar algo distinto en el ambiente, porque a partir de ese momento no solo nos incluyen en la conversación, sino que deciden prestarnos mucha más atención. Marga no suelta el brazo del teniente, y Fermín busca un tema en el que todos podamos participar:

—Ya que no podemos hablar de la investigación abierta por el caso de esa pobre niña, ¿qué le parece, teniente, si departimos sobre el asesinato perfecto? ¿Lo cree usted posible? —pregunta intentando llevarse al teniente a su terreno.

—Cuando se comete un asesinato y no se encuentra al culpable, en la mayoría de las ocasiones se debe más a la ineficiencia de los investigadores o a la suerte del asesino que a la inteligencia o destreza de este —responde, serio, el teniente—. Al menos es lo que me dicta la experiencia —añade, por si no recordamos con quién estamos hablando.

—No puedo estar del todo de acuerdo con usted. También, según mi propia experiencia, hay casos de célebres asesinatos donde es evidente la mano de un ser altamente inteligente y con una mente privilegiada —replica Fermín.

Está claro que en la mesa hay dos gallitos peleando. Lo que no tengo muy claro es si por mero amor propio o por lucirse delante de las dos gallinitas presentes.

—Tal vez lo que usted considera inteligencia yo lo considere depravación. Ahí tiene usted el caso del niño hallado hace veinte años en el mismo lugar que Lucía. No se encontró al culpable. ¿De verdad cree que una «mente privilegiada» manió y amordazó a un niño de diez años, asfixiándolo hasta la muerte? —expone el teniente, con el rostro un tanto desencajado.

Resulta evidente que no comparte el amor de Fermín por los asesinos y sus cerebros.

Por primera vez veo a Fermín sonrojarse, aunque en su descargó, debo añadir que no tarda en reponerse.

—Creo que el problema de las personas como Fermín y como yo misma, teniente, es que investigamos la maldad desde un punto de vista teórico. Nunca nos enfrentamos a la realidad de sus consecuencias —me sincero, mirando directamente al teniente—. Lo sé porque llevo muchos meses indagando en archivos sobre asesinos y asesinatos. Todas aquellas horribles fotos, toda aquella sangre no eran reales para mí hasta que vi el cuerpo sin vida de Lucía. —Carraspeo con la voz entrecortada por la emoción—. Ahora sí entiendo lo que usted ve y siente; antes todo era irreal, solo una historia contada en un papel.

Cuando termino, todos en la mesa enmudecemos. El teniente me observa como si yo fuera un problema de difícil solución, y me siento incapaz de sostenerle la mirada. Este hombre ha pasado de irritarme a desencadenarme extrañas sensaciones en la boca del estómago en tan solo una noche.

—Quizá tengas razón, Noe, y yo no pueda experimentar la misma empatía que el teniente desarrolla por las víctimas que investiga. En mi caso, yo estudio la personalidad del asesino; las víctimas solo son un medio para lograr un mayor entendimiento de su mente. Nunca lo había contemplado desde su punto de vista —expone Fermín, confuso.

—Lo que no acabo de entender es por qué cuando investigan un delito tienen tan en cuenta las pruebas biológicas y, en cambio, se olvidan por completo de las psicológicas, mucho más fiables, a mi entender —pregunto mientras juego con mi tenedor, sin poder mirarlo a los ojos todavía.

Marga y Fermín se giran al unísono a escudriñar al teniente, el segundo con una sonrisa de suficiencia en el rostro. Al parecer, se ha repuesto de su anterior desconcierto y vuelve a ser el mismo egocéntrico de siempre.

—Entonces, ¿usted cree que todo delito deja tras de sí una huella de la personalidad de quien lo comete? —pregunta el teniente con la mirada fija en mí.

—Sí, así es. Yo creo que el cómo esconde muchas veces el por qué o el quién.

—Ahora comprendo por qué está continuamente inmiscuyéndose en nuestra labor. Usted se cree mejor que nosotros y nos considera incapaces de resolver el caso sin su ayuda, ¿no es eso? —dice sin levantar la voz, pero con un tono ciertamente amenazador. Está claro que toda la buena impresión que pudiera haberle transmitido esta noche sobre mi persona acaba de esfumarse ante mi afirmación.

—No es que yo me crea mejor... —comienzo de manera poco convincente.

—Disculpen, ¿señor de Castro? —nos interrumpe de forma oportuna un camarero.

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre?

—Verá, unos clientes acaban de encontrar una nota con su nombre en la puerta principal, y pensé que quizá...

El teniente, sin permitirle acabar la frase, agarra la nota que el camarero blande en su mano y, con un ademán y un breve «gracias» murmurado, lo despacha sin más contemplaciones.

Todos observamos en silencio mientras él lee la nota. Una nota manuscrita en plena era digital, sin duda es un raro aviso. Su cara no deja traslucir ninguna emoción que nos arroje alguna pista de lo que se trata. Al terminar, nos sonrío y se guarda la nota en el bolsillo.

—Van a tener que disculparme, pero debo ausentarme —comenta, apartando ya la silla para levantarse—. Marga, siento que la velada acabe tan pronto, te acercaré a casa...

—Si Marga prefiere quedarse, estaremos encantados de acompañarla a casa cuando terminemos de cenar —interrumpe, veloz, Fermín, encantado con la idea de quedarse a solas con las dos.

—No te importa que me quede, ¿verdad, Martín?

—En absoluto, pásalo bien. Mañana hablamos. — Martín le da un casto beso en la mejilla a modo de despedida. Con un leve gesto se despide también de nosotros y camina decidido hacia el camarero que ha traído la nota.

En apenas unos segundos pasan por mi mente imágenes del resto de la velada. No me gustan en absoluto. Dentro de mis planes para esta noche no entraba ni mucho menos un ménage à trois, ni hipotético ni real. De modo que me disculpo con Fermín y con Marga, aduciendo un terrible y repentino dolor de cabeza, y me marcho de forma precipitada. Tampoco es que ninguno de los dos parezca lamentar especialmente mi partida, lo cual me demuestra, sin lugar a duda, lo mal que va mi relación con Fermín. El teniente Martín ha terminado de hablar con el camarero y me acerco a él con intención de pedirle que me acerque a casa. Por un momento veo su rostro sin la máscara del disimulo y su expresión me hace cambiar de opinión. La nota lo ha alterado más de lo que nos ha dejado entrever.

Tomo una decisión rápida. Lo sigo y espero a que abra el coche para interceptarlo con la excusa de que el camarero tiene algo más que decirle. Él no lo duda y vuelve sobre sus pasos, dejándome vía libre para escabullirme en el suelo de la parte trasera de su coche patrulla.

No tarda en volver al vehículo, despotricando sobre lo metomentado y lo incordio que soy. ¡Genial, como me encuentre dentro de su coche, no quiero pensar en su reacción!

Es uno de mis principales defectos: no mido las consecuencias de mis actos, soy demasiado impulsiva y los retos me atraen como la miel a las moscas.

En la radio del coche comienza a oírse un programa deportivo, lo que me permite respirar aliviada. Con el sonido de la radio será más difícil que pueda detectar mi presencia.

No tengo idea de qué voy a hacer una vez que lleguemos a donde sea que nos dirijamos. Como ya he dicho, no tengo muy en cuenta los resultados de mis decisiones, solo actúo, sin más.

Rodamos alrededor de unos diez minutos por una carretera asfaltada, para desviarnos después a una carretera o camino rural. Mi cuerpo no tarda en resentirse por el cambio en el pavimento. Mañana me va a doler hasta el apellido. Eso si consigo salir de aquí sin que el teniente me vea.

Transcurren otros diez o quince minutos y el coche comienza a reducir la velocidad, hasta que unos metros más adelante, por fin, se detiene. Para el motor y apaga las luces y la radio. Alzo la cabeza, de manera imprudente, para intentar descifrar lo que ocurre en el asiento delantero. El teniente, ajeno a mi presencia, abre la guantera. Dentro veo, entre otras cosas, un revólver y una linterna. Coge solo la linterna, cierra la guantera y sale del coche sigilosamente.

Al principio permanezco quieta por miedo a que regrese y me sorprenda, pero mi curiosidad siempre gana con creces a la sensatez, y levanto más la cabeza para poder mirar por la ventanilla trasera. Fuera la oscuridad es completa y no alcanzo a ver nada, hasta que distingo en la lejanía un pequeño haz de luz internándose en lo que parece un bosque. Dudo entre salir o quedarme cuando un ruido atronador me hace gritar de miedo; a este le sigue otro igual de fuerte que el anterior. Son disparos. Mis ojos vislumbran entonces cómo el haz de luz que había estado siguiendo cae al suelo, para detenerse y quedar allí suspendido en la oscuridad. ¡Dios mío, lo han alcanzado! No puedo salir para ayudarlo: alguien ahí fuera tiene un arma y no dudará en utilizarla contra mí. Vuelvo a debatirme entre el temor a salir herida y el temor a que él muera si no intervengo. En ese momento recuerdo la sirena del coche patrulla. Elena me enseñó cómo funcionaba cuando tan solo era cadete en la academia. La pongo en marcha y salgo.

—¡He llamado a los refuerzos, no tardarán en acudir! ¡Entréguese ahora mismo! —grito con todas mis fuerzas, en un intento de hacerme oír por encima del ruido de la sirena.

Enseguida veo encenderse, a escasos metros de donde debe de encontrarse el teniente, una luz que comienza a moverse en dirección contraria a donde yo me encuentro. Respiro aliviada; el tirador está huyendo. Dejo la sirena y las luces encendidas y camino hacia el pequeño foco inerte en medio de la oscuridad. No veo dónde pongo los pies, las piernas me tiemblan y, a pesar de ir despacio, no dejo de tropezar con piedras y arbustos. Asustada por su silencio, decido llamar al teniente a gritos.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí! —contesta por fin con la voz entrecortada.

Aún tardo unos minutos en llegar, a causa de lo abrupto del camino. Pero al menos lo oigo gruñir y maldecir, lo que, por extraño que parezca, me tranquiliza.

—Teniente, ya estoy aquí —digo agarrando la linterna y dirigiendo su luz hacia el cuerpo que se retuerce en el suelo.

—Eso ya lo veo, lo que no sé es qué narices hace usted aquí —responde entre dientes.

—No creo que ahora eso sea lo más importante. ¿Dónde lo han herido? ¿Puede levantarse? —pregunto, alarmada por su estado.

—Me han dado en el hombro izquierdo. He intentado taponarlo, pero no para de salir sangre... ¿Quieres dejar de enfocarme a la cara?! ¡Me estás dejando ciego! —grita de pronto, asustándose y haciendo que la linterna salte de mis manos y caiga al suelo, donde se apaga—. Genial, y ahora la has roto.

—No, yo no... —balbuceo nerviosa a la vez que intento encender de nuevo la linterna tras recogerla. Algo, por otro lado, realmente difícil; él tiene razón, se ha roto al caer—. ¡Maldita sea! —exclamo, enfadada y atemorizada a partes iguales—. La culpa ha sido tuya, ¿por qué me gritas? Solo intento ayudarte —replico, sintiéndome impotente y estúpida.

—De acuerdo —responde unos segundos más tarde con la voz más serena—, vamos a calmarnos los dos. El tirador no creo que vuelva, por ese lado estamos tranquilos...

—Gracias a mi artimaña.

—Sí, gracias a tu artimaña —concede a regañadientes—. Ahora el principal problema es que me estoy desangrando, y al caer me torcí el tobillo, de modo que necesito que me ayudes a llegar al coche antes de que pierda el conocimiento.

—¡Ay, Dios! —susurro preocupada—. Ni se te ocurra morirme en mis brazos. —Lo ayudo a levantarse—. Ya he tenido bastante con un muerto esta semana.

—Te aseguro que no tengo ninguna intención de morirme, pero será mejor que nos demos prisa en llegar al coche —añade inseguro.

El trayecto hasta el vehículo se convierte en una verdadera odisea. Su brazo derecho se apoya en mis hombros mientras el mío cruza a duras penas su ancha espalda por debajo de los omóplatos, en un ridículo intento de repartir su peso entre los dos. El camino ya resultaba impracticable sin ver nada; con él herido y a la pata coja, se hace casi imposible. En más de una ocasión tropezamos y estamos a punto de caer los dos al suelo, pero al fin, sudados y exhaustos, llegamos al coche. Él se derrumba en el asiento del copiloto y yo apago la sirena. Bajo la luz interior percibo mejor la seriedad de su herida: tanto su camisa como el pantalón están ensangrentados; su rostro atezado aparece anormalmente macilento. Hasta este momento el esfuerzo por llegar al coche había conseguido mantener a raya el miedo, pero en este instante me oprime fuerte con su mano de hierro, provocando un incontrolable temblor general.

—Martín, no te preocupes. Te pongo el cinturón y en un momento estarás en el hospital. —Teniendo en cuenta que no tengo ni idea de dónde estamos y que el hospital más cercano al pueblo queda a unos veinte minutos, es mucho decir.

Martín se limita a gruñir algo entre dientes. Cojo el cinturón e inclino mi cuerpo sobre el suyo para poder abrocharlo.

—Tú tampoco hueles muy bien —musita.

—¿Qué? —pregunto yo, sorprendida. Giro la cabeza para mirarlo, su cara a escasos centímetros de la mía.

—He dicho que tú tampoco hueles bien —repite con voz ronca—, pero tu boca sigue igual de irresistible que aquel día. ¿Sabes que ya deseé besarte entonces, a pesar de lo desagradable que fuiste? Esta noche, en la cena, también deseé besarte. Y ahora.

Sus labios se posan delicadamente sobre los míos. Su boca sabe a sal, a tierra y al mismo tiempo es dulce y tentadora. El miedo se disuelve como azúcar entre sus labios, todo mi ser concentrado en esa ternura y suavidad inesperadas.

—Ha sido incluso mejor de lo que había imaginado —susurra. Se separa renuente de mis labios para mirarme directamente a los ojos—. Noemí, si queremos repetirlo, tendrás que llevarme a un hospital... y rápido.

Mis manos tiemblan cuando me siento por fin frente al volante. No entiendo lo que acaba de ocurrir. Sea lo que sea, me ha provocado un agradable calor en las venas. Respiro hondo, le doy al contacto y me sujeto fuerte al volante. Mi prioridad es mantener a Martín con vida. Debo dejar mis sentimientos a un lado y enfocarme en lo importante: llegar cuanto antes al hospital.

—Será mejor que me digas dónde estamos si quieres que lleguemos al hospital lo más pronto posible —comento, dando la vuelta al coche en el estrecho camino rural.

—No puedo creer que doña Sabionda no sepa dónde está —contesta irónico—. ¿En serio no has reconocido el lugar? No hace mucho estuvimos los dos aquí, juntos.

—¡No puede ser! ¡¿Dónde encontramos a Lucía?! —exclamo incrédula—. Y ¿por qué demonios viniste a encontrarte justo aquí con tu asaltante? Y desarmado —añado, enfadada, sin apartar la vista del camino.

—Bueno —se remueve inquieto en el asiento—, la persona que me escribió la nota parecía inofensiva. Ahora está claro que solo era una trampa para atraerme hasta aquí.

Lo miro de reojo para asegurarme de su estado: no tiene buena cara, pero al menos no parece a punto de desmayarse. Debo mantenerlo despierto a toda costa.

—¿Qué ponía en la nota para hacerte salir tan precipitadamente del restaurante?

—¿Pretendes aprovecharte de mi estado para sonsacarme información sobre el caso? Chica lista.

No añade nada más, y de nuevo lo miro para comprobar si está consciente. Sus ojos permanecen cerrados en un rictus de dolor. Asustada, lo zarandeo de manera inmisericorde.

—¡Agghh! —grita sobresaltado. Sus ojos marinos anuncian tormenta—. ¡¿Pretendes salvarme la vida o matarme?! —

—Martín, no puedes dormirte —lo reprendo a mi vez. Por fin hemos llegado a la carretera principal. En unos diez minutos más llegaremos al hospital.

—Está bien, ojos de gata, te contaré lo que ponía en la nota si subes la calefacción. En este coche hace un frío de mil demonios —accede con voz somnolienta de borracho.

Subo la calefacción sin decir nada, cada vez más preocupada. El frío repentino, junto con su tono de voz, e incluso el apelativo cariñoso, me hacen pensar en una inminente pérdida de conocimiento. Sin pensarlo, aprieto el acelerador.

—La nota estaba firmada por la mujer del principal sospechoso. Hasta ahora había resultado imposible hablar con ella a solas, y en la nota me citaba de inmediato donde encontramos a Lucía, antes de que su marido pudiera advertir su ausencia.

—Martín, ¿cómo puedes ser tan obtuso? —replico irritada—. Una mujer maltratada jamás se citaría con un hombre de noche en medio del bosque.

—Habitualmente no suelo ser tan obtuso —responde ofendido—. Sigue haciendo frío.

—Martín, por favor, aguanta un poco más. No falta mucho —suplico sin apartar la mirada de la carretera. Circulo a una velocidad absolutamente irresponsable, y el miedo ha vuelto rígidos mis movimientos.

—No tengo intención de irme todavía. No, después de probar tu boca. Eres peligrosa, ¿lo sabes, ojos de gata?

«Dios, Dios, está delirando», pienso. Este hombre tierno y ocurrente no se parece en nada al estricto teniente de ceño fruncido que yo he conocido. Y me gusta muchísimo más, tal vez demasiado.

—Creo que a tu profesor le gusta Marga —dice, apartándose de mis pensamientos.

—No me extraña. Si me gustaran las mujeres, yo también bebería los vientos por ella. Es perfecta —afirmo en un tono no del todo admirativo.

—No, no lo es en absoluto —comenta enigmático.

A lo lejos, por fin, diviso las luces del hospital. Vuelvo a pisar el acelerador y me concentro exclusivamente en conducir.

En un minuto llegamos a la entrada de urgencias; abro la puerta del coche y salgo corriendo y pidiendo ayuda a gritos. En unos segundos Martín (no recuerdo en qué momento ha dejado de ser «el teniente») se encuentra en una camilla camino del quirófano, agarrado a mi mano.

—Nos vemos pronto, ojos de gata —murmura justo antes de que nuestras manos se suelten.

Unas ganas enormes de llorar y de gritar al mismo tiempo se apoderan de mi garganta. No hago ninguna de las dos cosas. Cojo el teléfono y llamo a Elena. No sé a quién más acudir. No sé nada acerca de Martín ni de su vida. Enseguida oigo al otro lado una voz somnolienta. Elena no tarda en hacerse cargo de todo y, en poco más de veinte minutos, está junto a mí en la sala de espera del hospital.

Le cuento todo lo ocurrido; no me ha dejado hacerlo por teléfono. Al menos lo importante, los sentimientos, los dejo para después. Nada más terminar mi relato se pone a realizar llamadas, y antes de darme cuenta, tengo a un agente tomándose declaración de manera oficial. Poco a poco soy consciente de la realidad: alguien ha intentado matar a Martín y, además, en el mismo lugar donde hace menos de una semana encontramos el cuerpo de Lucía. No puede ser una coincidencia.

Por fin salen los cirujanos. Martín está fuera de peligro, según ellos, gracias a la rapidez con que fue trasladado al hospital. Un hormigueo de satisfacción me recorre el cuerpo y una sonrisa bobalicona se queda instalada en mi cara.

Mientras Elena habla sobre la herida con el cirujano que ha realizado la operación, una interna me pregunta si soy familiar del paciente.

—Sí, soy su hermana. ¿Podría entrar a verlo? —miento descaradamente sin pensarlo siquiera. Tampoco es que la sala esté a rebosar de personas aguardando para poder visitarlo.

—Sí, claro. Aún no ha despertado, pero puede esperar en la habitación. Venga conmigo —responde, ajena a mi mentira.

Elena, enfrascada como está en la conversación con el cirujano, no se percató de nada. Yo, sin dudar, sigo a la interna por los pasillos del hospital hasta la habitación de Martín.

—No se preocupe; aunque ha perdido mucha sangre, la herida no ha provocado daños importantes. En veinticuatro horas, si no hay complicaciones, estará de nuevo en casa.

—Gracias, doctora, es un alivio —digo con preocupación fingida. Ella asiente y se marcha, dejando la puerta cerrada tras de sí.

Martín tiene aún peor color que en el coche, y de su muñeca inerte sale una vía conectada a múltiples bolsas colgadas de un gotero. Me acerco al cabecero y contemplo su rostro dormido. Ya se intuye una sombra oscura donde la barba incipiente pugna por salir; ha desaparecido el rictus permanente de tensión y, con el pelo castaño alborotado, parece más joven y despreocupado. Tengo la extraña sensación de haber visto ese rostro en otra parte, pero antes de conseguir retener el recuerdo, sus ojos se abren somnolientos.

—Hola, ¿cómo te encuentras? —pregunto en voz baja y sorprendentemente insegura.

—Hola. No muy bien, la verdad —responde con voz pastosa, mirando desorientado a su alrededor. De pronto sus ojos reflejan el recuerdo de lo ocurrido y el rictus de severidad vuelve a hacer acto de presencia—. Parece que consiguió traerme con vida. Gracias, Noemí, se lo agradezco. En cuanto a lo que hacía usted allí... queda pendiente de explicación —añade en su tono formal de siempre. Martín ha desaparecido para dejar paso al inaccesible teniente de Castro.

—Sí, claro. Supongo que querrá hablar con el cirujano; él podrá explicarle cómo ha ido la operación. —Me retiro de su lado con la decepción tiñendo mis palabras.

—Se lo agradecería. ¿Ha avisado a la cabo?

—Sí, está hablando con el cirujano. Le diré que quiere verla. —Me dirijo hacia la salida. Solo quiero irme cuanto antes de esta habitación.

—Noemí —llama justo antes de que cierre la puerta a mis espaldas.

—¿Sí? —contesto anhelante.

—Agradecerle de nuevo lo que ha hecho. Me ha salvado la vida —responde tras unos

segundos interminables en los que se limita a mirarme de modo extraño.

Fuerzo una sonrisa poco creíble y salgo de allí huyendo como una cobarde.

¿Por qué huyo? La culpa ha sido suya. Él me ha besado. Él me ha llamado «ojos de gata». Y ahora me siento estúpida y avergonzada. Odio sentirme así. Odio haberme confiado y lo odio por hacerme sentirme especial y crearme falsas esperanzas.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —pregunta Elena al verme.

—Donde no debía estar, como siempre —contesto decepcionada, cansada y triste—. El teniente ha despertado y quiere hablar contigo y con el doctor.

—¿Y tú cómo...?

—Eso te lo contaré después, cuando termines de hablar con él, dejes de ser la cabo Fabra y vuelvas a ser solo mi mejor amiga —la interrumpo agotada—. Perdona, demasiadas emociones para una sola noche —me disculpo, consciente de lo borde que ha sonado mi respuesta.

—Espérame aquí, no tardaré mucho. —Me mira con lástima y un atisbo de comprensión. Por algo es mi mejor amiga y quien mejor me conoce en el mundo. Me besa la frente, cariñosa, y se aleja por el pasillo.

CAPÍTULO 5

Elena

Noe parece agotada y triste. El agotamiento resulta lógico después de todo lo vivido esta noche; la tristeza, no. Tengo mis sospechas. Noto una extraña tensión entre Noe y el teniente. A simple vista parece antipatía mutua, pero conozco a mi amiga y su tendencia a ver sus relaciones con el sexo opuesto como un reto. Espero estar equivocada. Aunque nunca me gustó Fermín, no creo que el teniente sea mejor opción.

Noe tendrá que esperar; primero está mi deber. Tengo que hablar con el teniente, y no precisamente para comentar sus intenciones amorosas con mi mejor amiga.

Al llegar a la habitación, éste conversa con el cirujano que me informó antes sobre la operación.

—Buenas noches, cabo —saluda el doctor—. Estaba comunicando a su superior el resultado de la operación. Como ya le he dicho a usted antes, tanto el hombro como el tobillo no revisten gravedad; eso sí, tendrá que tener un poco de paciencia y darles reposo.

—Gracias, doctor, le haré caso —replica, muy convincente, el teniente. Yo ya lo voy conociendo, y aunque su rostro y su voz dicen una cosa, no creo en absoluto que vaya a seguir las recomendaciones del médico.

—En ese caso, les dejaré que hablen. Intente alterarlo lo menos posible —me aconseja el cirujano—; necesita mucho descanso, ha perdido mucha sangre.

—Por supuesto, no se preocupe.

El doctor se va, dejándome a solas con el teniente. No presenta buen aspecto y parece más preocupado de lo habitual.

—Elena, supongo que ya conocerás los detalles de lo ocurrido por Noemí —comienza con voz cansada.

—Sí. Nos ha dicho que coincidisteis en El Molino, la casa rural. Al poco de llegar, el camarero te pasó una nota encontrada en el suelo de la entrada por unos clientes —resumo mientras él asiente con la mirada fija en mi libreta de anotaciones—. Después de leerla —prosigo—, te marchaste y te dirigiste hasta el mismo lugar donde encontramos a Lucía. Una vez allí, alguien te disparó dos veces y te hirió en el hombro. Noemí ahuyentó al tirador con la sirena y fue a rescatarte.

—Resumido, pero sí, así fue como ocurrió. El doctor me ha confirmado lo que ya me imaginaba: me dispararon con una escopeta de caza. Será mejor que envíes a alguien al bosque a buscar los cartuchos y cualquier otra pista que nos permita detener al tirador...

—Hablando de pistas: tengo tu ropa, pero no he encontrado rastro de la nota —comento a la ligera, intentando no parecer desconfiada.

—Supongo que debí de perderla por el camino. Que la busquen también —añade sin mirarme a los ojos.

Esto me da mala espina.

—Según le dijiste a Noemí, la nota era de la mujer de Ramón, ¿no te extrañó? —tanteo.

—Supongo que debería haber sospechado. Imagino que me cegué ante la posibilidad de rebatir la coartada del sospechoso —responde, aparentemente tranquilo.

—Pero ¿por qué no acudiste con tu arma a la cita? —continúo yo, incapaz de librarme de una molesta sospecha.

Él parece incomodarse al fin por mi interrogatorio.

—No lo creí necesario. ¿Estás intentando decirme algo con esas preguntas, cabo? —replica a la defensiva.

Decido batirme en retirada. Es mi superior inmediato, y no quiero enemistarme por una simple corazonada. Hasta ahora ha demostrado ser un profesional concienzudo que se toma muy en serio su trabajo. Lo que hace más extraño su comportamiento en el bosque y la desaparición de la nota.

—No, mi teniente, solo estaba preocupada por lo sucedido —contesto apaciguadora—. Podrías haber muerto si Noemí no llega a interferir.

—Sí, esta vez tengo que agradecer a tu amiga que sea tan entrometida —comenta con una sonrisa. Lo cual me sorprende, ya que no es algo que haga a menudo—. Eso sí, ni se te ocurra comentarle lo que acabo de decir, no vayas a animarla a repetirlo.

—No se me ocurriría. —Sonrío yo también, cómplice—. Estoy de acuerdo contigo, no necesita que la alienten.

La sonrisa permanece en su boca mientras observo cómo sus ojos se vuelven por un instante soñadores. Este no es el mismo jefe a quien la mera mención del nombre de Noemí irritaba. Algo ha ocurrido esta noche entre los dos y los ha afectado de muy distinta manera.

Mis pensamientos son interrumpidos por un ruidoso bostezo.

—Martín, será mejor dejarte descansar. Mañana volveré y te contaré las novedades.

—Muy bien, cabo, perdón, Elena —corrige somnoliento—. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana. Procura descansar.

Camino por el pasillo hacia la sala de espera, donde he dejado a Noe. Aprovecho y realizo un par de llamadas. No creo que encuentren la nota, pero es importante dar con los casquillos del arma utilizada contra el teniente. Al llegar a la sala, Noe está hablando con Fran, el marido de Marta.

—Hola, Fran, ¿tienes guardia hoy? —digo al llegar junto a ellos.

Fran es traumatólogo en este hospital y realiza más guardias nocturnas de las que a Marta y a él les gustaría.

—Hola, Elena. No, ahora se lo estaba comentando a Noe: he acabado el turno y me voy para casa. Mañana sí tengo una guardia de veinticuatro horas. Quería pedirlos si podíais pasar un rato mañana por casa; Marta está un poco agobiada, os agradecería la ayuda.

—Sin problema, ¿verdad, Elena? —responde Noe más animada.

—Pues claro. Mañana libro. Tendré que acabar el papeleo sobre el tiroteo de hoy y seré toda vuestra... Siempre y cuando no pase nada más. Parece que la criminalidad ha aumentado de manera exponencial en el pueblo —comento sarcástica.

—Sí, ya he oído lo del tiroteo. ¿Cómo está tu jefe? —pregunta, preocupado, Fran.

—Acabo de dejarlo a punto de dormir. Según el cirujano, la herida no es grave. En un par de días lo tendremos por el pueblo buscando al culpable —explico. Algo me dice, en cambio, que el teniente no necesita buscar ningún culpable, porque sabe perfectamente quién le disparó o, al menos, quién le tendió la trampa.

—Bueno, os dejo. Marta estará esperando que llegue la caballería al rescate. Gracias por lo

de mañana; nos vemos —se despide Fran.

—¿Qué te parece si tú y yo nos vamos a mi casa, nos tomamos un café y hablamos de lo que te ocurre? —propongo a Noe. Yo también necesito hablar con una amiga.

—Me parece genial. Le enviaré un WhatsApp a Fermín para avisarlo; no tengo muchas ganas de hablar con él.

—Eso también tienes que explicármelo. —Quizá me haya equivocado y la tristeza se deba a problemas en la relación entre ellos—. ¿Por qué no le dices que hoy te quedas en mi casa a dormir? —sugiero, previendo una larga noche de confidencias.

—Tienes razón. No le gustará, pero la verdad es que ahora mismo su opinión me importa un bledo.

Llegamos al coche y nos ponemos en marcha en silencio mientras Noe envía el mensaje a Fermín. No tarda mucho en recibir una contestación.

—Me acaba de escribir: «Esperaba habláramos esta noche. Mañana marcho, tenemos que hablar antes». No se le da muy bien lo de escribir en el móvil —aclara Noemí—. Será mejor que le conteste.

—¿Qué os ha pasado? —pregunto, incapaz de aguantar la curiosidad. Aunque a mí no me guste Fermín, Noe parecía muy feliz con él la última vez que los vi juntos.

—Ya sabes, como la canción: «se nos acabó el amor de tanto usarlo». Tal vez la distancia..., no sé. Nuestra relación ya no es tan emocionante como al principio, algo, por otro lado, normal. Pero después de pasar juntos este fin de semana todo ha cambiado —concluye.

—Quizá solo sea un bache en el camino —planteo—. Siempre que no haya terceras personas involucradas, claro —puntualizo.

—Tú y tu mente deductiva. —Me sonrío—. Creo que esas terceras personas han aparecido precisamente porque lo nuestro ya se había acabado, solo que nosotros no éramos conscientes de ello —aclara con pesar.

Cuando llegamos a la entrada de mi casa, una vivienda de campo aislada, a un par de kilómetros del pueblo, Vila y Chamorro, un pastor alemán y una preciosa labrador, salen ruidosamente a saludarnos. A igual que sus homónimos en las novelas de Lorenzo Silva, mantienen alejados de mí la soledad y el tedio, aparte de a ladrones y cotillas varios.

Ya es más de medianoche cuando por fin nos sentamos en pijama en el salón, con dos gin tonics y los perros acostados, felices de nuestra compañía, a nuestros pies. He dejado las ventanas abiertas y a través de las mosquiteras entra una suave y refrescante brisa. Para ser principios de verano, hoy el día ha sido más bochornoso de lo normal, por suerte, las noches aún logran compensar las temperaturas diurnas.

—Es increíble que aún guardes este pijama —dice Noe, mirándose atónita la prenda. Es un pijama de tirantes que se dejó en casa de mis padres la última vez que durmió allí y que sin duda ya no es de su talla.

—¿Y por qué no iba a guardarlo? Nunca perdí la esperanza de volver a celebrar una de nuestras noches de chicas —digo medio en broma, medio en serio.

—Este gin tonic de albaricoque está buenísimo —afirma después de darle un sorbo a su copa, ignorando a propósito mi comentario.

La última vez que hicimos una fiesta de pijamas ella y yo, teníamos dieciséis años. Esa noche le di un beso. Ella me respondió con una sonora bofetada, hiriendo por igual mi orgullo y mis sentimientos. Entonces me advirtió: si yo no era capaz de limitar nuestra relación a una muy buena amistad, saldría por la puerta y no volvería a verla jamás. Nunca más desvelé ni reiteré mis

auténticos sentimientos hacia ella. Ella era heterosexual; yo, lesbiana. Solo podía ser su amiga; no había nada más que hablar. Lástima que mi corazón no lo tuviera tan claro.

—Lo probé el mes pasado en un garito del barrio del Carmen, aquel al que íbamos antes de que empezaras a salir con Fermín y me dejaras de lado. Otra vez —respondo dolida—. Anda, no me hagas caso y cuéntame qué ha pasado esta noche —añado al ver su gesto contrariado. Quiero transmitirle mi amistad fiel. Yo siempre estaré aquí para ella. A pesar de todo.

—No sé muy bien lo que ha pasado. El día que descubrí el cadáver de Lucía, y después de pasar el mal rato de tener que comunicárselo a sus padres, decidí hacer algo...

—Por eso no has parado de meter las narices —interrumpo. Noe me mira enfadada.

—He decidido investigar por mi cuenta. Tu teniente me parece bastante obtuso y demasiado castrense. —Hace caso omiso de mi cara de incredulidad y sigue—: Digamos que en el proceso de investigación me he cruzado un par de veces con tu jefe, y en todas las ocasiones he sentido una corriente evidente de hostilidad. O eso creía yo hasta esta noche.

—¿Qué ha cambiado esta noche? —pregunto impaciente. Noe tiene tendencia a irse por las ramas a la hora de dar explicaciones.

—Pues después de que le dispararan y de poner en marcha la sirena para ahuyentar al tirador...

—Siempre has sido rápida de reflejos. Fue muy buena idea —afirmo, orgullosa de mi amiga.

—Sí, bueno, luego encontré a Martín...

—Martín. ¿Desde cuándo llamas a mi estricto jefe por su nombre de pila? —interrumpo, sorprendida por el cariz que están tomando sus revelaciones.

Ella juguetea, sin mirarme, girando el contenido de su copa de balón.

—Pues creo que desde que lo ayudé a llegar al coche. La verdad, no sé en qué momento exacto empezamos a tutearnos: el esfuerzo conjunto, la gravedad de su herida... —divaga como siempre que un tema le escuece—. El caso es que cuando llegamos por fin al coche patrulla, estábamos sudados y exhaustos. Él había perdido bastante sangre y empezó a decir cosas sin sentido. —Me observa dubitativa.

—¿Como qué? —La cosa se está poniendo interesante.

—Como que yo tampoco olía bien y tenía ojos de gata y...

—¿Y?

—Me besó —concluye, dejándome desconcertada. No esperaba que la cosa hubiera llegado tan lejos.

—Desde luego, debía de estar delirando. Si no te soporta —declaro. Noe me mira dolida por mi comentario—. Noe, cariño, tú misma has dicho que vuestra relación no era muy buena, y siempre hablas mal de él. ¿Y qué hiciste cuando te besó? —pregunto, sin poder evitar recordar la bofetada que me propinó a mí por la misma razón.

Ella me mira con cara culpable.

—Me quedé atontada... Elena, fue tan inesperadamente dulce y delicado.

—Eres increíble, Noe. Tienes el peor ojo posible para encapricharte —respondo enfadada—. Primero te enamoras de un cincuentón egocéntrico y ahora te encariñas del típico tío con fobia al compromiso.

—¿Por qué te enfadas así conmigo? Yo no hice nada para que él me besara, y tampoco tengo la culpa de que esos ojos suyos me miren como si fuera a comerme ni de que a mí me tiemblen las piernas cuando lo hace.

No puedo responder lo que pienso en realidad, eso supondría reconocer mis celos. Porque ese

es el auténtico motivo de mi enfado, pero no puedo admitirlo a costa de perder su amistad. Doy un buen trago a mi copa antes de contestar:

—No me gusta verte sufrir.

Noe parece satisfecha con mi respuesta y se relaja.

—Yo tampoco quiero sufrir. ¿Sabes qué me dijo cuando fui a verlo después de su operación?

—No. —Ahora es cuando llegamos al meollo de la cuestión. La razón por la que se encontraba tan abatida al volver de la habitación de mi jefe.

—Yo estaba muy preocupada, y él, cuando despertó, se limitó a darme las gracias por salvarle la vida de la manera más fría y distante posible. Como si nada hubiera pasado. Por un momento incluso pensé que no recordaba nada de lo ocurrido, pero sus ojos me rehuían; estaba arrepentido de lo que había hecho, el muy, muy...

—¿Estúpido y engreído? —la ayudo yo.

—Sí, exacto. Además, es un inútil. ¿Acaso no ve que el asunto de Juan Carlos está en el fondo de todo esto?

—Noe, el simple hecho de encontrar el cuerpo de Lucía en el mismo lugar donde murió Juan Carlos no implica necesariamente una relación entre los dos casos.

—Ah, ¿no? ¿Cuál es tu versión entonces?

—En parte estoy de acuerdo con el teniente; el caso de Juan Carlos parece más una distracción que una pista...

—¿Pero? —apunta Noe, perspicaz.

—De hecho, hay un par de peros: por un lado, está la cuestión de que esta noche hayan disparado al teniente en el mismo lugar, y —levanto la mano para impedir que Noe vuelva a interrumpirme— hay otro dato. Falta una hoja en el expediente del caso de Juan Carlos.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? —me pregunta, incorporándose del sofá y derramando parte de su copa sobre la pobre Chamorro, que, ante el sorpresivo e injustificado ataque de mi amiga, decide emigrar a otro lugar menos peligroso del salón.

—Cuando comencé en mi puesto, no pude evitar echarle un vistazo al expediente. Al fin y al cabo, era el caso que marcó nuestra infancia. Por supuesto, no averigüé nada relevante, pero tengo muy buena memoria, y cuando volví a hojearlo con motivo del homicidio de Lucía, descubrí que faltaba la declaración de dos testigos.

—¿Quiénes eran? Tenemos que localizarlos y...

—Eh, eh, para el carro. Primero, no recuerdo sus nombres; segundo, puede que su desaparición se deba a un error, alguien puede haberlo traspapelado, y tercero y más importante, nada de «tenemos que» ... Tú no formas parte de esta investigación, esto no es un juego, Noe. El teniente casi muere esta noche.

—Y no ha muerto gracias a mí —me recuerda dejando la copa sobre la mesa de centro y acomodándose de nuevo en el sofá.

—Noe, es peligroso. Tienes que prometerme que dejarás de inmiscuirte en la investigación —le pido.

Ella se limita a apretar los labios con firmeza como única respuesta. Además de impulsiva es una cabezota.

—Noe, por favor, no quiero tener que preocuparme constantemente. Podemos hacer un trato: yo te pondré al corriente de la investigación si tú me prometes no intentar averiguar nada por tu cuenta.

Noe se queda pensativa unos segundos. Sé que valora nuestra amistad, y sabe lo importante

que es para mí el trabajo. Por fin, me mira a los ojos resignada.

—Está bien, pero tienes que darme un informe diario. ¿Trato? —propone con la mano extendida y una media sonrisa bailándole en los labios. Sé que no podría exigirle nada más, así que acepto y chocamos las palmas para sellar nuestro pacto—. ¿Realmente crees que la declaración solo está traspapelada? —pregunta, separando su mano de la mía.

—No lo sé, recuerdo que era una pareja de adolescentes que hacía acampada libre. Su declaración no parecía en absoluto relevante. Ni siquiera se acercaron al pueblo...

—Otro pero ¿verdad?

No puedo evitar sonreír, me conoce perfectamente. De hecho, cuando éramos pequeñas siempre acabábamos las frases la una de la otra. Durante el verano, éramos inseparables. Echo tanto de menos aquella época.

—Sí, no creo en las simples coincidencias, y en este caso hay demasiadas —afirmo convencida.

—Estoy de acuerdo contigo —repite Noe—. Solo un inepto como tu jefe puede pensar que el hijo del Mandíbulas mató a Lucía. Si hubiera cogido una escopeta y le hubiera disparado a bocajarro a Rafa en medio de sus tierras, me lo creería, pero lo de Lucía no me cuadra.

—Eso me hace pensar si fue él quien disparó al teniente. ¿Tú qué opinas? —le pregunto dejando mi copa vacía junto a la suya. Yo no soy tan obtusa como mi jefe con respecto a la utilidad de la psicología para descubrir a un asesino.

—Tampoco me cuadra. Yo creo que él lo hubiera esperado fuera del restaurante para dispararle. No lo veo orquestando lo de la nota para llevarlo al lugar del crimen y atacarlo. Además —añade con una mirada pícaro—, si hubiera sido él, seguro que cuando encendí la sirena, en vez de huir, me habría disparado a mí también, ¿no crees?

—La verdad es que es bastante bruto. —Reconozco al imaginarme la escena—. Concluyendo: mi jefe no tiene ni idea, pero alguien piensa que sí y por eso le han disparado. Tú crees que es tonto, pero te mueres por sus huesos, y eso a pesar de haber fornicado como una coneja con tu novio todo el fin de semana.

—Sin pasarse, ¿eh? —Noe me da un fuerte puñetazo en el hombro—. Una tiene sus necesidades, y ya sabes que los quiquis de despedida siempre son los mejores. Eso si te acuerdas de cómo se hace, claro —añade para picarme.

—¿De verdad quieres saber si me acuerdo? Puedo hacerte una demostración práctica cuando quieras —contesto en broma, acercándome a ella insinuante.

—En cuanto cambie de orientación, sabes que serás la primera en enterarte. —Me aparta de ella con las dos manos e interpone entre las dos un enorme almohadón.

—Si lo que quieres saber es cómo va mi vida amorosa —respondo mientras acaricio a Vila, que, despierto, reclama mi atención—, hace mucho que no me como un rosco. Aquí en plena sierra es difícil ligar para cualquiera; imagínate si eres la única lesbiana en muchos kilómetros a la redonda.

—¿No has pensado en pedir el traslado? —pregunta.

Claro que lo he pensado, pero ahora que ella ha vuelto al pueblo no quiero irme. He intentado olvidarla en brazos de otras personas y no ha funcionado. Mientras siga enamorada de mi mejor amiga, no existe el futuro con nadie más.

—De momento no me lo planteo —miento—. Ya veremos más adelante. ¿Qué te parece si nos vamos a dormir? —Simulo un bostezo. No me gusta el derrotero que ha tomado la conversación. Con ese pijama tan minúsculo, que no deja mucho a la imaginación, su cercanía y el alcohol

corriendo libre por mis venas, temo hacer o decir algo comprometido.

—Sí, será lo mejor —contesta ella estirándose exageradamente—. Hoy ha sido un día agotador.

A pesar del cansancio, me cuesta dormirme, y no solo por la conversación sobre mi vida sexual. Estoy acostumbrada a ocultar mis sentimientos con la gente en general, y con mi mejor amiga en particular. Sigue preocupándome la supuesta pérdida de la nota que ha recibido el teniente de manera tan poco ortodoxa. Algo se me escapa, el problema es saber el qué.

Me despierto temprano; no suelo dormir muchas horas. Noe, en cambio, dormiría hasta mediodía si la dejara. Decido hacer algo de ejercicio. Mi rutina no tiene que cambiar por el mero hecho de tenerla en casa. Dejo salir a los perros y me voy a ejercitar los músculos en mi propio gimnasio, habilitado en el sótano de la vivienda. Después, quiero ir al cuartel para acabar el informe del tiroteo y averiguar si hay novedades. Me ducho y opto por despertar a Noe para desayunar juntas; prefiero aguantar su mal humor matutino a perder la oportunidad de estar juntas un rato más.

Una vez sentadas a la mesa con un buen desayuno y Noe deleitándose con su estimado café, le pregunto por sus planes de domingo.

—Tendré que hablar con Fermín antes de que se marche —dice resignada. Sujeta la taza entre sus manos; con las piernas dobladas en posición de indio y despeinada, está más guapa que nunca.

—¿Ya has pensado qué le vas a decir? —La contemplo encantada. Es maravilloso tenerla para mí sola.

—La verdad. Él sabe tan bien como yo que lo nuestro se ha terminado. De hecho, anoche estuvo coqueteando con la pareja de tu jefe, ¿no te lo había contado? Resultó bastante humillante verlos.

—No, no me lo habías contado. Así que coqueteó con la pareja del teniente... Y ¿aún sigue vivo? —comento incrédula.

Noe comienza a reír a carcajadas ante mi inesperada respuesta.

—Cierto, Fermín es a veces demasiado temerario —dice con la sonrisa bailando todavía en sus labios—. Aunque en este caso no corría peligro. Martín parece la clase de hombre al que le atraen mucho las mujeres, pero se limita a tener relaciones superficiales con ellas. Sexo y poco más.

La sonrisa desaparece de su boca y de su mirada. Realmente empiezo a preocuparme por los sentimientos de Noe hacia mi teniente. Si su definición de mi jefe es correcta, que sí me lo parece, una posible relación con él solo le traería dolor. Cambio de tema; es lo mejor.

Planeamos la noche de chicas con Marta: por la noche iremos a su casa para ayudarla con la bebé y distraerla un rato. Al final decidimos no llevar nada de comida. Conociendo a la gente del pueblo, habrán llevado provisiones para alimentar a un regimiento un mes entero. Lo mejor será alguna cerveza para nosotras y alguna peli de risa. Ambas reconocemos que la idea nos atrae. Hace demasiado tiempo que no celebramos una cena de chicas; será divertido. Y a las tres nos vendrá bien.

Dejo a Noe terminando de desayunar y me dirijo al cuartelillo. Antes incluso de llegar al coche, mi móvil suena. En la pantalla aparece el número de mi jefe. Este hombre no puede descansar ni convaleciente.

—Elena, ¿dónde estás? ¿Ya has hablado con el sospechoso? ¿Y las pruebas...?

—Teniente —lo interrumpo antes de que la lista de mis quehaceres siga creciendo en mi día libre—, ahora mismo me dirijo al cuartel, todavía no puedo informarte. Si quieres te llamaré cuando...

—No —interviene él—. Mejor pásate por el hospital para informarme. Y, Elena... —añade.

—¿Sí, teniente?

—No tardes —sentencia, y cuelga a continuación.

Durante un segundo, me quedo mirando la pantalla. Incluso pienso en llamarlo de nuevo para decirle un par de cositas. Pero no lo hago. No puedo hacerlo. Mis tiempos de rebeldía terminaron en el momento en que entré a formar parte de un cuerpo tan jerarquizado como la Guardia Civil. Subo a mi coche y me dirijo a realizar mi trabajo lo mejor y lo antes posible. No pienso echar mi carrera por la borda porque mi jefe esté harto de permanecer inactivo en un hospital y se dedique a fastidiarme el día libre.

CAPÍTULO 6

Noemí

Después de marcharse Elena, me tomo una segunda taza de café. No he pasado buena noche. A pesar del cansancio, me costó mucho conciliar el sueño. Cuando por fin conseguí dormirme, no fue un sueño tranquilo y reparador. Por el contrario, fue un sueño plagado de pesadillas de las que desperté angustiada. No he querido decirle nada a Elena; ya está bastante preocupada. Siendo yo psicóloga, sé que después de lo ocurrido ayer es normal sentirme así. Con el tiempo y algún somnífero, lo superaré.

Además, se está genial en esta cocina, con el sol entrando a raudales por los enormes ventanales y unas vistas impresionantes de la sierra. Hacía mucho que no venía a su casa. Demasiado. En más de una ocasión estuve tentada de hacerlo, pero entonces Elena volvía a mirarme con ojitos de cordero degollado y yo desistía. Odio esta situación. Elena no puede seguir enamorada de mí eternamente; no es bueno para ella, no es bueno para mí y no lo es en absoluto para nuestra amistad. Pero ahí estamos las dos, negando lo evidente.

En todo caso, el enamoramiento de mi amiga constituye el menor de mis problemas en este momento. Tengo que hablar con Fermín. No puedo posponerlo más. Estoy dolida por su comportamiento con la forense, aunque quizá solo sea mi orgullo el que salió malparado. La verdad es que no me importa, de hecho, en el fondo me siento aliviada. El sexo con él es bueno, pero ha perdido la emoción de la novedad y lo prohibido; las clases particulares en las que se convertían nuestras conversaciones han dejado de parecerme un privilegio. Tengo que reconocerlo: nuestra relación es rutinaria y quizá sea el momento de darnos un respiro. El problema radica en explicárselo a él.

El pitido del WhatsApp me aparta de mis pensamientos. Miro la pantalla: es el protagonista de mis pensamientos. Ya no puedo retrasar más el momento. Le pido que venga a buscarme a casa de Elena.

Al llegar, me pregunta cómo me encuentro, y yo le explico todo lo ocurrido ayer. Al menos, todo lo que puedo contarle. Él me escucha en silencio, con el rostro preocupado, en especial al abordar la parte de los disparos. Llegamos a casa en el mismo momento en que mi relato toca a su fin. Entramos en silencio. Cierra la puerta detrás de mí y me mira fijamente con los ojos tristes y ojerosos.

—Noemí. —Nunca conseguí que me llamara Noe, le parece un diminutivo pueril y ridículo para una mujer adulta—. Antes de nada, quiero pedirte perdón por mi conducta de anoche y dejarte claro que no ocurrió nada entre Marga y yo.

—Te creo, Fermín.

—Por favor, déjame explicarme. Me comporté de manera infantil. Marga es una mujer muy hermosa y me sentí muy halagado por sus atenciones. Tú, bueno, digamos que tú dejaste de comportarte así conmigo hace demasiado tiempo y yo... reaccioné a sus atenciones de modo poco adulto. En mi descargo solo puedo decirte que me sentía despechado y...

—¿Perdona? ¿Me estás queriendo decir que la culpa de que ayer nos dejaras a los dos en ridículo es solo mía? ¿Que mi grado de veneración hacia ti ha bajado varios puntos y decidiste que fuera otra quien te adorara en mi presencia y en presencia de su acompañante? —respondo, cada vez más alterada y furiosa.

—Noemí, por favor, sabes que odio las escenas. Y entre tú y yo están de más.

No soy capaz de contestar. Me he quedado estupefacta. De pronto, veo al hombre egocéntrico y vanidoso que es, y no al hombre culto, sensible y maduro del que yo creía estar enamorada. Respiro hondo un par de veces para serenarme. Por fin percibo nuestra relación con toda claridad. Solo había sido un trampantojo de la realidad: yo no me enamoré del hombre, sino del afamado académico y profesional; y él, está claro, solo puede enamorarse de sí mismo.

—Disculpa, Fermín, tienes razón. No pienso ponerme melodramática, sé que no te gustaría.

Él me sonríe. Parece no haber captado en absoluto la ironía de mis palabras.

—Es evidente —continúo yo— que nuestra relación no es tan satisfactoria como antes para ti... —Él intenta replicar, pero yo, con un gesto de la mano, se lo impido. No he terminado de hablar y no tengo ninguna intención de seguir escuchando sus tonterías narcisistas—. Como te iba diciendo, entiendo que para ti nuestra relación de pareja ya no tenga futuro. También espero que comprendas que, para mí, sería muy complicado seguir teniéndote como tutor de tesis, de modo que, con tu permiso, solicitaré que me cambien de tutor. En todo caso, te deseo que seas muy feliz, y solo me queda agradecerte que le hayas puesto fin a lo nuestro de un modo tan civilizado.

Mi discurso lo deja boquiabierto y aturdido. La única manera viable que se me ocurre de terminar la relación con él en buenos términos es hacerle creer que él mismo le ha puesto fin, muy a su pesar. Conociéndolo, no hará nada para recuperarme si con ello menoscaba su amor propio. Y yo tengo que pensar en mi tesis. Ni puedo seguir con él como director, ni puedo ponerlo en mi contra.

—Me alegro de que lo hayas comprendido, Noemí —manifiesta una vez repuesto—. En cualquier caso, no veo la necesidad de cambiar de tutor; nuestra amistad puede quedar intacta, siempre que me necesites...

—Fermín, sabes que eso es imposible. Volveríamos a caer en la tentación, y tú mejor que nadie sabes lo necesario que es en una situación como la nuestra pasar página y seguir adelante. —Todo parece indicar que él no quiere perder el derecho de pernada de ser mi tutor, pero va listo si piensa que yo se lo voy a permitir. Él no se rebajaría a intentar una reconciliación, y si dejamos de mantener una relación profesional, cualquier otro tipo de vínculo entre ambos es imposible.

—Tienes razón, Noemí. Entiendo que para ti supondría un sufrimiento mantener una relación solo profesional conmigo. La única salida es dejar de vernos totalmente. Cederé con gusto todas mis notas de tu tesis al profesor que tú misma designes.

—Así lo haré.

—Iré a buscar la maleta a la habitación.

No lo acompaño; estoy furiosa. No con él, eso sería lo más fácil. Estoy enfadada conmigo por haber sido tan estúpida de no ver cómo era en realidad. Me comporté de un modo completamente superficial al enamorarme de alguien por lo que representaba y no por quién era en realidad.

Lo acompaño a la puerta con los brazos cruzados. Aun así, consigue darme dos besos y un abrazo forzado al que me obligo a responder. No puedo dejarlo ir pensando que estoy dolida. Yo también tengo mi orgullo. Y, además, la verdad es que me siento liberada. Y enfadada, pero también liberada.

Decido hacer limpieza. Necesito quemar toda esta rabia y energía. Paso las dos horas

siguientes restregando con todas mis fuerzas hasta que todo queda reluciente y mis músculos, agotados. El siguiente paso consiste en intentar cansar mi mente. Resuelvo seguir con mi tesis. Es del todo imposible. La rabia del momento ha dado paso a la tristeza y la autoconplacencia. Tengo veintisiete años y he terminado con mi futuro profesional y sentimental en tan solo un fin de semana. Quizá esté poniéndome melodramática, pero, como buena psicóloga, sé lo que debo hacer: una peli romántica para llorar y mucho dulce para incrementar mis endorfinas. Poco saludable, pero altamente satisfactorio para el alma.

Después de pasar toda la tarde adormeciendo mis sentidos con la caja tonta y toda clase de comida perjudicial para mi salud, no tengo más remedio que ducharme y arreglarme para la noche de chicas. No me apetece, pero sin duda es la mejor terapia para mi estado actual. Nada como despotricar de un ex con las amigas para sentirse mucho mejor.

Elena y yo llegamos a la vez a casa de Marta. No sabría decir cuál de las dos tiene peor aspecto. Baste decir que mi amiga trae consigo un pack de seis cervezas a casa de una mamá reciente.

Sin embargo, al abrírnos la puerta Marta, nos olvidamos por completo de todos nuestros males. Marta siempre ha sido muy pulcra con su aspecto, pero la persona que nos recibe en su casa con su pequeña berreando entre los brazos va vestida con un pijama sucio, luce el pelo enmarañado y revuelto y apesta a vómito y caca de bebé. Para terminar de redondear la estampa, nuestra maravillosa amiga no tarda ni cinco segundos en echarse a llorar de manera desconsolada.

Aquí hacen falta medidas urgentes. Yo me ocupo inmediatamente de la bebé, a la que logro calmar tras una larga y aburrida disertación sobre la psicología humanista frente a la conductista y el psicoanálisis freudiano. Elena, por su parte, se encarga de la madre, obligándola a darse un largo y relajante baño mientras ella pone una lavadora y ordena un poco la casa.

Después del gratificante baño, Marta amamanta a la pequeña y, tras un par de sonoros eructos, la deja profundamente dormida en el cuco, colocado de manera estratégica en el salón. Nosotras nos instalamos en el maravilloso office que Marta ha dispuesto en su espaciosa cocina. La estancia, en tonos rojo Ferrari y blanco, forma una enorme U, junto a la que han colocado una enorme mesa para ocho personas con unos preciosos bancos corridos y algunas sillas de último diseño. No hay nada como tener una familia política dedicada a la construcción para conseguirte una casa de ensueño.

—Espero que haya algo de comer en esa enorme nevera tuya —comenta Elena—, porque yo solo he traído cervezas, y aquí nuestra amiga —me señala a mí— parece haber pensado que con su presencia era suficiente.

Yo me limito a encogerme de hombros.

—Deja de pincharla, Elena. Seguramente tendrá una buena razón para ello y en su momento nos lo contará. —Gracias a Dios, Marta vuelve a ser la amiga dulce y comprensiva—. En todo caso, no tenéis que preocuparos por nada. Mi nevera está llena de todo tipo de manjares. Tengo suerte de contar con muchas pacientes y vecinas conocedoras de las necesidades de una madre primeriza. —Con una sonrisa, nos muestra el interior del frigorífico, a rebosar de platos cocinados—. ¿Qué os parece si empezamos por el pastel de carne de Amparo, seguimos con la deliciosa tortilla de alcachofas de Eulalia y terminamos con el arroz con leche de la señora Rosalía?

Solo con verlos se me hace la boca agua. Además, es todo un detalle por parte de Eulalia, la mujer del hijo del Mandíbulas, preocuparse por Marta con todo lo que le está cayendo esta semana. Marta parece leerme el pensamiento, porque nos dice:

—Eulalia ha sido muy amable. Me dijo que ella no podía olvidar todas las veces que la había curado de sus continuas caídas.

—No sé de dónde ha sacado tiempo, con el día tan movidito que ha tenido —indica, misteriosa, Elena.

—¿Y eso? —pregunto curiosa.

—Eso os lo explicaré sentadas a la mesa y con una cerveza bien fresquita delante.

—Tú coge la cervecita y ya puedes empezar —digo yo, impaciente, sacando el pastel de la nevera.

—Después de desayunar juntas, me dirigí al cuartel para saber cómo iba la investigación sobre lo ocurrido anoche...

—¡Dios mío, lo había olvidado! —interrumpe, sobresaltándonos, Marta—. No me lo podía creer cuando Fran me lo contó. Ya me estás explicando cómo precisamente tú le salvaste la vida al jefe de Elena.

Yo resumo mis peripecias de la noche anterior, obviando la parte del beso con el teniente y la conversación matutina con Fermín. Queda mucha noche para ventilar intimidades, y aún no me siento con ganas de hablar de ello.

—¿Y a ti qué te pasa? —pregunta Marta a Elena al verla abrir su segunda cerveza en menos de quince minutos.

—A mí... A mí me pasa un jefe dolorido, impedido durante una temporada, herido en su orgullo y especialmente cascarrabias y encima de mí todo el día. Mi día libre, para más inri —resopla y le da un trago a su cerveza.

—¿Ha estado llamándote desde el hospital? —le pregunto incrédula.

—La primera llamada la recibí nada más salir de casa. La segunda, media hora más tarde, cuando ni siquiera los agentes a cargo de la investigación habían podido proporcionarme el informe sobre anoche.

Su cara refleja toda la rabia contenida durante el día, incluso agarra el cuello de la botella de cerveza con más fuerza de la necesaria.

—¿Y han podido averiguar algo más? —indago yo, impaciente. Me levanto para coger la tortilla de alcachofas de la nevera; el pastel de carne ha desaparecido con rapidez.

—Encontraron dos cartuchos de escopeta, pero ni rastro de la nota.

—Quizá la perdiera a la entrada de la casa rural antes de subir al coche; allí hay mucho tránsito —señalo, sirviéndome una ración exigua de tortilla, la tarde de displicencia alimentaria me está pasando factura.

—Eso mismo dijo él —replica Elena con tono enigmático.

—¿Y la encontrasteis? —pregunta Marta con la boca llena. Su ración de tortilla superaba con creces el tamaño de la mía.

—La verdad es que no. Pero eso no significa nada.

—¿Qué quieres decir exactamente? ¿Crees que hay algo sospechoso en la desaparición de la nota? —inquiero yo, también con la boca llena. Me resulta imposible dejar de comer, está deliciosa.

—No es nada, solo una sensación rara. ¡Dios, qué buena le sale la tortilla a Eulalia! —exclama extasiada—. No sé cómo ha tenido tiempo para hacerla.

Elena acaba de desviar nuestra atención sobre la desaparición de la nota de manera deliberada. De momento no insistiré. De momento, claro.

—¿Por qué dices eso? Hoy estás demasiado misteriosa para mis cansadas neuronas de madre.

—Marta se termina con ansia el último bocado de tortilla de su plato.

—Digamos que sé de buena tinta que su marido y ella han vivido un día movidito.

—Ya estás largando por esa boquita todo lo que sabes —exijo, muerta de curiosidad.

—Esta tarde ha habido un registro en su casa. —Se acomoda satisfecha en su silla—. En un principio no se encontró ningún arma, ni cartuchos. De hecho, su marido declaró a mis compañeros no haber tenido nunca un arma, cuando hace menos de dos meses pasó la renovación de la licencia para escopetas de caza con el brigada Ruiz, presente en el registro.

—¡No se puede ser más tonto! —exclamo.

—Bueno, él se cree muy listo. Estuvo tranquilo mientras mis compañeros registraban la casa. En cuanto se dirigieron al cobertizo contigo, empezó a ponerse nervioso. No tardaron en encontrar escondidas el arma y dos cajas de cartuchos a las que les faltaban precisamente dos de ellos.

—¿Y se desmoronó? —pregunta Marta, tan interesada como yo en el relato de Elena.

—¡Qué va! Ya sabéis lo cabezón que es. Nos juró y perjuró no saber nada de la escopeta ni de los cartuchos.

—¿Y cómo explicaba su presencia en el cobertizo? —pregunto.

—Según él, por la mañana había encontrado la puerta abierta, pero como no había echado nada en falta, pues no lo había denunciado.

—Eso no hay quien se lo crea, aunque tampoco podéis demostrar su falsedad —señala Marta mientras se pone en pie para recoger los platos vacíos de la mesa.

—Tienes razón, su historia sería creíble si el arma no estuviera a su nombre y si no hubiera dado positivo en restos de pólvora al hacerle la prueba —añade Elena, levantándose conmigo para ayudar a Marta a recoger.

—Pues así lo tiene crudo. ¿Os apetece el arroz con leche? —pregunta Marta, dubitativa.

—Yo estoy llena.

—Yo tampoco creo que pueda con nada más —contesta Elena con la mano en la barriga, ligeramente abultada.

—Cafés, sí, ¿no, chicas?

—Yo, un cortado, Marta —pide Elena.

—Yo, con leche desnatada, porfa. Entonces ya está, ¿él disparó a tu jefe y mató a Lucía? —me dirijo de nuevo a Elena mientras terminamos de recoger la mesa.

—No es tan sencillo. Probablemente sea fácil acusarlo del intento de homicidio contra el teniente. En cuanto a lo de Lucía...

—Tú tampoco crees que sea el culpable, ¿no?

—A mí no me cuadra. Aunque mi jefe esté convencido de ello. Teníais que haberlo visto cuando fui al hospital a informarle del registro.

Con una traviesa sonrisa de complacencia nos explica cómo su jefe despotricó por no haber podido estar presente en el registro y la detención del hijo del Mandíbulas. Aunque parte de la bronca se la llevó ella por no acudir antes a sacarlo de allí, la peor parte se la habían llevado las enfermeras que habían intentado disuadirlo de solicitar el alta voluntaria del hospital. Según ella, fue todo un espectáculo. Su jefe había salido de allí blanco por el esfuerzo y el cabreo, y se había pasado todo el camino hasta el cuartelillo dándole órdenes a Elena. Así había venido ella. Por suerte, el alcohol obra milagros y, después de tres cervezas, su humor ha mejorado considerablemente.

Ya han pasado casi tres horas desde la última toma de la pequeña, que no tarda en reclamar su

comida, y puesto que tanto Elena como yo nos hemos terminado nuestros respectivos cortados, nos trasladamos con Marta al salón. Mientras ella le da el pecho en un mullido sofá, yo les cuento mi reciente ruptura sentimental. Ninguna de las dos lamenta en absoluto mi decisión. Al parecer, yo era la única que no se había dado cuenta de lo ególatra y narcisista que es Fermín.

Marta termina de alimentar a su pequeña y la sube a su habitación para cambiarla y acostarla en la cuna. Deja conectado un intercomunicador para bebés y vuelve con nosotras. Cuando entra en el salón, Elena y yo discutimos sobre, a su juicio, mi mal gusto con los hombres.

—Elena tiene toda la razón. Eres un verdadero desastre a la hora de escoger pareja. Aunque creo saber cuál es la causa de ello —dice Marta misteriosa, ocultando un bostezo con la mano.

—¿Ah, sí? Venga, cuéntanos —la incito divertida.

—Jorge.

—¿Cómo que Jorge? —replico, esta vez molesta.

—Marta tiene toda la razón. Él fue el único chico normal que te gustó y el único que te dio calabazas —apunta Elena, muerta de la risa, a la vez que me señala con un dedo acusador.

—No me dio calabazas.

—¿No? Y, exactamente, ¿cuál fue su respuesta a la romántica carta que le escribiste declarándole tu amor eterno a los quince años? —Elena disfruta con la situación.

—Sabéis tan bien como yo cuál fue su respuesta. Yo misma os lo expliqué.

—Pues lo que yo he dicho —puntualiza Marta—. Él es la causa de todos tus problemas sentimentales. Desde entonces buscas relaciones con hombres que supongan un reto, una conquista para tu ego, pero por los que en realidad no sientes nada, de manera que nadie más vuelva a romperte el corazón.

—¿Ahora me psicoanalizas tú a mí? Es cierto que no me tomé excesivamente bien su rechazo. Él era el mayor, el más guapo, el mejor amigo de mi hermano en el pueblo y el líder de nuestra colla. Cómo no me iba a enamorar de él. Además, ese verano fue cuando Jorge conoció a Cris, su alma gemela, imposible competir con ella.

De pronto se hace el silencio. Sin duda todas estemos recordando la triste realidad. Jorge, nuestro amigo, ya no estará nunca más con nosotros.

—A veces me olvido de que ya no está —dice Marta con la voz rota por la emoción.

—Es difícil de asimilar —secunda Elena.

No hay nada más que yo pueda añadir. Durante unos segundos permanecemos en un cómodo y necesario silencio.

Marta bosteza de forma ostensible.

—Chicas, lo siento, me ha venido un bajón y soy incapaz de mantener los ojos abiertos.

—Tranquila. ¿Por qué no te tumbas un rato? Nosotras nos ocuparemos de la peque si se despierta.

—Vale. Solo necesito descansar un poco. Me tumbaré aquí mismo, en el sofá.

Cuando la tapo con una manta que hay en el sofá, ya duerme con la boca abierta. Bueno, los médicos están acostumbrados a dormir poco y en cualquier sitio...

—Vayamos a la cocina —me propone Elena—. Tengo algo que enseñarte. Voy a buscarlo.

Hago lo que me dice y la espero en el office. Regresa con una carpeta en sus manos.

—¿Qué es?

—¿No querías ver el expediente de Juan Carlos? Pues aquí lo tienes. Esta tarde tenía demasiada rabia contenida, y este era el único acto de rebeldía que podía permitirme. Anda, échale un vistazo antes de que me arrepienta. —Y, acto seguido, me entrega el expediente con una

sonrisa cómplice en sus labios.

—Te quiero, ¿lo sabes?

—Y yo a ti, pero no me convienes —responde guiñándome un ojo—. Voy a hacer café; estoy muerta de sueño yo también. ¿Quieres? —Reprime un bostezo.

No soy consciente de si le contesto. En cuanto tengo la carpeta en mis manos, me concentro en su contenido y todo lo demás a mi alrededor desaparece.

En esencia, recoge más o menos lo que ya sé. Los testimonios de Jorge (doce años), Ana (once años) y Marta (nueve años) son coincidentes: Juan Carlos se había enfadado con ellos por negarse a regresar tan pronto al pueblo y había decidido volver solo por el camino más corto y peligroso. Eso había ocurrido en lo alto del cerro, a tan solo unos quinientos metros campo a través del lugar donde encontraron muerto a Juan Carlos. Los tres afirmaban no recordar cuánto habían tardado en regresar al pueblo. No habían oído ni visto nada durante el tiempo que permanecieron en el cerro ni a su regreso, ya que lo habían hecho por el camino más largo.

Luego están los testimonios de la mayoría de vecinos. Solo Jorge, el padre de nuestro amigo, que poseía un terreno de almendros a la salida del pueblo, recordaba haber visto pasar aquella tarde por la carretera un coche utilitario desconocido, de color verde. Esa pista no había conducido a nada concreto.

Todos en el pueblo tenían coartadas respecto a la hora aproximada en que el forense había dictaminado el fallecimiento de Juan Carlos. Se habían realizado registros en busca de la cuerda y mordaza con las que se había maniatado y amordazado a Juan Carlos. No se había encontrado nada.

No había indicios que señalaran a nadie del pueblo. Tampoco había pruebas, aparte del coche desconocido, que señalaran la presencia de forasteros. Incluso se había solicitado un peritaje psicológico, algo bastante inusual en aquellos tiempos, en un intento de descubrir el perfil del asesino y/o la posible falsedad de algunos de los testimonios.

Ya estoy casi terminando, aunque creo que a mí también me está dando un bajón. Me doy por vencida y estoy a punto de cerrar la carpeta cuando algo me llama la atención.

Oigo llorar a un bebé. No suena cerca, pero es insistente. ¿Por qué no se calla? Entonces recuerdo dónde estoy. En casa de Marta. Es su bebé quien llora. Abro los ojos. Me he quedado dormida sobre la mesa de la cocina; a mi lado está Elena, también dormida, con la cabeza reposando sobre sus brazos, cruzados encima de la mesa. Me levanto con dificultad, todavía adormilada, y la zarandeo. Ni se inmuta. El llanto del bebé es cada vez más estridente. Me dirijo al salón. Camino en zigzag, como si estuviera borracha y mis sentidos estuviesen embotados. Marta sigue tumbada en el sofá donde la dejamos. Tiene al lado el intercomunicador, pero no parece oír el llanto inconsolable de su pequeña. Me acerco, la llamo a gritos y la sacudo sin miramientos. No reacciona, y empiezo a asustarme.

Ahora el llanto del bebé resuena en la escalera. Nada tiene sentido, debo de estar soñando. Aun así, decido ir a ver qué le pasa a la pequeña. Salgo del salón y, al final del pasillo, distingo una figura con algo en los brazos, junto a la puerta de entrada. El bulto se mueve, creo que es la bebé.

No puede ser. Alguien se está llevando a la hija de Marta. Corro hacia allí. Las extremidades me pesan como si fueran de hormigón. La puerta se cierra; el desconocido ha huido con la

pequeña. Llego a la puerta, la abro y grito. Pido socorro mientras el secuestrador dobla la esquina de la calle. Intento correr, pero mi cuerpo no responde con normalidad. Tropiezo y caigo. Me levanto y sigo gritando. Cuando por fin estoy a punto de doblar la esquina yo también, choco contra alguien y caigo de nuevo.

—Muchacha, ¿estás bien?

Es el señor José, el padre de Juan Carlos, y lleva un bebé en brazos.

—No, señor José. ¿Es la hija de Marta? —pregunto esperanzada.

—No sé, hija, a mí todos los bebés me parecen igualitos —contesta. Me ofrece su mano para poder levantarme del suelo—. Iba a salir de casa cuando algo ha golpeado la puerta y he oído el llanto de un niño; al abrir me lo he encontrado en el suelo, justo en el umbral. Entonces he oído unos gritos de auxilio, lo he cogido y he corrido hacia aquí.

Me acerco para poder ver al bebé y suspiro aliviada; mis piernas se aflojan.

—¿Es ella? — me pregunta él ante mi falta de respuesta.

Solo puedo contestarle con un movimiento de cabeza, porque me he puesto a llorar. Estiro mis brazos para que me la entregue. Lo hace algo dubitativo; mi aspecto no debe de inspirarle mucha confianza. Inseguro, mantiene sus brazos bajo los míos mientras la sujeto. Intento calmarla poniéndole el chupete, que, por suerte, se ha mantenido sujeto a su ropa por la cadenita.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —pregunta una voz detrás del señor José en tono autoritario.

Ambos nos giramos para ver de quién se trata, aunque yo ya he reconocido su voz: es Martín, perdón, el teniente de Castro. Ese tono solo lo usa el teniente.

—El secuestrador ha huido por allí —le grito, señalando la calle por la que él mismo acaba de aparecer—. ¡Corra, no puede dejarlo escapar! —le ordeno con desesperación.

Él se limita a mirar de manera escéptica hacia donde acabo de indicar.

—¿Qué secuestrador? ¿De qué demonios está hablando? —exclama enfadado.

—Buenas noches, teniente —contesta el señor José—. Creo que alguien ha intentado raptar a la niña de la doctora. La niña está bien —añade, señalando con la mirada a la pequeña, que sigue en mis brazos—. Por suerte, Noe salió corriendo detrás de él y debió de asustarse, porque la dejó en mi puerta.

Dos agentes emergen detrás de Martín.

—Brigada, agente Delgado, ¿han visto a alguien sospechoso cuando venían hacia aquí? —les pregunta Martín.

—No, mi teniente, no hemos visto a nadie. Hace unos minutos nos pareció oír gritos en esta dirección, pero aparte de algún vecino curioseando, no hemos visto ni un alma.

Mientras hablamos, se ha formado un petit comité de vecinos a nuestro alrededor. No quiero continuar la conversación ni dar más explicaciones en estas circunstancias. Además, tengo que pensar en la pequeña; aunque la intensidad ha menguado, no ha dejado de llorar, y luego están mis amigas, que siguen sin dar señales de vida.

—Teniente, creo que deberíamos entrar primero en casa. También considero que alguien debería llamar a una ambulancia. Elena y Marta están dentro, pero no dan señales de vida.

—Brigada Lorenzo, llame ahora mismo a una ambulancia. Ocúpese de los curiosos y mantenga la vigilancia en el exterior de la casa. Usted, agente Delgado, ocúpese de buscar al supuesto secuestrador; pregunte por las casas si alguien ha visto o ha oído algo —ordena diligente. Con un gesto me indica que avance delante de él. El señor José y él me siguen al interior de casa de Marta.

Los dirijo hacia el salón intentando explicarles, de manera un tanto atropellada, lo ocurrido al

despertarme en la cocina. Marta sigue en la misma posición en el sofá. Me fijo en que el color no ha desaparecido de su cara y eso me tranquiliza en parte. La pequeña, agotada, por fin duerme en mis brazos.

—¿Dónde está Elena? —pregunta el teniente mientras le toma el pulso a Marta.

—En la cocina. ¿Tiene pulso? —pregunto con un hilo de voz.

—Sí, débil, pero sí. Enséñeme dónde está la cocina.

Una vez allí, toma también el pulso de Elena. Me mira y me tranquiliza con un gesto. Yo suelto el aire retenido en mis pulmones de manera inconsciente.

—Noemí, ¿por qué no se sienta un momento? Está pálida —sugiere Martín con cara de sincera preocupación.

Es entonces cuando soy consciente de la debilidad de mis piernas y del sudor frío que recorre mi espalda. Noto la bilis a punto de subir por mi esófago y sé lo que viene a continuación.

—¡Coja a la pequeña! —exclamo, entregándole a la bebé.

Corro y consigo alcanzar el aseo de la planta baja justo cuando llega la primera arcada. En estos últimos días he descubierto que el estrés postraumático parece revolverme el estómago.

Una vez que he terminado, me enjuago y me limpio la cara con agua. Al salir, veo a los del SAMUR ocupándose de Marta. No me detengo; he dejado a la niña con Martín en la cocina. Cuando llego, la escena me enternece: Martín, sentado junto a la inconsciente Elena, sujeta a la pequeña Claudia en sus brazos. De su rostro ha desaparecido su seriedad habitual; una media sonrisa se dibuja en sus labios, los mismos labios que saben besar tan dulce; en su mirada se refleja una ternura infinita. Carraspeo para captar su atención y él aparta la mirada de la niña para fijarla en mí. Durante ese breve instante en que sus ojos y los míos se encuentran en la distancia, veo al hombre oculto tras toda la severidad y la formalidad del teniente. Mi corazón aletea, y eso me espanta. Entran los sanitarios y la magia se rompe.

—Será mejor que usted y la pequeña acompañen a los sanitarios al hospital. —Martín recompone el rostro con su máscara de costumbre—. Por los restos de comida, entiendo que las tres han cenado juntas esta noche.

—Sí, así es. ¿Piensa que han podido drogarnos? —La idea se me acaba de ocurrir. Explicaría por qué las tres nos hemos quedado dormidas. Por suerte, a mí parece no haberme afectado de la misma manera que a ellas.

—Sí, eso creo...

—Disculpen que los interrumpa. Yo... no sé si usted me necesita pa' algo más teniente. Es que mi mujer estará preocupada y me gustaría hablar con ella —nos interrumpe el señor José, cohibido.

—Vaya con ella, no se preocupe. Mañana enviaré a un agente a tomarle declaración. Intente descansar —contesta Martín, inusualmente amable.

—Gracias, teniente, se lo agradezco. ¿Las chicas...? Los del SAMUR me han dicho que no es grave, pero nunca se sabe. Noe, ¿me dirás algo en cuanto puedas?

—Por supuesto, señor José —contesto, conmovida por ese anciano cariñoso y taciturno.

—Gracias —repite—. Todo esto me preocupa, sí, me preocupa mucho —murmura al salir por la puerta de la cocina.

—Teniente, ya estamos listos —señala uno de los sanitarios.

Elena está tumbada en una camilla, tapada con una de esas mantas de aluminio que se usan para mantener el calor corporal. No solo el señor José está preocupado; yo también lo estoy.

—Muy bien, vayan ustedes delante —les indica Martín levantándose, todavía con Claudia en

sus brazos—. Noemí, ¿se ve usted con ánimos de conducir hasta el hospital? —me pregunta.

—Sí, pero ¿y la niña?

—Supongo que con una de esas sillitas para bebés podríamos trasladarla nosotros sin problema, ¿no cree?

—Supongo que sí. Puedo utilizar el coche de Marta; las llaves deben de estar en la entrada —respondo un tanto insegura.

—De acuerdo. Coja usted todo lo que el bebé pueda necesitar; yo tengo que darle unas cuantas instrucciones al brigada. La esperaré fuera.

Me dirijo veloz hacia la puerta, pensando en todo lo que una criatura puede necesitar, y entonces Martín interrumpe mis pensamientos:

—Noemí, ¿no se olvida algo? —Señala con un gesto de cabeza a la bebé—. Sentado no era tan difícil sujetarla con un solo brazo; de pie es más complicado.

No pensé en la dificultad que suponía para él sujetar a la niña con un brazo malherido. Se la entregué debido a la urgencia de mi situación y después me dejé llevar por la imagen bucólica de la pequeña y él. La cojo con cuidado; nuestros cuerpos se rozan al hacerlo y noto un calor extraño en las partes de mi piel en contacto con la suya. Lo miro a los ojos: de cerca, parecen aún más azules. Tiene las pupilas dilatadas y siento su anhelo sobre mí. Me aparto temerosa y, sin decir nada, me encamino a la escalera para recoger las cosas de la niña.

Nunca la cercanía de un hombre me había resultado tan inquietante.

CAPÍTULO 7

Martín

De nuevo estoy sentado en un coche con Noemí; parece haberse convertido en una molesta costumbre. Conduce ella, lo cual no me entusiasma en absoluto, pero mi brazo aún no está en condiciones y mi tobillo se ha resentido de tanta actividad. Detrás llevamos a la bebé de la doctora.

Me siento muy intranquilo; la situación se me está yendo de las manos. No estoy seguro de qué dirección tomar, no sé durante cuánto tiempo podré mantener oculta la verdad. Mi secreto pone en peligro la vida de otras personas, personas inocentes. Nunca debí regresar. Ahora, en cualquier caso, ya es tarde para estúpidos remordimientos, debo tomar una decisión. Y rápido.

—Martín —me reclama Noemí, interrumpiendo mis aciagos pensamientos—, ¿quién crees que ha intentado llevarse a la bebé? ¿Piensas que es el asesino de Lucía? —me pregunta con precaución, apartando momentáneamente sus ojos de la carretera para mirarme.

Reflexiono unos segundos antes de contestar.

—Creo que sí —respondo escueto. No estoy preparado para dar más información.

—Yo también lo creo —añade ella con la voz quebrada por la emoción.

Durante unos segundos el silencio reina en el interior del vehículo. Los dos intentamos no pensar en las implicaciones de lo que acabamos de afirmar, en lo que habría podido ocurrirle a la pequeña si no la hubiéramos recuperado.

Es curioso, nunca he sido un hombre preocupado por la familia; tampoco me han gustado nunca los niños. En cambio, esta noche, cuando Noemí me entregó a la niña, me sentí extraño: era tan pequeña, tan frágil e inocente. Me sentí conmovido por su olor, por ese peso extraño en mi brazo. Experimenté una ternura inmensa y cuando levanté la mirada, allí estaba Noemí mirándome, como si fuera la primera vez que me veía, como si pudiera atisbar en mi interior, y entonces... me sentí indefenso. No me gusta sentirme indefenso, hace mucho tiempo que no me siento así, ¡no quiero volver a sentirme así!

—Estarán bien, ¿verdad? —Yo la miro sin comprender—. Me refiero a Elena y a Marta —aclara.

—Eso espero. Estoy seguro de que sí —corrijo. Ninguna de las dos se merece lo que les está ocurriendo. La persona que las ha drogado y ha intentado secuestrar a la pequeña está enferma, loca o ambas cosas—. ¿Cómo se encuentra usted? —le pregunto preocupado. Tengo que hacer un enorme esfuerzo para no tutearla; para no poner mi mano sobre la suya y acariciarla suavemente; para no explicarle cuánto me alegro de que no le haya pasado nada, y para no decirle lo valiente que ha sido.

—Estoy un poco cansada. También noto el estómago revuelto. Me pregunto por qué a mí no me ha afectado tanto el somnífero, o la sustancia que haya utilizado el secuestrador, como a mis amigas. Todas comimos lo mismo.

—No estoy seguro. Supongo que el médico nos podrá indicar algo más. En todo caso,

tendremos que analizar el contenido de sus estómagos. En el tuyo no creo que encontremos nada —le digo con sorna, sin poder evitar el tuteo y una leve sonrisa.

—Sí, claro, muy gracioso.

—También tendremos que analizar los restos de todo lo que hayáis consumido esta noche.

—Martín...

—¿Sí?

—Comimos una tortilla de alcachofas preparada por Eulalia, la mujer del hijo del Mandíbulas.

—¡Joder! ¿Por qué no me lo has dicho antes? —exclamo, golpeando con fuerza el salpicadero —. Esto puede cambiarlo todo, ¡mierda! —me lamento, golpeando de nuevo el salpicadero para calmar mi rabia.

—Te recuerdo que me han drogado. Me cuesta procesar mis pensamientos. En cualquier caso, pensaba que te alegrarías; al fin y al cabo, su marido es tu principal sospechoso o... ¿ya no lo es?

Me había dejado llevar por la sorpresa y no había medido mi reacción. Noemí no es ninguna tonta y será muy difícil reconducir la situación. Miro su hermoso rostro, concentrado en conducir. No tiene buen color, y la chispa habitual de sus ojos de gata se ha apagado. Nunca ninguna mujer me ha resultado tan atrayente, tan irritante y me ha provocado, a la vez, tanta ternura como ella.

—Ahora mismo estoy hecho un lío. Hay demasiadas contradicciones. Creo que lo ocurrido esta noche lo cambia todo. —Miento. No cambia nada en realidad, solo confirma mis sospechas. Sospechas que, por otro lado, nadie debe conocer.

—¡Por fin! Ya hemos llegado —exclama aliviada Noemí al entrar en el aparcamiento del hospital.

La bebé parece saberlo y empieza a protestar.

—Debe de tener hambre, y habrá que cambiarla —dice Noemí, de nuevo preocupada.

—De todo eso podrá ocuparse alguna enfermera; a ti tienen que hacerte un reconocimiento y a ella también. —Desciendo del coche.

—Os he traído hasta aquí sanos y salvos a la niña y a ti, ¿no? —Alza la voz cada vez más—. Pues ese reconocimiento podrá esperar hasta que sepa que la pequeña, Marta y Elena están bien. Entonces, y solo entonces, habrá reconocimiento —sentencia mientras baja del coche y cierra la puerta con un fuerte empujón.

—No es necesario que te pongas así, has asustado a la niña —la reprendo al oír el llanto desconsolado en el asiento de atrás.

—Vamos, pequeña, no te preocupes —le dice con tono cariñoso a la bebé, sacándola de su sillita y haciendo caso omiso de mi reprimenda—, tu tía Noe se ocupará de ti, no piensa dejarte sola en manos de ningún extraño, y enseguida estaremos con mamá.

Noemí cierra el coche con el mando y, con la bebé en brazos, se dirige a paso ligero hacia la puerta de urgencias del hospital. Ni me espera ni mira hacia atrás. Curiosamente, su actitud dibuja una sonrisa en mi boca. ¡Dios, cómo me pone ese carácter impulsivo y endiablado!

Las siguientes horas transcurren volando entre hablar con los médicos y dar órdenes a mis agentes por teléfono. Han recogido muestras de toda la comida y huellas dactilares de los platos, la nevera, la puerta de entrada y de la habitación de la bebé.

Estoy convencido de que no van a encontrar nada de Eulalia, y su marido estaba retenido en el cuartelillo como sospechoso de mi intento de homicidio, de modo que es imposible que haya participado en el secuestro.

Sin embargo, tenemos otra pista: cuando el brigada y el agente se dirigían hacia nosotros en el

momento del secuestro, vieron un coche aparcado a tres calles de distancia del lugar de los hechos. Al rehacer el agente el camino en busca del secuestrador, el coche ya no estaba. Por suerte o por instinto, recordaba la matrícula. Ahora solo tenemos que averiguar a quién pertenece. Quizás esta vez las pistas, por fin, me lleven al mismo lugar que mi intuición.

Los médicos me informan que las dos pacientes han sido sometidas a sendos lavados gástricos. Sin complicaciones. Si todo va bien, en un plazo de setenta y dos horas les darán el alta. En cuanto a Noemí, ha cumplido su promesa: se ha negado a ser atendida hasta que la pequeña y sus dos amigas estuvieran fuera de peligro. Muy a mi pesar, no puedo estar más de acuerdo con su actitud. Por fortuna, su estado no requería ningún tratamiento urgente; al haber vomitado y estar consciente solo le administraron carbón activado por vía oral para eliminar los residuos de las toxinas en el cuerpo.

—Doctor, ¿cómo se encuentran las pacientes? —pregunto al ver salir a un médico de la habitación de Marta y Elena.

—Hola, teniente. Soy Fran, el marido de Marta.

—Disculpe, al ver la bata he creído...

—No se disculpe; soy residente en el hospital y hoy tenía guardia. De hecho, fui yo quien les pidió a Elena y Noemí que se ocuparan de Marta por mí... —se interrumpe, visiblemente emocionado.

—Bueno, no se preocupe. Parece que fue la decisión acertada. Noemí las salvó a las tres.

—Sí. Lo hemos hablado. Por lo que me ha explicado, ella apenas comió y tampoco ingirió alcohol, de modo que los efectos del sedante fueron menos acusados en su caso que en el de Marta o Elena.

—¿Están conscientes?

—Marta, sí, algo somnolienta y con dolor de garganta. Elena aún permanece sedada. Sus constantes son estables, así que no creo que tarde mucho en despertar...

En ese momento la puerta de la habitación se entreabre.

—¿Fran?... ¡Oh!, aún está aquí, teniente —afirma Noemí, sorprendida y con un tono demasiado formal; está claro que sigue enfadada conmigo—. Fran, Elena acaba de despertarse. Parece confundida y tiene arcadas.

—Tranquila, Noe, es normal. Ahora llamaré a la enfermera para que, además del suero fisiológico, le pongan un gotero con un antiemético. Es para que no tenga náuseas —añade, al ver el gesto de extrañeza de ella—. Vuelvo enseguida con la enfermera.

—¿Puedo pasar a ver a las pacientes? —pregunto a Noemí antes de que me cierre la puerta en las narices.

—Sí, claro. Siempre y cuando no pretendas someterlas al tercer grado —replica sin apartarse de la puerta entornada.

—Por supuesto que no. ¿Por quién me tomas?

—¿Por ti mismo, tal vez? Te lo aseguro: si empiezas a interrogarlas, llamaré a las enfermeras para que te echen de la habitación. Estoy segura de que estarán encantadas de hacerlo —señala sarcástica. Es evidente que Elena le ha explicado lo ocurrido respecto a mi alta voluntaria.

—Ya te he dicho que no lo haré. Con eso debería ser suficiente —protesto a mi vez, enfadado, acercándome a la puerta con intención de abrirme paso hacia su interior, aunque sea a la fuerza. Nunca he conocido a ninguna mujer tan irritante.

—Eso espero —responde Noemí, y se aparta rauda ante mi proximidad.

Al entrar, dos de las tres ocupantes dirigen su mirada hacia mí. Me impactan las ojeras y la

falta de color en la cara de ambas. Vuelvo a ser consciente de lo que ha estado a punto de ocurrir y me siento responsable.

—Buenas noches a las dos. He venido a verificar cómo os encontrabais.

—Buenas noches, teniente... —contesta la doctora antes de ser interrumpida por las arcadas de su compañera de habitación.

Noemí acude rápido al lado de Elena y la ayuda a colocarse de costado. Sitúa una especie de palangana junto a su cara y le anuncia la pronta llegada de la enfermera con la medicación.

Yo me limito a apartar la mirada ante la sensación de invasión de la intimidad de uno de mis agentes. Me vuelve a sorprender lo unidas que parecen Noemí y Elena, incluso algo similar a la envidia parece aguijonearme, de modo que me centro en la ocupante de la otra cama. Al observarla, veo junto a ella una especie de cuna de cristal, a través de la cual puedo distinguir la mano diminuta de un bebé.

—¿Cómo está ella? —pregunto a su madre, señalando el pequeño bulto con la mirada.

—Bien. Por suerte no ha sufrido ningún daño —dice, mirando también hacia la cuna donde descansa su hija—. Noemí le ha dado un biberón y la ha cambiado mientras los doctores eliminaban el sedante de mi estómago. Mi pequeña tendrá que prescindir de mi leche al menos treinta y dos horas, por precaución —añade con voz apesadumbrada.

—Opino que eso es un mal menor, ¿no cree? —intercedo, consciente de lo que le afecta no poder amamantarla.

—Tiene razón, no debería darle importancia, pero ¿sabe?, para mí la tiene. Ahora mismo yo debería estar en mi casa con mis amigas y mi bebé, no en una habitación de hospital preocupada por una de mis amigas, mi hija o por mí. Y eso me cabrea, porque no lo entiendo. No entiendo qué clase de persona seda a tres mujeres para llevarse a un ser indefenso de apenas unos días de vida del lado de su madre...

En ese momento de su discurso las lágrimas corren por sus mejillas y sus manos se aferran con fuerza a las sábanas. Entiendo su reacción, existen muchas personas como la doctora, personas que creen que la vida es bella y que la humanidad es buena por naturaleza, pero se equivocan y cuando una de estas personas ciegas o inocentes se enfrentan a la realidad, no logran asimilarlo.

Noemí acude al lado de la doctora al ver su estado y, mientras intenta calmarla, clava una mirada asesina sobre mí.

—Marta, vamos, no te alteres. Estoy segura de que el teniente no tardará en encontrar al culpable...

Oportunamente, suena mi móvil. Nunca me ha gustado enfrentarme ni a la sensiblería, ni al énfasis de las emociones femeninas en general, y aunque es cierto que esa madre y su pequeña remueven sentimientos que creía olvidados y enterrados para siempre, no pienso dejar que ninguna de las mujeres de esa habitación rompa ningún muro construido por mí, por lo que, señalándole a Noemí mi móvil, aprovecho para salir del cuarto.

—Soy el teniente de Castro, ¿qué ocurre? —pregunto al reconocer el número del Anatómico Forense.

—Buenas noches, Martín —responde una voz sensual y conocida.

—Buenas noches, Marga. ¿Trabajando hasta tarde? —Miro la hora en el reloj. Son las dos de la madrugada.

—Tengo guardia esta noche. Y hemos recibido la llamada de uno de tus agentes para preguntarnos si podíamos recoger unas muestras en el hospital de Chiva o si realizaban ellos la custodia y su posterior traslado. Me imaginé que tú también estarías al pie del cañón.

—Sí, así es. Han sedado a tres mujeres; una de ellas es una de los nuestros. Además, tenemos el intento de secuestro de un bebé...

—¿Ha ocurrido en el mismo pueblo del caso de Lucía?

—Sí. —El marido de la doctora entra con una enfermera en la habitación, y yo decido bajar el volumen de mi voz. Las paredes tienen oídos—. Tengo a los míos recogiendo pruebas en el lugar de los hechos. Sabes qué implica lo ocurrido esta noche, ¿no?

—Mucha más publicidad, así como presiones por parte de tus jefes y de los míos para encontrar al culpable o los culpables. Pensaba que teníais un sospechoso —me dice, lanzando la pelota de la responsabilidad a mi tejado. No me arredro, yo también sé jugar a ese juego.

—Y así era. El problema es la falta de pruebas, y para eso necesito que tu departamento se dé prisa con los resultados de la autopsia de Lucía y con los de las muestras de lo ocurrido esta noche...

—Tengo algo. Extraoficialmente, claro. El informe definitivo no está terminado todavía.

—Cuéntame —la presiono para que se explique.

—El psicótropo utilizado con Lucía es alprazolam. La dosis utilizada debió dejarla en coma; el asesino no quería que sufriera o se excedió por error.

—¿Podemos seguir la pista del alprazolam? —pregunto esperanzado.

—No creo. Es uno de los medicamentos más recetados por los médicos para las depresiones, estrés y problemas para conciliar el sueño en general. Aunque las farmacias están obligadas a anotar el nombre del paciente y de la persona que lo adquiere en el recetario, el cincuenta por ciento de los habitantes del pueblo seguro que lo han tomado en algún momento de sus vidas. No será concluyente.

—Esperaba que nos fuera de utilidad..., gracias de todas maneras por informarme.

—Hace días que quiero llamarte... —Ahora viene la verdadera razón de su llamada a las dos de la madrugada—. Quería disculparme por mi comportamiento del sábado...

—No tienes por qué.

—... no debí aceptar la invitación del profesor. Tú y yo estábamos retomando nuestra amistad y... Bueno, luego te dispararon y yo me sentí culpable. Espero que todo esto no cambie nada entre tú y yo.

Por supuesto que lo cambia. Aquella noche tomó la decisión de jugar a dos bandas, pero conmigo iba lista si pensaba que su patético intento de ponerme celoso iba a funcionar. Por mí, el profesor puede quedársela entera. Si es tan tonto de ponerle los cuernos a Noemí por una mujer como Marga, todo fachada, está claro que se la merece.

—Marga, lo ocurrido demuestra lo errados que estábamos al intentar retomar una relación...

—Por eso me dejaste para irte con la noviecita esa del profesor, ¿no es cierto?

«Y ahora una mujer celosa, esta noche no, por favor», pienso, incapaz de soportar el matiz histriónico de su voz. Aparto el teléfono de mi oreja y lo contemplo con disgusto. Mientras sopeso qué hacer a continuación, algo de lo que dice llama mi atención:

—... no pienso perder mi oportunidad con Fermín ahora que ha plantado a esa insulsa muchachita...

No necesito oír nada más. Cuelgo. Me quedo mirando la puerta cerrada, dudando si volver a entrar. Me arriesgaré, tengo que hablar con Noemí.

Abro la puerta despacio, con cuidado; todo parece tranquilo y en silencio. No hay rastro ni del doctor ni de la enfermera, y todas parecen descansar; incluso Noemí se ha quedado dormida, sentada en la silla y con la cabeza recostada en la cama de la cabo Elena, bajo uno de sus brazos

doblados. El otro reposa junto al de su amiga. Me acerco, intentando no hacer ruido, y la miro a placer.

Cuando está despierta, asemeja una tigresa encerrada en el cuerpo de una hada etérea y menuda. Dormida, y con las ojeras cercando sus ojos, solo parece una mujer indefensa. Mi mano, incapaz de contenerse, roza su melena. Su suavidad me invita a seguir explorando con lentas caricias. Un ruido al otro lado de la habitación me impide cometer una imprudencia. Debo reprimir esta ansia nueva; ella no es para mí.

Me aproximo a la cuna de la bebé, de donde parecen proceder esos extraños sonidos. Está dormida, en cambio sus ojos se mueven rápidos bajo sus párpados cerrados y sus manitas pelean contra enemigos invisibles. Nunca hasta ahora me han llamado la atención los bebés..., pero el recuerdo de esa pequeña entre mis brazos me produce un cosquilleo extraño. No permitiré que nadie le haga daño, cueste lo que cueste.

CAPÍTULO 8

Noemí

Tengo la sensación de estar viviendo una pesadilla, he llegado incluso a pellizcarme. Mi carrera profesional está estancada, no tengo pareja y en un plazo de tan solo cuarenta y ocho horas mi vida ha corrido serio peligro dos veces. ¡Es una locura!

Esta mañana dejé el hospital; no servía de gran ayuda y estaba tan cansada que me dormía en cualquier sitio. Un agente llamado Arturo me ha acompañado todo el día. Martín ha dado orden de que todas dispongamos de protección las veinticuatro horas del día. Al principio me pareció exagerado, ahora ya no tanto.

No me he atrevido a salir a la calle en todo el día, ni siquiera acompañada de Arturo. Todos los del pueblo se han atrincherado en sus hogares, asustados. Los niños tienen prohibido salir de casa. Los únicos que pululan a sus anchas por el pueblo son los periodistas. No han parado de llamar a la puerta. Arturo me ha aconsejado no hacerles caso, y, aunque han insistido más tiempo del que yo esperaba, al final se han marchado.

Estoy preocupada. No recuerdo todo lo que ocurrió anoche, especialmente después de despertarme, pero recuerdo que estaba leyendo el expediente de Juan Carlos antes de quedarme dormida y que vi algo importante. Sé que está ahí, en alguna parte de mi cerebro, solo que no consigo encontrarlo. Además, la mera presencia del expediente en la casa puede meter en problemas a Elena.

Ya es casi de noche cuando llamo a las chicas al hospital; necesito saber cómo están y hablar con ellas. Marta parece más animada por teléfono: ha decidido irse con sus padres al apartamento que tienen en La Manga del Mar Menor (según me dice, es el nuevo Benidorm de los jubilados) en cuanto le den el alta.

Otra vez tocan a la puerta; no hago caso y sigo hablando por teléfono. Marta acaba de pasarle el móvil a Elena. Oigo voces en la entrada. Dejo a Elena en espera. No me puedo creer que Arturo les haya abierto a esos entrometidos periodistas, así que me dirijo al vestíbulo hecha una furia. Arturo se está poniendo la chaqueta; junto a él, de espaldas a mí, hay un hombre alto y de espaldas amplias. Arturo se despide de él y sale, cerrando la puerta al marchar. Debe de ser el cambio de turno. El hombre se mantiene de espaldas a mí mientras se quita con dificultad la chaqueta; sin duda es el agente de noche. Un escalofrío me recorre de arriba abajo justo antes de que un rubor intenso cubra mis mejillas. No puede ser cierto lo que ven mis ojos.

—Buenas noches, Noemí. —Martín cuelga su chaqueta en el perchero de la entrada. Coge una bolsa de viaje y un portátil del suelo y se dirigí hacia mí—. ¿Cómo se encuentra?

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —le espeto, olvidándome de cualquier formalismo.

—Es evidente, ¿no? —Me enseña la bolsa de viaje que lleva en su mano derecha—. Vengo a pasar la noche.

Sé que me está provocando adrede. Me encantaría darle una buena patada en su bien formado trasero y echarlo de mi casa con cajas destempladas. Veo cómo en sus labios se forma una media

sonrisa. ¡Maldito sea!, sabe lo que estoy pensando. No pienso darle ese gusto. De modo que me muerdo la lengua, fuerzo una sonrisa y le respondo con mi voz más dulce:

—Debo de estar en grave peligro si tiene que protegerme un teniente de la Guardia Civil.

—Teniente del Equipo Judicial —me corrige, ya sin sonreír.

—¿Y qué diferencia hay? —pregunto con cara de inocencia.

—No es pertinente en estos momentos. ¿Por qué no me enseñas mi habitación? —me pregunta, intentando reconducir la situación.

Me acerco a la entrada. Martín permanece estático, observándome a los pies de la escalera que conduce al segundo piso.

—Es arriba —le indico al llegar junto a él. No se mueve, su mirada se ha quedado clavada en mi boca. El estómago me da un vuelco y mi cuerpo reacciona. Ahora sus ojos se detienen en otra parte. Me sonrojo al recordar que no llevo sujetador y me maldigo por ello, ya que mi reacción a su mirada encendida debe de ser evidente para él.

—Si tienes frío, deberías ponerte algo más de ropa —comenta, y señala la escalera para que yo me adelante. No sé si es solo un gesto caballeroso o si sus intenciones ocultan un motivo mucho menos galante.

Avergonzada, no respondo y subo las escaleras delante de él en silencio. Me estoy comportando como una quinceañera estúpida; él siente atracción por mí, sí, pero también por Marga, la diosa eslava, e incluso tal vez por Elena y por una docena de mujeres más en veinte kilómetros a la redonda. Yo, en cambio, no sé lo que siento. Quiero besarlo y, al mismo tiempo, pegarle hasta borrar de su rostro esa mirada de perdonavidas, para acariciarlo después y borrar las arruguitas de tensión que se forman en su entrecejo. Sin duda, los terribles acontecimientos de los últimos días me han hecho perder la cordura.

—Esta habitación era de mis abuelos. —Hago un gesto hacia la primera puerta a la derecha, junto a las escaleras—. También está libre la del fondo a la izquierda; era de mi hermano.

Sin decir nada, abre la puerta del dormitorio que fue de mis abuelos e introduce la cabeza para echar un vistazo.

—La decoración de esta es sin duda muy particular. Creo que dormiré mucho mejor en la de tu hermano —comenta, cerrando la puerta de nuevo.

Sé a lo que se refiere: está todo lleno de crucifijos, imágenes de santos y relicarios. Mi abuela es una mujer muy creyente, y mi madre y yo no hemos querido tocar nada mientras ella esté viva.

—Dejaré que te instales. Bajaré a preparar la cena...

—Espero no haber interrumpido ninguna llamada importante. —Apunta hacia mi mano derecha.

—¿Qué llamada? —Miro como una estúpida el móvil, todavía en mi mano—. ¡Dios mío, Elena! —exclamo, recuperando con dedos torpes la llamada—. ¡Elena, Elena, ¿estás ahí todavía?!

—¡¿Cómo que si aún estoy aquí?! —estalla Elena al otro lado de la línea, muy enfadada—. ¿Se puede saber qué te ha pasado para dejarme en espera sin ninguna explicación? Me estaba volviendo loca de preocupación, incluso he pensado en enviar la caballería a tu casa.

—Lo siento, lo siento. Tienes toda la razón. Oí voces en la puerta, te dejé en espera para averiguar quién era y después me olvidé —confieso avergonzada, dándole la espalda a Martín para iniciar mi descenso por las escaleras. No quiero que oiga el resto de la conversación.

—¿Y se puede saber quién era para que te olvidaras de nosotras?... Espera, no me lo digas; no puede ser... —se lamenta—. Mi jefe ha ido a verte.

—Sí y no —convengo misteriosa.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no solo ha venido a verme...

—No te entiendo, ¿quieres explicarte? Me estás poniendo nerviosa con tanto hablar en clave.

—Ha venido a sustituir al agente Arturo. Ha venido a pasar la noche aquí, en mi casa.

—¿Y por eso te has puesto tan nerviosa? ¿Cuántos años tienes? ¿Catorce? Solo está haciendo su trabajo.

—Sí, claro, ¿y desde cuándo los tenientes se ocupan de tareas de vigilancia o de protección? Ni siquiera a ti te asignan ya esas cosas.

—Vamos a ver, Noe — enfatiza cada una de las palabras—. ¿Eres consciente del caos mediático y de los muchos frentes abiertos que tienen mis compañeros? En este tipo de situaciones todos tenemos que arrimar el hombro. No querrás que se ponga a realizar test de alcoholemia por las carreteras, ¿no? Yo preferiría dormir tranquila en una cama calentita, aunque tuviera que aguantar a una psicótica como tú —puntualiza con un tono de voz alto e irritado—. Y ahora espero que te comportes como una adulta y no cometas ninguna tontería esta noche. Y, Noe...

—¿Sí?

—Ten cuidado con lo que le explicas a mi jefe sobre el caso. No me gustaría perder mi empleo por tu culpa.

Me cuelga. No entiendo por qué está tan disgustada, yo nunca haría o diría nada para perjudicarla. Aunque el tema de la presencia del expediente de Juan Carlos en la casa de Marta me preocupa.

Todavía conmocionada por la bronca que acabo de recibir al teléfono por parte de mi mejor amiga, oigo a Martín bajando las escaleras.

—¡Hola! ¡Estás aquí! ¿Ya lo has aclarado todo con tu amiga? —pregunta conciliador.

—Sí, creo que sí —digo algo insegura.

—¿Puedo ayudarte con la cena? No soy muy bueno en la cocina, pero en algo podré colaborar.

Tanta amabilidad y cortesía por su parte, en contraposición al comportamiento borde de mi amiga, me confunden por completo. Es como haber entrado en otra dimensión.

—Había pensado en hacer una pizza.

—Estupendo, eso no parece difícil; seguro que puedo echarle una mano.

Estoy a punto de preguntarle dónde tiene intención de echarme las manos, pero no lo hago. Será mejor comportarme y guardar las distancias. Elena tiene razón: solo está haciendo su trabajo y yo me estoy comportando como una boba.

Le enseño el aseo donde puede lavarse las manos y pasamos los siguientes quince minutos preparando juntos una pizza y bebiendo cerveza en tranquila armonía, hablando de las comidas que nos gustan, las que detestamos o las que nos gustaría probar. Me río con su anécdota sobre cómo degustó un delicioso plato checo sin saber que estaba comiendo criadillas de toro, o la vez que, de acampada libre, intentó comerse una serpiente a la brasa. Yo le cuento mi negativa a comer conejo a causa de Bunny, una pequeña mascota que tuve de pequeña. Todo es muy surrealista; es la primera conversación en la que ninguno de los dos lanza pullas al otro. Incluso... parece una perfecta y normal primera cita.

Seguimos la conversación sentados a la mesa de la cocina, cenando. Hasta ahora todo ha ido como la seda y sé que no debería formularle la pregunta que me estoy muriendo por hacerle. Decido arriesgarme, como siempre.

—Martín...

—¿Sí? —contesta, dejando el trozo de pizza en el plato para dedicarme toda su atención.

—¿Ya tenéis algún sospechoso de lo de anoche?

No me contesta inmediatamente. Bebe un buen trago de su cerveza y vuelve a mirarme, concentrado.

—¿Sabes lo que es el secreto de sumario? —me dice con cierto tono de duda en su voz.

—Lo sé, pero estoy preocupada —respondo compungida, intentando sonsacarle.

En su rostro leo su comprensión y presiento que va a ceder.

—En estos momentos no estoy seguro de nada. —Se pasa la mano por la cara. Los signos de cansancio y estrés marcados en su rostro lo hacen parecer casi humano—. Mañana te enterarás por la prensa, de modo que no tiene sentido ocultártelo: esta tarde hemos detenido a un sospechoso del intento de secuestro de la bebé de la doctora.

—¿Quién es? —pregunto, entusiasmada con el hallazgo.

—No lo conoces, no es del pueblo. —Mi entusiasmo se evapora por ensalmo al oír sus palabras. No tiene ningún sentido lo que me está contando—. Su coche estaba en el lugar de los hechos y desapareció justo antes de que mis hombres realizaran una inspección ocular buscando al secuestrador. Y... —me frena al ver mi cara de escepticismo— está relacionado con el caso de Lucía.

Ahora sí que no entiendo nada.

—Pero...

—No pienso darte más información —me interrumpe antes de que dispare las mil preguntas que tengo en mente—. Solo es un sospechoso, y él niega rotundamente los hechos. De modo que hasta que podamos corroborar mañana su versión, no tiene sentido darle más vueltas. Y estoy harto de darle mil vueltas. Por una noche me gustaría, no sé, me gustaría olvidar que soy teniente del Equipo Judicial y ser solo Martín —me suplica.

¿Cómo voy a negárselo? Si me lo pidiera el teniente..., pero a Martín no, a él no puedo. Asiento en silencio con la mirada, sin saber qué decir, me fijo en su plato vacío...

—¿Te ha gustado la pizza? Queda más, ¿quieres? —le pregunto con el tono relajado del principio de la cena.

—Tomaré otra porción. Está muy buena, sabe diferente —contesta con esa media sonrisa suya que me vuelve loca, agradeciéndome con la mirada el cambio de tema.

—Es por la masa, es de hojaldre —confieso, manteniendo esta farsa de conversación intrascendente—. Dame el plato para ponerte más.

—Nunca la había probado de hojaldre; gracias. —Me acerca el plato con el brazo extendido. Al cogerlo, nuestros dedos se rozan; un calambre me recorre todo el cuerpo y me aparto, azorada.

Nos sirvo dos cervezas más y, sin venir a cuento, empiezo a contarle cosas de mi familia: le explico lo maravillosos que son mis padres y lo enamorados que siguen después de más de cuarenta años juntos; la competición constante con mi hermano mayor; el cariño incondicional de mis abuelos. Yo le pregunto por la suya.

—A mí me criaron mis abuelos cuando mi madre murió, solo que yo no tuve tanta suerte como tú. Mis abuelos nunca me quisieron y, si lo hicieron, nunca supieron demostrarlo. Tampoco puedo quejarme —añade al detectar la compasión en mi rostro—. Tuve los mejores colegios e internados a mi disposición. Y al final pude escoger mi propio camino.

—¿Y tu padre?

—Nos dejó a mi madre y a mí cuando yo tenía ocho años para formar una nueva familia con otra mujer.

Esa confesión mina por completo mis defensas. De este hombre sí es fácil enamorarse; en este

momento haría lo que él me pidiera. Él, la persona más fría, distante y formal del mundo, me está abriendo su corazón.

—No quiero que pienses que te cuento todo esto para ablandarte y llevarte a la cama —confiesa sarcástico—. Al contrario, ojos de gata, quiero que entiendas que no creo en las relaciones a largo plazo ni en el amor para siempre. Pensé que debías saberlo antes de meterte en mi cama.

—Te lo agradezco —digo con la mayor frialdad de la que soy capaz después de unos segundos en los que intento asimilar lo que acabo de escuchar—. Por un instante he sido tan tonta de creer que eras una persona de carne y hueso y no un robot sin sentimientos. En cuanto a lo de llevarme a la cama, te puedo asegurar que nunca has estado más lejos de lograrlo. Ahora, si me disculpas, estoy cansada. Me retiro a mi habitación. —Me levanto de la mesa, humillada y dolida.

Subo las escaleras todo lo despacio que puedo, no quiero darle el gusto de verme huir. Está claro que he sido transparente para él toda la noche. Ha sido amable y educado para después lanzarme un jarro de agua fría. Cada vez que bajo la guardia, él me devuelve a la realidad de la manera más cruel posible. ¡Dios, cómo odio a este hombre! Y, sobre todo, me odio a mí misma por seguir sintiéndome atraída por él. ¿Por qué solo me seducen hombres incapaces de enamorarse de mí?, ¿Por qué buscar el fuego abrasador en lugar de la calidez, las lágrimas del melodrama a las de la risa?

No conseguí conciliar el sueño. Oí cuando Martín subió las escaleras y permaneció durante unos interminables segundos parado frente a su habitación, junto a la mía. No lo creí capaz de intentar nada, y mucho menos de pedir perdón por su comportamiento, de modo que, fiel a sí mismo, entró en su cuarto y cerró la puerta. Llegó la medianoche y me pilló desvelada, intentando no pensar en la persona que dormía al otro lado del fino tabique de mi habitación. El sueño se negó a envolverme con su capa de olvido, y yo permanecí hasta bien entrada la madrugada despierta, hasta que el cansancio me venció.

Cuando me despierto y bajo, Arturo ya está sentado en el salón, leyendo un periódico.

—Buenos días, Noemí. Parece que esta mañana se le han pegado las sábanas. Sin duda le habrá sentado bien una noche de sueño reparador.

Si él supiera lo reparadora que ha sido la noche...

—Buenos días, Arturo. ¿Alguna novedad?

—Todos los periódicos se hacen eco de la detención ayer por la tarde de un sospechoso, pero supongo que el teniente la pondría anoche en antecedentes.

—La verdad es que no hablamos mucho, estaba muy cansada y me fui pronto a mi habitación —miento.

—Eso explica el sobre que le ha dejado en la mesa de la cocina —comenta sonriente.

No, eso no explica en absoluto la presencia de un sobre para mí.

—Gracias, Arturo, ahora lo cogeré mientras desayuno —vuelvo a mentir.

Me preparo un desayuno no apto para cardiacos a base de salchichas, huevos fritos, tostadas y un café con leche bien cargadito. El mal humor me da hambre. Desayuno, vigilada en todo momento por ese sobre. En su blanca inocencia, resaltan las letras escritas con una letra picuda y desconocida: «Para Noemí».

Oigo voces en el salón. Arturo, aburrido, ha puesto en marcha el televisor. Yo ya he terminado mi abundante desayuno y permanezco de brazos cruzados intentando decidir qué hacer con el maldito sobre. La elección correcta sería romperlo en pedacitos y olvidarme del tema. No quiero saber nada de Martín. Estoy harta de esta situación. Sin embargo, la curiosidad puede más: lo

cojo, lo desgarró con rabia y empiezo a leer:

Nunca he tenido que pedir disculpas a una mujer. Tampoco permiso. Hasta que te conocí a ti. Espero que puedas olvidar lo ocurrido anoche. Yo ya lo he hecho.

Martín de Castro

CAPÍTULO 9

Elena

Marta y yo ya llevamos casi treinta y dos horas hospitalizadas. Estamos bastante bien, aparte de las molestias en la garganta, y no entiendo a qué esperan para darnos el alta.

Esta mañana han vuelto a sacarme sangre, y ya no sé cuántas veces han venido a comprobar mi temperatura corporal. Es desesperante. Nos dan un asco de comida, la inactividad me está matando y la falta de noticias, también. Ahora entiendo al teniente: yo también estoy por firmar el alta voluntaria y largarme de aquí..., pero están Marta y su bebé, no puedo abandonarlas. No puedo fallarles otra vez. Aquella noche me relajé demasiado, bebí... No estuve allí cuando necesitaron mi protección. Era mi deber, es mi vocación..., y de nuevo Noemí, la imprudente e impulsiva Noemí, fue la heroína.

Estoy muy enfadada con ella. Primero me convence para ayudarla en su quimérica investigación, y ahora me veo con el agua al cuello por culpa del expediente de Juan Carlos que llevé a casa de Marta. Y luego está su conducta: hace dos días estaba enamorada de su profesor y ahora se ha encaprichado del teniente.

La interna que nos atendió el día anterior entra en la habitación interrumpiendo mis pensamientos. Es una chica muy guapa con unos enormes ojos verdes y un dulce acento canario.

—Tengo muy buenas noticias para las dos —anuncia con una preciosa sonrisa en los labios—. Los resultados de los análisis de sangre indican ausencia total de tóxicos. Pueden tramitar el alta cuando quieran.

—¡No son buenas noticias, son las mejores! —exclamo, feliz de poder salir de esta habitación.

—Marta, ya he avisado a Fran. Vendrá a recogerlas a usted y a la niña enseguida.

—Gracias, doctora Suárez —responde Marta, mirando emocionada a su pequeña.

Sé que está deseando marcharse con la niña lejos de toda esta locura.

—Susana, por favor; nada de doctora Suárez. En cuanto a usted, Elena, ¿quiere que avisen a sus padres, algún amigo... para que vengan a buscarla?

El tono de su pregunta me pone en alerta y la miro curiosa. ¿Puede estar interesada en mí de modo no profesional?

—No hace falta que llame a nadie, doctora, yo me ocupo del traslado de la paciente —advierte una voz inconfundible en la entrada.

—Buenos días, mi teniente, me alegra verlo —comento.

—Ya veremos si sigue tan contenta después de que mantengamos usted y yo una larga conversación —replica en tono enfadado. Auguro fuerte marejada sobre mi persona en cuanto estemos a solas.

El teniente se desentiende de mí y de la doctora y se acerca hasta la cuna; su semblante cambia por completo. Nunca habría pensado que mi jefe pudiera albergar tiernos pensamientos por nadie, ni siquiera por la preciosa bebé de Marta.

—¿Cómo se encuentran la pequeña y usted? —pregunta a mi amiga.

—Bien, teniente, gracias. ¿Ya han cogido al secuestrador?

Mi jefe tarda unos segundos en contestar, lo cual no es buen indicativo.

—Tenemos un par de sospechosos, pero aún es pronto para decirle nada definitivo. Me han informado de su marcha, ¿es cierto? —cambia de tema con habilidad.

—Sí, ya estaba bastante abrumada con el nacimiento de Claudia, pero después de esto, lo tengo claro: me voy con mis padres hasta que todo se aclare. Fran también se ha tomado unos días de vacaciones y nos acompañará.

—Me parece una muy buena decisión; estoy seguro de que la pequeña Claudia y usted estarán mucho mejor con la ayuda y el amor incondicional de sus padres.

No sé quién es este hombre que ha sustituido a mi jefe, ni siquiera sé si me gusta.

—¡Cabo!, ¿se puede saber a qué está esperando para salir de la cama? No tenemos todo el día —me grita mientras se dirige hacia la puerta, seguido por la doctora canaria.

Al final voy a pensar que Noe tiene razón y que este hombre sufre algún problema de doble personalidad o bipolaridad o algún otro trastorno psicológico raro, de esos que le encantan a ella. Tal vez esa sea la explicación de su atracción por él. Decido no seguir perdiendo el tiempo en tonterías y empiezo a cambiarme antes de que mi jefe venga y me saque de la cama él mismo. Cuando vuelve, ya estoy lista y me estoy despidiendo de Marta, de la pequeña Claudia y de Fran, que ya ha llegado para recogerlas. En el pasillo me encuentro a Susana, la interna que nos ha atendido.

—Gracias por todo, doctora. —Le extiendo mi mano.

—Solo he hecho mi trabajo; ha sido un placer —me responde, muy educada, mirándome a los ojos.

Noto un encogimiento en la boca del estómago, y su mano, apretando firme la mía, me provoca un escalofrío nada desagradable que me recorre el cuerpo. Durante unos segundos siento una extraña conexión entre las dos.

El teniente, unos metros más allá, rompe el encantamiento gritándome de nuevo para que me dé prisa. Nos separamos con una tímida sonrisa y, por primera vez desde hace más tiempo del que recuerdo, me siento ilusionada.

—¿Qué ocurre? —Imagino que detrás de sus prisas hay una razón de peso.

—La noche del intento de secuestro fue visto un coche marchando del lugar escasos segundos después del incidente.

—¿Han podido localizarlo? —pregunto interesada.

—El brigada recordaba el número de matrícula. ¿A que no sabes a quién pertenece?

—Si me dices que al hijo del Mandíbulas o a su mujer, no me lo creeré.

—Al subdirector de la oficina bancaria de la que es directora Ana, la madre de Lucía. Creo que fuiste tú la encargada de interrogarlo.

—Sí, así es, pero no lo entiendo..., ¿quieres decir que fue él quien mató a Lucía e intentó secuestrar a Claudia? —indago incrédula.

—Él dice que no. ¿Tú qué opinas? —Se para frente a mí a la espera de una respuesta.

Hemos llegado junto al coche patrulla y yo también me detengo. Me concentro e intento recordar mi conversación con ese hombre. Era un hombre de unos cuarenta años, con principio de alopecia y no demasiado en forma. Había sido amable y había mostrado preocupación y lástima por la situación de su compañera. Algo en sus gestos me había parecido artificial e incluso forzado, pero lo había achacado al hecho de hablar con un agente de la ley; le ocurría a mucha

gente inocente. Solo que quizá él no lo fuera.

—Lo siento, teniente, no estoy segura. ¿Qué excusa pone para encontrarse en el pueblo en aquel momento?

—Ahí es donde entras tú. Necesito que me acompañes para averiguar si su historia es cierta o no.

—No lo entiendo. ¿Por qué precisamente yo y no uno cualquiera de mis compañeros?

—¿Recuerdas lo que te dije cuando salimos de interrogar a los padres de Lucía? —me sondea de nuevo sin aclararme nada.

Vuelvo a concentrarme; siento que estoy pasando un examen, aunque aún no sé el motivo de ello.

—Tú estabas convencido de que Ana ocultaba algo, quizá un amante... No, no puede ser —niego al darme cuenta de por dónde van los tiros—. ¿Ese hombre afirma ser el amante de Ana?

—Así es. Según su versión de los hechos, desde la muerte de su hija, Ana no ha respondido a ninguno de sus mensajes o llamadas. Desesperado, ese domingo estuvo espiando la casa de Ana; esperó todo el día hasta que vio a Rafa marcharse y aprovechó para presentarse en la puerta. Ana al principio no quiso abrirle, pero dada su insistencia, y probablemente por miedo a que armara un escándalo, lo hizo. Te resumo: ella rompió su relación de manera definitiva; él suplicó, lloró, discutieron, y ella lo echó de casa; esto último, según él, ocurría más o menos a la misma hora en que tu amiga Noemí perseguía a nuestro secuestrador y la doctora y tú dormíais sin enteraros de nada.

Lo miro de soslayo, no muy convencida de si considera una falta mi siestecita inducida.

—Me cuesta creer que Ana se sintiera tentada por un hombre tan poco atractivo como para poner en peligro su matrimonio con Rafa, el amor de su vida. Además, estaba Lucía, aunque... ese sería un posible móvil para asesinarla, ¿no crees?

—Todo es posible, Elena. No sería la primera muerte cuyo motivo radica en los celos, fundados o no. Será mejor que nos dejemos de teorías y vayamos a averiguarlo —sentencia, y me entrega las llaves del coche—. No solo te necesito para sonsacar a Ana, también necesito un chófer.

—Es cierto, tu brazo y tu tobillo; los había olvidado. — Sorprendida, recojo la llave de su mano y aprieto a distancia el botón de apertura de las puertas.

—Yo también intento olvidarlos. El tobillo lo acepta, pero el brazo se ha empeñado en que recuerde la herida a todas horas —comenta, con un deje de ironía, dirigiéndose a la puerta del copiloto.

Llegamos a casa de Ana sin incidencias y en un tenso silencio. El teniente no parece de buen humor, y yo prefiero evitar convertirme en su chivo expiatorio. Me concentro en conducir y en todas las implicaciones que abre la nueva línea de investigación.

Nos abre la puerta Rafa. Parece haber envejecido diez años en los últimos días. No quiero imaginar por todo lo que está pasando... y lo que le queda por sufrir. Lo siento por él; teniendo en cuenta el motivo por el que estamos aquí, habría preferido no encontrarlo en casa.

Al oír nuestras voces, Ana acude enseguida a recibirnos.

—¿Tenéis novedades? —apremia.

—Tenemos un sospechoso en el caso por intento de secuestro de la bebé de la doctora Marta Sanchís. Tenemos que comprobar si existe alguna posible relación con el de Lucía —argumenta mi jefe de modo muy astuto. No es una mentira, solo está maquillando la verdad en beneficio de todos.

Ana nos hace pasar al salón; una vez acomodados en nuestros respectivos asientos, le explico la presencia de un coche extraño cerca de casa de Marta. El teniente me interrumpe y solicita a Rafa que lo acompañe a ver de nuevo la habitación de Lucía. No entiendo el motivo de su petición, pero antes de marcharse me lanza una larga mirada y comprendo la causa de su requerimiento: quiere que yo continúe el interrogatorio sin la presencia del marido. No sabría decir si se ha apiadado del pobre hombre o si se trata de otra de sus jugadas.

En cuanto traspasan la puerta, voy al grano con Ana sobre el motivo de nuestra visita. Enseguida se desmorona, hecha un mar de lágrimas, y confirma, punto por punto, la versión de su examante sobre lo ocurrido el domingo. Me parece sincera. Solo hay una pequeña discordancia entre las dos versiones: según Ana, ella ya había roto con él unos días antes de la muerte de Lucía. El domingo solo se reafirmó en su negativa a continuar aquella relación sin sentido.

Cuando regresan Rafa y el teniente, nos encuentran abrazadas. Ana, hundida, me ha suplicado, justo antes de su llegada, que no le revele a Rafa su aventura extraconyugal. No he podido negarme y se lo he prometido, a pesar de ser consciente de que quizá no pueda cumplirlo.

No tardamos mucho en dejarlos con su dolor y sus mentiras en una casa vacía. No sé si su matrimonio sobrevivirá a una situación tan difícil como la que están viviendo; lo que sí tengo claro es que yo no quiero ser la causante de su ruptura definitiva.

—Entonces, según lo que Ana ha contado, Emilio, su examante tiene una coartada para el secuestro de Claudia, en cambio tiene un móvil significativo para el homicidio de Lucía —resume mi jefe tras escuchar mi relato del interrogatorio de Ana, ya en el interior del coche patrulla.

—No entiendo nada. ¿A cuántos criminales estamos persiguiendo? ¿Acaso el homicidio de Lucía, tu propio intento de homicidio y el intento de secuestro de Claudia no tienen relación alguna entre ellos? No me puedo creer que sean hechos aislados, y luego tenemos el asesinato de Juan Carlos...

—No podemos descartar una relación entre los tres sucesos, pero tendremos que investigarlos uno a uno, sin tener en cuenta los otros dos. En cuanto al caso de Juan Carlos, quería comentar algo contigo. —El tono de su voz resulta engañosamente sereno; la tormenta está a punto de desatarse—. ¿Podrías explicarme la presencia del expediente en casa de Marta?! —grita, y logra asustarme a pesar de esperar la reprimenda.

Trago saliva con dificultad. Por un arrebato, ahora me encuentro en una situación complicada en la que peligra mi carrera profesional e, incluso, tal vez el propio empleo.

—¿Me creerías si te dijera que solo me lo llevé para poder estudiarlo en casa?

Durante unos interminables segundos, mantiene fija su mirada en mis ojos. No aparto la vista; al menos me hundiré con valentía.

—Elena, no te conozco mucho, pero hasta ahora tenía en gran estima tu trabajo. ¿Tan importante es para ti tu amistad con Noemí como para echar por tierra tu profesión?

Lágrimas de impotencia asoman a mis ojos. No quiero llorar, detesto llorar; demuestra una debilidad que no me define en absoluto. ¿Cómo puedo explicarle a él lo que Noemí significa para mí? No me entendería. He cometido una estupidez por amor y ahora tengo que asumir las consecuencias o... intentar mitigarlas.

—No es solo por ella, teniente. Tú no eres de aquí y no puedes entenderlo. Todos en el pueblo hemos crecido y vivido con la sospecha continua de la presencia entre nosotros del asesino de Juan Carlos. Yo no puedo, como haces tú, descartar sin más la implicación del caso de Juan Carlos en lo que está ocurriendo ahora. Y aunque haya infringido una norma, ni para Noemí ni para mí es un juego, solo queremos conocer la verdad —alego mientras me limpio con el dorso de

la mano la estúpida lágrima que sigue cayendo, impertérrita frente a mi vehemente discurso de clemencia. Miro de nuevo a los ojos de mi jefe; la rabia ha desaparecido y en su lugar muestra algo entre lástima y comprensión.

Permanezco tensa, en espera de su veredicto, cuando en mi teléfono suena la melodía *She will be loved*, de Maroon 5. Él se limita a enarcar una ceja, observando mi turbación.

—Deberías cogerlo. Puede ser importante.

Decido hacerle caso. Saco el móvil de mi bolso y deslizo el dedo por la pantalla.

—¿Sí?

La voz al otro lado del teléfono habla exaltada y de modo incoherente.

—Noemí, cálmate, no entiendo lo que dices —protesto.

En los labios de Martín se dibuja una sonrisa mal disimulada. Yo respondo poniéndome colorada como un tomate. Noemí, al otro lado de la línea telefónica, despotrica contra mi jefe y me exige que la ponga al corriente de todo lo ocurrido a tenor de nuestro trato.

—¡Noemí! —Ni caso, ella sigue despotricando—. ¡Noemí! —grito más fuerte, intentando detener su diatriba—. Ahora no puedo hablar —le explico cuando al fin se calla—, mi jefe y yo estamos discutiendo sobre la presencia del expediente de Juan Carlos en casa de Marta.

Espero que entienda la indirecta: no pienso volver a poner en peligro mi trabajo. Estoy harta de que utilice mis sentimientos por ella en su beneficio, y estoy cansada de que esos sentimientos sean solo unilaterales. Cuelgo sin añadir nada más y sin despedirme. Tampoco miro a mi jefe.

—Esa mujer es como un tsunami: en un momento estás en la playa tomando el sol, y al minuto siguiente estás bajo el agua intentando agarrarte desesperadamente a algo para salvar tu vida —sentencia mi jefe meneando la cabeza, pensativo, hacia uno y otro lado.

—Yo siempre he pensado que es más bien como un huracán —respondo con una leve sonrisa en los labios—, aunque tal vez tu símil sea mejor.

—Elena, no puedo olvidar tu infracción —me dice serio, mirándome de nuevo—. De momento la dejaré aparcada hasta que decida cuál será la sanción adecuada.

—Yo... —No sé qué decir. Jamás habría pensado que el teniente fuera la clase de superior o de persona que da segundas oportunidades a nadie—. Gracias. No te defraudaré.

—Eso espero, Elena, eso espero.

CAPÍTULO 10

Martín

El crepúsculo se ha convertido en noche cerrada mientras observo la casa de Noemí. Hace más de quince minutos, Elena me ha dejado frente a ella para volver al cuartelillo, donde pensaba pasar la noche. Se ha ofrecido para hacer el último turno en casa de Noemí. He rechazado su ofrecimiento. En parte, por miedo a que vuelva a caer en la tentación de compartir información con ella, y, en parte, porque necesito hacerlo yo. Ella no ha insistido; más bien ha parecido aliviada con mi negativa.

Tengo que decidirme a entrar; los vecinos deben de estar preguntándose qué hago parado tanto rato frente a su puerta, y, además, Arturo estará deseando volver a su recién estrenado hogar, con su preciosa mujer. Esa es una de las razones por las que lo destiné a la protección y vigilancia de Noemí: no se dejaría atrapar por sus encantos. No como yo.

La noche anterior resultó un verdadero desastre, cometí un error tras otro. Al llegar la hice rabiar un poco, pero luego, en cuanto esos ojos verdes suyos comenzaron a echar chispas, cambié de opinión. Deseé besarla hasta que sus hechizantes ojos se nublaran de pasión. Mi excitación solo fue un eco de la suya propia. Por un segundo me sentí al borde de un precipicio, del que solo pude apartarme a fuerza de tesón.

Ya en la habitación, y con algo de tiempo para pensar, decidí cambiar de estrategia: la única manera de evitar la tensión sexual era comportarme de forma amable y relajarme. Siempre había sido amable con las mujeres, con todas..., menos con ella. También fue un completo error. Todo fue bien hasta que, sin saber por qué, me encontré explicándole intimidades sobre mi familia que no había contado a nadie. Y entonces fue cuando vi su mirada, una mirada llena de amor y comprensión. Y me asusté, me dieron miedo sus sentimientos y también lo que sus ojos me hacían sentir: débil y necesitado. Me había jurado a mí mismo, hacía ya mucho tiempo, no volver a sentirme así. Y lo solucioné comportándome como un imbécil. Tenía que borrar aquella mirada de sus ojos y lo hice... de una manera cruel y desagradable.

No puedo retrasarlo más. Llamo al timbre. Enseguida me abre Arturo; debía de estar aguardando con impaciencia mi llegada. Grita un «hasta mañana» y se va sin esperar respuesta.

Me quedo en la entrada, solo; nadie viene a recibirme. Cuelgo mi chaqueta como la noche anterior y me dirijo hacia el salón. Estoy nervioso y me siento estúpido por ello. Solo quiero volver a pasar una noche con ella, hablando de todo y de nada, escuchando su risa. ¿Cómo se puede añorar con tanta fuerza algo tan simple?

—Hola, Noemí —saludo al entrar en el salón.

Está acurrucada en el sofá con un libro. Al oír mi voz, levanta la vista de las páginas y me mira por encima de unas gafas rosas de lectura.

—Esperaba que no fueras tú —sentencia, devolviendo su atención al libro.

Me duele su indiferencia más de lo que querría. Entonces, se lleva el pulgar a la boca y empieza a morderse la uña con ahínco. Su gesto inconsciente me arranca una sonrisa involuntaria.

O el libro es muy interesante o la indiferencia tan solo es fingida.

—Subiré a dejar mis cosas en la habitación. No hace falta que me acompañes, recuerdo el camino.

Ella no contesta a mi provocación y yo me dirijo a las escaleras.

No tardo en bajar al salón de nuevo. Noemí, como una estatua, parece no haberse movido ni un milímetro, concentrada en su lectura. Miro curioso la tapa y está a punto de escapárseme una carcajada. Tiene el libro del revés y ni siquiera se ha dado cuenta.

—El libro parece muy interesante, podrías leerme algo. —La tentación de sacarla de sus casillas es demasiado fuerte.

—No creo que te interese. Ya sabes, es sobre la tontería esa de la psicología —me dice con retintín, mirándome de nuevo por encima de esas gafas de bibliotecaria sexy.

Aunque la idea de desenmascararla sigue siendo muy atrayente, lo es más el deseo de volver a conversar con ella de modo cordial, así que decido portarme bien. Me siento en el sillón que hay junto al sofá, donde Noemí permanece hecha un ovillo, y guardo silencio mientras la contemplo. A ella no parece importarle o molestarle lo más mínimo. Al menos, durante dos largos segundos.

—¿Se puede saber qué haces?! —exclama ofendida, cerrando el libro e incorporándose a medias en el sofá—. ¿A qué has venido? ¿A rematar lo de anoche?

Enfurecida, sus ojos refulgen como gemas preciosas. Está majestuosa, y su mal genio me pone a cien. Debo calmarla o esta noche cometeremos una estupidez de las gordas.

—¿No has leído mi carta?

—¿Te refieres a ese patético intento tuyo de pedir disculpas? —contraataca, dejando las gafas y el libro en el sofá para después levantarse indignada.

Está claro que no voy por buen camino si mi intención es aplacarla.

—Puede que para ti mis disculpas hayan sido patéticas y ridículas —digo, y me pongo en pie a mi vez para poder dominar la situación desde mi estatura superior—. Para mí, fue muy difícil escribirlas, y te puedo asegurar que eran del todo sinceras.

La perplejidad hace acto de presencia en su rostro, congestionado por la rabia, y suaviza sus facciones. Me hallo en el buen camino. Solo hay que mantenerse en él.

—Me porté como un cerdo insensible, no quería decirte lo que dije...

—¿Entonces por qué lo hiciste? ¿Por qué cada vez que intento acercarme a ti tú me apartas de la peor manera posible?

No sé qué contestarle; no quiero contestarle. ¿Por qué todo tiene que ser tan difícil?

—¿Quién eres en realidad? ¿El teniente de la Guardia Civil, formal, frío y distante, o el hombre apasionado que me besa con ternura y me llama «ojos de gata»?

—¿Y si fuera los dos hombres a la vez, e incluso un tercero oculto a todos los demás? —Me acerco, atraído por ella como un imán.

Sus ojos parpadean repetidas veces, sorprendidos por mis palabras o tal vez desconcertados por mi proximidad.

—Yo... yo no te entiendo —responde vacilante—. No sé qué quieres de mí.

—Sí, sí lo sabes —confirmo yo, acercándome aún más, mientras mis dedos rozan en una lenta caricia su mejilla.

Ella cierra los ojos en respuesta a mi toque y sus labios se entreabren en una muda invitación a besarla. Mi mano se desliza de la mejilla a la nuca para sujetarla cuando mi boca se apodera por fin de la suya. ¡Es tan suave y sabe tan dulce! Es como estar aterido de frío y entrar en un lugar cálido y acogedor.

Mis pensamientos se desvanecen cuando nuestras lenguas se encuentran y se enlazan en un hermoso y sensual baile de pareja. En el silencio de la habitación se escucha un gemido de placer. La tensión en mis pantalones resulta más que evidente para los dos; sus manos acarician mi cuerpo con el mismo frenesí con el que yo exploro su boca. Estamos a punto de perder el control cuando un mal gesto de mi brazo herido me trae de nuevo a la realidad. Me obligo a separarnos por un momento.

—Noemí, espera —digo, apoyando mi frente sobre la suya, inspirando para recuperar el aliento—. Yo no quería... —Noto cómo se tensa bajo mis manos y cambio el tono de mis palabras. No quiero que se enfade y se aparte de mí—. No, claro que quería besarte, besarte y mucho más. —Siento cómo se relaja y continúo—: Ese es el problema, deseo mucho más de ti, lo deseo todo...

—¿Y cuál es el problema, entonces? —pregunta, apartando su frente de la mía para mirarme con ojos embelesados. Eso me desarma. Ella siempre me despoja de todas mis protecciones, de todas mis armaduras y caretas. Y ese también es el problema.

—¿Tú podrías darme todo a cambio de nada? —En sus ojos soñadores ahora veo confusión; no lo entiende. Pero debe entenderlo, debe hacerlo si vamos a seguir adelante... o no me lo perdonaré—. No quiero hacerte daño, ni ahora ni nunca. Es solo que yo... yo no puedo...

—¿Qué me quieres decir? No te entiendo —Me empuja suave para apartarse de mí—. Solo me deseas como mujer, solo es sexo para ti, ¿es eso?

Ojalá fuera tan simple con ella; con las demás lo ha sido. Con ella nada es fácil.

—Claro que deseo tu cuerpo, más que cualquier otra cosa en el mundo —digo con los ojos cerrados para no mirarla, para controlar mis sentimientos desbordados—, y también deseo tu amistad, hablar contigo de cualquier cosa. Y discutir, enfurecerte hasta que tus ojos verdes me fulminen y poder reconciliarnos después, y deseo... —Abro los ojos para mirarla directamente a los suyos—. Deseo tu amor por encima de todo lo demás. A pesar de que yo no pueda corresponderte, a pesar de que no exista un futuro para ti y para mí, a pesar de que un final feliz en nuestra historia sea imposible. No me mires así; crees que solo digo tonterías, pero hay muchas, demasiadas cosas que desconoces de mí, y cuando las conozcas, me odiarás o, en el mejor de los casos, solo me despreciarás.

—Entonces cuéntamelas, cuéntamelas ahora. Antes de que sea tarde.

—No puedo hacerlo.

—Mejor di que no quieres hacerlo. No sé a qué estás jugando, Martín, no te comprendo. —En su rostro leo la derrota antes de que su boca la exprese con palabras—. Quizá tengas razón y lo mejor sea dejarlo, dejarlo antes incluso de empezarlo. Iré a ver qué puedo preparar para la cena. Como tú mismo dijiste en tu carta de disculpas, lo mejor será olvidar lo ocurrido.

No soporto la tristeza de su mirada. Quiero sujetarla del brazo, acercarla de nuevo a mí y volver a encender la llama en sus ojos de gata. Eso es lo que yo deseo, pero, por esta vez, prefiero que sus deseos prevalezcan sobre los míos. Le he dado a escoger, y ella ha tomado su decisión; yo solo puedo acatarla, por más que me duela. Así que me quedo donde estoy, sin moverme.

—De acuerdo, avísame cuando esté lista —le digo a la espalda rígida que se aleja por el pasillo en dirección a la cocina.

Cenamos en un silencio incómodo y tenso. Quiero solucionarlo. El problema es cómo. No creo en el amor, en el felices para siempre, eso lo aprendí hace mucho tiempo y de la peor manera posible. No puedo darle esperanzas, tampoco explicarle la verdadera razón por la que estoy aquí y por la que he puesto su vida y la de sus amigas en peligro. Decido jugar una última carta. Le

explico lo del amante de Ana, las dudas que tenemos Elena y yo con respecto a si todo es obra de una sola persona o de varias. Tarda unos segundos en responder. Sé que la curiosidad es un gran acicate, aunque no sé si será suficiente para eliminar la barrera que yo mismo he erigido entre los dos.

—¿Sabéis si drogaron a Lucía antes de matarla? —Me mira a la cara por primera vez desde que discutimos.

—Sí, la narcotizaron antes de asfixiarla. —Reprimo una sonrisa ante el triunfo de mi estrategia para recuperarla. En cualquier caso, me ha sorprendido su perspicacia.

—Entonces es evidente que tanto el asesinato de Lucía como el intento de secuestro de Claudia han sido efectuados por la misma persona.

—¿Y mi intento de homicidio? —la interrumpo.

—Por lo que sé, todas las pruebas apuntan al hijo del Mandíbulas como autor de los disparos, ¿no? —Yo asiento con la cabeza a la espera del resto de su razonamiento. Me inclino hacia delante, interesado, y ella responde a mi movimiento inclinándose a su vez sobre la mesa. Nuestras manos están muy juntas, y debo sofocar el instinto de coger las suyas entre las mías. Aún no es el momento—. Lo que no me cuadra es lo de la nota; no es propio de él ser tan rebuscado. En cambio, si lo piensas, encajaría mejor con el perfil del asesino de Lucía. Hay un punto de cobardía y de artificio en todo ello que no va en absoluto con el hijo del Mandíbulas.

—Creo que tendríamos que contratarte como asesor externo, tienes buen ojo para los perfiles psicológicos...

—¡Oh! ¡Dios mío, acabo de recordarlo! —exclama sobresaltándome.

—¿El qué? ¿Qué has recordado?

—La noche del secuestro, yo estaba repasando el expediente de Juan Carlos... Ya, ya sé que es confidencial —añade al ver mi cara de enojo—, el caso es que, casi al final de la lectura, yo estaba medio grogui cuando algo me llamó la atención. No había podido recordarlo hasta ahora que tú has comentado lo del asesor externo...

—¿Y? ¿Piensas explicarme lo que has recordado o prefieres que hablemos sobre las consecuencias de substraer un expediente confidencial del cuartelillo?

Pone los ojos en blanco, como si estuviera diciendo tonterías. Está claro que no tiene ningún respeto por la autoridad, y más en concreto por mi persona, pero ver de nuevo ese fulgor en su mirada me ha calentado la sangre.

—En aquella época —continúa ella, ajena a mi estado de ánimo— no era normal solicitar ayuda de un experto en psicología para ayudar tanto con el perfil del asesino como para analizar la credibilidad de los distintos testimonios...

—Tampoco creo que ahora sea muy necesario —añado para pincharla, aunque también es cierto que no soy muy partidario de todas esas zarandajas; las pruebas y el instinto policial me parecen mucho más fiables que los comentarios de un intelectual que solo ha leído sobre asesinos y maleantes en sus libros.

Me responde con una mirada letal que solo consigue arrancarme una sonrisa. Ella menea a derecha e izquierda la cabeza, como si estuviera tratando con un niño malcriado y no con un teniente de la Guardia Civil.

—Como te estaba explicando, aunque en aquella época no era muy usual, en este caso sí se solicitó la ayuda de un perito psicológico...

—¿Y? —pregunto yo, harto de tanto misterio.

—El perito en cuestión fue Fermín.

—Fermín, ¿tu Fermín?

—Sí, no, quiero decir... que sí es ese, pero que no es mi nada —aclara poniéndose colorada.

—¿Qué quieres decir con tu «nada»? ¿Ya no estáis juntos? —Me hago el sorprendido.

—No. Lo hemos dejado.

Dudo entre ser educado para seguir con la buena sintonía o decirle cuánto me alegro, aun a riesgo de enfadarla de nuevo.

—Lo siento. Aunque también me alegra que seas de nuevo soltera —confieso, temeroso de su respuesta.

—¿Y por qué te alegra mi soltería? —pregunta algo mosca.

—No quiero que me puedan acusar de quedarme con nada ajeno —respondo sin medir las consecuencias de mis palabras.

Ella se limita a parpadear sorprendida. Abre la boca para responder; mis manos se tensan sobre la mesa y mi movimiento distrae su mirada. Me obligo a relajarlas. Ella cierra la boca y me mira intensamente en silencio durante unos segundos.

—Creo que deberías hablar con Fermín. —La observo, extrañado por su propuesta—. Es muy extraño que alguien tan ególatra como él no nos mencionara ni a ti ni a mí su participación en el caso. Ahora, si me disculpas —se levanta de su silla—, creo que me iré a dormir. Estoy agotada y mañana quiero despertarme temprano.

Su cara, por primera vez desde que la conozco, no refleja sus sentimientos. No sé si está enfadada o solo desconcertada por mis palabras. Estoy pisando terreno resbaladizo y no me gusta nada.

Empieza a recoger la mesa con gestos nerviosos. La tensión es evidente. Trato de ayudarla. Sus nervios parecen contagiosos y, si le añadimos mi brazo herido, mis movimientos son más torpes de lo normal. Intento colocar los vasos en el fregadero cuando ella recula desde la nevera. Noto el golpe en la herida y suelto un exabrupto, acompañado por el estrépito de los vasos al escaparse de mi mano y caer sobre el fregadero lleno de platos.

—¡Dios, lo siento! ¡Qué torpe soy! —exclama, afectada, al ver mi gesto de dolor—. ¿Te he hecho mucho daño? —pregunta compungida, acercándose a mí con intención de comprobar el estado de mi herida.

Inhalo su olor dulce y penetrante y me olvido por un momento del dolor. Sin pensar en lo que hago, poso mi dedo en su barbilla y la obligo con suavidad a mirarme.

—Hay otras cosas que me causan más daño. Como tu indiferencia —le susurro a escasos centímetros de su cara.

—Eso no es cierto. Tú me aborreces —replica, sosteniéndome a duras penas la mirada.

—Tienes razón... —En sus ojos leo el dolor que mis palabras le provocan—. Aborrezco cada minuto que paso lejos de ti, pensando en ti; aborrezco cada vez que me despierto en mitad de la noche, soñándote, y, sobre todo, aborrezco ser tan cobarde de no hacer lo que llevo tanto tiempo deseando hacer.

Mis labios se apoderan con frenesí de los suyos. Su boca responde a la mía con la misma pasión desenfundada. Si me quedaba algún pensamiento lúcido, desaparece en este mismo momento. Esta noche será mía. No hay vuelta atrás. Coloco mi mano sana sobre su nuca y pego mi cuerpo al suyo; ella me abraza y me acaricia con ardor la espalda. Desde su nuca, mis dedos inician un camino descendente por la espina dorsal hasta alcanzar su redondo trasero; lo agarro con deleite y empujo su cadera contra mí. Bebo, ávido, un gemido de su boca; sus manos se mueven con desesperación sobre mi camisa, intentando encontrar la piel que cubre con el mismo

anhelo con que mi lengua explora su boca.

—¡Dios! —exclamo, presa de un intenso dolor. Noemí confunde el significado de mi exclamación y renueva con más ímpetu sus intentos por quitarme la camisa, de modo que tengo que apartarme de ella.

—¡¿Qué pasa?! —pregunta azorada, sus ojos verdes tan dilatados que apenas si se distingue su color. Está más hermosa que nunca, con los labios hinchados por mis besos y esa mirada apasionada...

—Lo siento, Noemí, pero tendremos que llevar esto con un poco más de tranquilidad. Es por mi herida —le explico antes de que se tome a mal mis palabras y la pierda de nuevo.

—¡Oh, claro! Tu herida —repite, dando un paso hacia atrás—. Quizá deberíamos esperar a que estés...

—No pienso esperar a nada —respondo, sujetándola por la camiseta para atraerla de nuevo hacia mí—. Solo tendrás que ser algo más cuidadosa conmigo, como si de una virgen se tratara. —Sonríe contra su boca.

—Nunca he desvirgado a nadie, no sé si estaré a la altura de las circunstancias —confiesa con voz sexy y su mano en mi entrepierna.

—De momento lo estás haciendo muy bien... —Suelto un gemido involuntario cuando ella acaricia mi miembro a través de la tela de los pantalones—. Creo que podrás terminar... la tarea sin problemas... —añado con la respiración entrecortada, ajeno a todo lo que no sean las excitantes caricias de sus dedos.

De pronto, el delicioso tormento se detiene y abro los ojos. Noemí me coge de la mano y me arrastra con ella.

—Vamos, hay un sitio mejor donde terminar lo que hemos empezado —responde al leer el desconcierto en mi mirada.

Me arrastra escaleras arriba hasta su habitación. Aunque no es muy espaciosa, dispone de una maravillosa cama de matrimonio en la que, sin duda, estaremos mucho más cómodos que en el suelo o en la mesa de la cocina.

Me mira a los ojos con dulzura, se acerca a mí de nuevo y volvemos a unir nuestros labios; ahora los besos son mucho más sensuales y no tan ansiosos. Yo recorro su mandíbula con ligeros besos hasta la oreja y sigo descendiendo por su cuello; su piel es suave y huele deliciosamente. Mi mano, desde su cintura, la acaricia con movimientos ascendentes en busca de sus senos. Me desespera la impotencia de no poder utilizar las dos manos. Noemí gime al rodear mi palma su pecho, lo que me hace olvidar cualquier impedimento. La beso de nuevo en la boca. Mi dedo traza círculos concéntricos cada vez más pequeños sobre su pecho hasta alcanzar su pezón enhiesto. Sus gemidos contra mi boca me excitan aún más. Ella acaricia mi torso desnudo a través de la camisa abierta, y yo decido que también necesito más.

—Quítate la camiseta —le exijo.

—Solo si tú te quitas la camisa —reclama.

Yo no me hago esperar; mantengo la mirada fija en ella mientras se despoja de la camiseta. Debajo lleva un precioso sujetador de color carne con un maravilloso encaje, a través del cual vislumbro sus sonrosados pezones erguidos.

—Son extraordinarios —susurro extasiado.

—¿A qué esperas entonces? —me pregunta Noemí con voz ronca de deseo.

No lo pienso más y, mientras mi boca la devora con fruición, mi mano se ha olvidado del dolor del hombro y se desliza por encima del pantalón, trazando sensuales círculos sobre la parte

más sensible de su sexo.

—Oh..., sííí, no pares —me suplica.

No creo que pueda seguir mucho tiempo así. Su pelvis busca enfebrecida mi mano. Sus gemidos y su respiración son cada vez más rápidos. Sorprendido y halagado, siento cómo su cuerpo se pone rígido durante unos segundos justo antes de lanzar un grito liberador. Se arquea convulsa contra mi palma con todo su cuerpo temblando entre mis brazos.

Aparto mi mano y la beso, apasionado, en la boca. Le pido que se desnude del todo para mí. Me obedece, con la mirada aún perdida y una sonrisa tonta en su deliciosa boca. Yo me desnudo frente a ella. Al mirarme, el deseo vuelve a encenderse en sus ojos. Le indico que se siente en la cama y, con mi mano y mi boca, asciendo en un sendero imaginario por sus piernas. Al llegar a sus muslos, se abre instintivamente para mí. No me hago de rogar y me dedico a succionarla con deleite. Su respiración se vuelve de nuevo entrecortada, gime con desesperación y sus caderas empiezan a moverse de forma rítmica. No aguantaré mucho más. En ese momento ella me aparta. La miro sin comprender.

—Te necesito —murmura, observando con intensidad mi miembro.

—Soy todo tuyo.

Ella me mira y se lame de modo inconsciente el labio.

—¡Por favor..., dime que tienes algún preservativo en esa mesita tuya! —exclamo con voz ronca y respiración irregular.

—En el primer cajón. —Se pone en pie y abre el cajón antes de que yo mismo pueda reaccionar. Saca un paquetito plateado, lo rasga y, con una sonrisa lasciva, se acerca a mí—. ¿Me permites que lo enfunde?

Me limito a asentir; debería haber imaginado que sería tan impulsiva y descarada como en todo lo demás.

Una vez colocado, me coge de la mano y me atrae hacia ella.

—Será mejor que me dejes hacer a mí. Tú estás lesionado —propone con una media sonrisa, sensual y traviesa a la vez.

—Estaré más que encantado de ejercer como tu montura, ojos de gata —murmuro, y me tumbo dócil en la cama.

Coloco la almohada bajo mi cabeza, situándola en una posición adecuada para poder observar cómo Noemí se acomoda a horcajadas sobre mí y, poco a poco, desciende sobre mí. Nunca he visto nada más sexy y excitante. Cierro los ojos en un intento por concentrarme. Ella retrocede lentamente y vuelve a descender; un sonido extraño y gutural sale de mi garganta; ella gime en la siguiente embestida. Abro los ojos y la visión de esa hermosa mujer con los ojos velados de pasión, la boca abierta, cabalgando sobre mí como una salvaje amazona, me vuelve loco. Me apodero de sus pechos y mis caderas suben y bajan frenéticamente a su encuentro; las embestidas son cada vez más rápidas y más profundas. Nuestras respiraciones y gemidos van in crescendo hasta que su cuerpo se queda rígido unas décimas de segundo antes de gritar mi nombre y convulsionarse, estrujándome y llevándome a un intenso y prolongado orgasmo.

Noemí se desploma exhausta sobre mí. Los dos jadeamos como caballos desbocados. Trato de ralentizar mi respiración. Mi corazón está a punto de salirse del pecho y no soy capaz de enfocar mis pensamientos. Noemí me saca de su interior con dificultad y se escurre por el lateral de mi cuerpo, su mano apoyada sobre mi pecho y su cabeza recostada sobre mi hombro sano. Suspira.

Me siento bien, mejor de lo que recuerdo en mucho tiempo. Mis labios dibujan una sonrisa y

beso con dulzura la frente de Noemí. Nuestras respiraciones empiezan a normalizarse, pero aún no soy capaz de articular palabra. No quiero, por nada del mundo, estropear el momento. Y, entonces, en mi móvil suena un estridente toque de corneta. Es el tono para las llamadas de trabajo.

—Lo siento, Noemí. Es del trabajo, tengo que contestar; puede ser importante.

—Claro, contesta —dice, apartándose remolona de mi lado.

—¿Sí...? —digo, ya con el móvil en mi oreja.

No puedo evitar dar la espalda a Noemí mientras hablo por teléfono y me quito el preservativo. No quiero ver en su rostro la reacción a mis palabras, ni que ella pueda leer nada en el mío.

—Ajá... ¿Y cuánto tiempo lleva desaparecida? De acuerdo, apliquen los protocolos, pongan controles en todas las salidas. En quince minutos estoy allí.

Cuelgo y empiezo a buscar mi ropa, esparcida por la habitación.

—Tengo que irme —le explico a Noemí sin mirarla, incapaz de enfrentarme a su mirada de reproche. Ya sé cómo funciona esto, no es la primera vez que me ocurre. Ninguna mujer lleva bien, nunca, un abandono poscoital.

—Tranquilo. Me imagino que debe de ser algo urgente e importante —afirma de pie, a mi lado, tendiéndome los calzoncillos y sujetando la sábana en torno a su cuerpo desnudo.

La miro con recelo. En su rostro no advierto enojo, sino comprensión y una ligera chispa de curiosidad. Debería haber imaginado que, en esto, ella tampoco se comportaría como las demás mujeres.

—Una mujer ha sido secuestrada por su expareja y obligada a subir a un coche con él. Tiene antecedentes de malos tratos, de modo que es primordial que los encontremos antes de que ocurra ninguna desgracia.

—Te agradezco la confianza —me susurra.

Yo ya estoy casi vestido y me acerco a ella para despedirme. Se adelanta y, sujetándose la sábana con ambas manos, me besa en la mejilla.

—Ten cuidado —añade, y retrocede para mirarme.

—No cometas ninguna tontería y no salgas. Enviaré a alguien en cuanto pueda —le prometo. Me dirijo a la puerta para irme. Me siento como un estúpido; en realidad me estoy comportando como un estúpido. Vuelvo sobre mis pasos e, incapaz de decirle todo lo que siento, la beso con intensidad en los labios. Y sin mirar atrás esta vez, me marcho.

CAPÍTULO 11

Noemí

Después del sexo maravilloso de anoche, he dormido genial. No puedo creer lo ocurrido. El hombre con el que me acosté..., no, el hombre con el que hice el amor esta noche no tenía nada que ver con el formal y estricto teniente. Fue dulce, atento y, aunque no pudo quedarse conmigo a dormir, sé cuánto le fastidió no poder hacerlo.

No voy a pensar en lo que ocurrirá la próxima vez que nos veamos, no quiero pensar en las demás veces en que Martín me ha decepcionado, dejando que el odioso teniente gobernara sus actos y le ganara la partida. Esta vez no va a ocurrir.

Hace días que no salgo, y las dos tristes latas que me quedan en la despensa me piden a gritos compañía, así que le pregunto a Arturo si podemos realizar unas compras y, aunque no le entusiasma la idea, consigo sobornarlo con la promesa de una deliciosa comida.

Salimos de casa: yo, todavía con mi sonrisa poscoital, y Arturo, con su uniforme de agente de la Guardia Civil y unas enormes gafas negras (como si las gafas pudieran ocultarlo del resto de la gente con ese uniforme tan discreto; me parto y me troncho). Nada más salir, somos abordados por Manoli, mi vecina de enfrente, cuñada de Elena y, para más inri, la gacetilla no oficial del pueblo.

—Hola, Manoli, muy buenas. Parece que hace buen día, ¿verdad? —Comentario poco original por mi parte, pero muy utilizado en situaciones incómodas como esta.

—¡Ay, Noe, cariño! No sabes cómo me alegro de verte. —me saluda arrastrándome con ella hacia la sombra. Desde luego, la conversación no empieza demasiado bien para mí y además se prevé más larga de lo esperado.

—Gracias, Manoli, yo también me alegro de...

—No veas lo preocupada que he estado toda la noche —me interrumpe—. A mi Paco —hermano mayor de Elena y santo varón por aguantar a su parienta— casi lo vuelvo loco con tanta angustia como yo tenía.

La miro sin entender, aunque no estoy muy segura de querer ahondar mucho más en el tema. Ella se percata de mi confusión y, mirando de reojo al pobre Arturo, me aleja un poco, cogiéndome del brazo para poder cuchichear en mi oreja.

—Anoche vi a ese hombre parado delante de tu casa, observando..., y no me gustó nada verlo entrar. Aunque mi Paco insistiera en que estaba realizando su trabajo...

—¿Te refieres al teniente de la Guardia Civil que me está protegiendo? —la interrumpo, consciente de encontrarme en arenas movedizas.

—Sí, sí, protegiendo. —Me pongo colorada aun sabiendo que ella no puede tener ni idea de lo ocurrido entre nosotros—. Entonces ya me dirás por qué se fue de tu casa en mitad de la noche...

¿Es que esta mujer no duerme por espiar al vecindario?

—... yo solo podía imaginarte allí, sola, desangrándote, medio muerta... —continúa ella, ajena a mi sonrojo.

—¿Se puede saber qué sarta de tonterías dices, Manoli?! —exclamo incrédula y con muy

poca mano izquierda, teniendo en cuenta la situación y con quién estoy hablando.

—¿De tonterías na, Noe, guapa, la que no se entera eres tú! —replica molesta, y aunque no sé de qué me habla, me temo que no voy a tardar mucho en ser informada de todo. Tanto si quiero como si no—. Él se creerá muy importante, sin embargo, en este pueblo sabemos calar a la gente. Solo es cuestión de tiempo que lo pillen con las manos en la masa. Ya te lo digo yo —sentencia absolutamente convencida.

—¿Y en qué masa lo van a pillar con exactitud? —pregunto yo, perpleja.

—Pues qué va a ser, Noe, hija. Debes de ser la única del pueblo que no se ha dado cuenta. To lo malo que ha pasado en este pueblo ha sido después de venir él al cuartelillo.

—Manoli, perdona, ¿me estás diciendo que en el pueblo piensan que él es el culpable de lo de Lucía? —pregunto, anonada por la absurdidad de lo que oigo.

—Y no solo de eso. Tú párate a pensarlo: ná más venir él, pasa lo de Lucía; cuando José se encontró a la bebé de Marta, él también estaba por allí... Qué casualidad, ¿no?

—Y no me querrás decir que también se disparó a sí mismo. Te recuerdo que yo estaba allí —la corto, bastante alterada por la tontería de conspiración pueblerina que han orquestado contra Martín.

—¿Qué inocente eres, Noe, cariño! Es evidente que tiene un cómplice.

—¿Y por qué narices, según esa teoría vuestra, iba a querer que le dispararan?

—Pues pa' involucrar al hijo del Mandíbulas. Hija, Noe, ¿tú no estabas estudiando algo de la mente de los criminales, como en la serie esa? Porque, vamos, no lo parece.

Respiro hondo y aprieto fuerte los puños. Debe de salirme vapor por las orejas, porque estoy a punto de explotar y estrangularla con mis propias manos. Por suerte, Arturo interviene, bien cansado de esperar a la solana o bien al percatarse de que estoy a punto de cometer un homicidio en primer grado y con alevosía.

—Mira, Manoli, deja de ir diciendo tonterías como esas por el pueblo o puede que te encuentres una demanda por difamación antes de darte cuenta —le advierto, separándome de ella para acudir a la oportuna llamada de atención de Arturo.

—Pues tendrá que denunciar a todo el pueblo —sentencia antes de que me marche del todo.

Arturo no tarda mucho en preguntarme por mi conversación con Manoli. Yo no me hago de rogar y se lo explico todo, de camino al pequeño súper, tres calles más abajo, mientras gesticulo alterada con los brazos. Para mi sorpresa, su única reacción cuando termino el relato es una estruendosa carcajada.

—¿Se puede saber qué es lo que te hace tanta gracia a ti? —pregunto, molesta con él.

—Perdona, Noemí, tú no eres de pueblo, ¿verdad?

—¿Y eso qué tiene que ver ahora?

—En un pueblo, cuando ocurre algo, el culpable siempre es o un forastero o un recién llegado. Si te hubieras criado en un pueblo pequeño como yo, no te habría extrañado la teoría conspiratoria contra el recién llegado, en este caso, el teniente de Castro.

Me ha dejado sin palabras. Abro la boca para rebatir su hipótesis, pero me detengo al ver un montón de gente apiñada al final de la calle. Arturo y yo nos miramos perplejos y, sin decir nada, nos encaminamos hacia allí. Veo cómo Arturo se lleva la mano a su pistola reglamentaria y de pronto me siento intranquila.

—¡A ver, señores, abran paso! ¡¿Qué es lo que ocurre aquí?! —exclama Arturo con una voz de mando de la que no lo creía capaz.

En ese instante oímos los lamentos de una mujer. Me acerco a ojear y veo cómo Amparo, la

enfermera que trabaja con Marta, es introducida llorando en un coche patrulla por Martín y otro guardia civil. La gente a mi alrededor está bastante agitada. Los comentarios sobre Martín no son muy halagüeños. Si Manoli tiene razón, llevarse a Amparo al cuartelillo solo va a complicar las cosas.

Amparo es del pueblo de toda la vida. Su madre era la única comadrona de la zona, y el anterior médico, don Vicente, fue quien la aconsejó y animó para estudiar enfermería, y después, quien la contrató para ser su enfermera. Marta estaría perdida sin ella. Es un pilar muy importante en el pueblo, además de ser una buenísima persona. Ella y su marido no han podido tener hijos, a pesar de que a los dos les vuelven locos los niños. No sé por qué se la lleva Martín, pero estoy segura de que ella jamás habría hecho daño ni a Lucía ni a Claudia.

Una vez que el coche patrulla se marcha, Arturo por fin consigue dispersar a los vecinos congregados, y nosotros nos dirigimos al súper en silencio. Ya no estoy contenta ni feliz; se me ha formado una bola de preocupación en la boca del estómago, y el mutismo de Arturo no ayuda a su disolución.

Volvemos a casa y yo me ocupo de guardar la compra; después, trato de adelantar mi tesis con poco éxito, por lo que me pongo a cocinar: unos simples espaguetis a la boloñesa; no estoy de humor para complicarme la vida en la cocina.

Durante la comida, Arturo continúa abstraído e intento sonsacarle. Me explica que su mujer es familia del marido de Amparo (a veces se me olvida que en los pueblos la mayoría de la gente es familia) y está preocupado: no sabe cómo explicarle lo ocurrido.

—Solo es un interrogatorio rutinario —me explica—; el problema es hacerle entender a la familia de mi mujer la falta de información y de ayuda por mi parte.

Ahora entiendo su comportamiento. Ellos no van a comprender su falta de implicación en favor de Amparo; aunque su deber está con su trabajo, la familia siempre es lo primero.

—Con el tiempo lo entenderán.

—Eso espero —contesta, poco convencido de mis palabras.

La tarde transcurre muy lenta. He estado a punto de llamar a Martín docenas de veces, también a Elena. Al final no he llamado a ninguno de los dos. No sé en qué punto está mi relación con Martín, y sigo enfadada por la actitud de Elena la última vez que hablamos, aunque la eche mucho de menos.

Por fin oigo el timbre y salgo al pasillo detrás de Arturo. Abre la puerta y Martín aparece en el umbral. Me mira unos segundos. Tiene ojeras de preocupación alrededor de los ojos, pero me sonrío despacio antes de volver su atención a Arturo. Siento un cosquilleo tonto en mi interior, no sé si es por los nervios o porque he cogido frío... ¡Dios, espero no estar enamorándome!

Hoy Arturo no se marcha corriendo de casa, como siempre. Habla con Martín en voz baja. Lo hacen de manera que yo no pueda verle la cara a ninguno de los dos (Arturo está de espaldas y Martín se ha ocultado tras él) y tampoco pueda oírlos.

—Yo me encargo —le oigo decir al fin a Martín.

—Hasta mañana, Noemí —se despide Arturo.

—Hasta mañana.

Por fin estamos solos. Me siento como una adolescente en su primera cita.

—Hola —digo, incapaz de seguir en silencio.

—Hola. —En su boca se dibuja esa sonrisa medio torcida que casi nunca veo y que me encanta.

Se acerca a mí sin mediar palabra, con la sonrisa todavía bailándole en los labios. Sus ojos

pasan de los míos a mi boca, y otra vez a los ojos. Puedo leer el ansia en su mirada ávida, y mis entrañas se encogen de deseo.

—He pasado toda la noche y todo el día esperando para poder hacer esto...

Y entonces me besa, con un beso lento, dulce y apasionado. Sus manos y sus labios están fríos, pero yo ardo bajo su contacto y un gemido involuntario se escapa de mi boca. Él me empuja contra la pared con suavidad y aprieta su evidente erección contra mi cadera. El beso y las manos se vuelven más exigentes...

De repente para y apoya su mejilla en la mía, con la respiración agitada de ambos como único fondo.

—¿Por qué has parado? —pregunto confusa. Nunca sé qué esperar de él.

—No quería... No, no —se corrige a sí mismo—. Sí quería —sonríe de nuevo sobre mi mejilla—, lo que no quería era de este modo...

Entiendo lo que me quiere decir. Me alegra saber que lo nuestro no es solo sexo. No respondo nada, no creo que sea necesario.

Así, con nuestros rostros y cuerpos unidos en medio del pasillo, permanecemos quietos y en silencio.

—Pensaba que quizá no vendrías —declaro ya más serena.

—¿Por qué? ¿Pensabas que había tenido suficiente? —Se aparta un poco de mí para mirarme a la cara. En sus ojos noto que mi respuesta le importa más de lo que desearía.

—Nooo —aclaro con rapidez—, es por el mal rollito que hay en el pueblo. Sobre todo, después de llevarte a Amparo.

—De modo que es eso —dice, cogiéndome de la mano y llevándome con él al salón—. Ya me ha dicho Arturo que estabais presentes. Anda, siéntate; cojo un par de cervezas frías y te lo cuento todo.

Solo puedo sonreír y afirmar con un gesto de cabeza. Me encantaría volver a lo del sexo, pero la curiosidad y la impaciencia me están matando, de modo que me arrellano en el sofá y lo espero.

No tarda en volver con una cerveza para cada uno. Se sienta a mi lado y bebe un buen trago antes de empezar.

—Antes de nada, quiero que sepas que la urgencia nocturna de ayer acabó bien: atrapamos al secuestrador antes de que escapara o hiciera daño a su víctima.

—Me alegro. Por la víctima y por vosotros. Debe de ser satisfactorio cuando los buenos vencéis a los malos, ¿no? —Bajo la vista a mi cerveza, incapaz de sostener la mirada de sus intensos ojos azules sobre mí.

—Sí, te hace sentir que tu trabajo tiene un sentido, no solo buscar culpables cuando el hecho ya no tiene solución. Quise llamarte y contártelo por la mañana, pero recibí una llamada con los resultados de los análisis de la comida y los restos de vuestros estómagos...

Yo me agito inquieta, a la espera de sus palabras.

—El sedante utilizado con vosotras fue el mismo que se utilizó con Lucía, y se hallaba exclusivamente en el pastel de carne cocinado por Amparo.

La noticia me cae como una bomba. Todas dábamos por sentado que el sedante estaría en la tortilla de Eulalia, no en la comida de Amparo.

—Es imposible que haya sido ella, no puedes creer que todo esto es cosa de Amparo —afirmo, todavía en shock por la noticia.

—Ese es el problema, que yo tampoco lo creo —declara, mesándose los cabellos con desasosiego—. Me estoy volviendo loco. Creo saber quién está detrás de todo esto, pero las

pruebas no paran de llevarme de un lado para otro, de un sospechoso a otro, para encontrarme con un muro de piedra al final de cada camino. Si no ha sido Amparo, ¿quién puso el sedante en el pastel? Según ella, lo llevó la mañana del día del secuestro. He llamado a la doctora y no ha podido recordar quiénes fueron a visitarla durante el periodo de tiempo en que el pastel permaneció en la nevera. Además, la mitad del pueblo tiene llaves o fácil acceso a ellas. De nuevo, como en el caso del amante de Ana, estoy en un callejón sin salida.

—Sigo pensando que todo lo ocurrido se debe a un solo artífice, y que el caso de Juan Carlos es una pieza clave en el entramado.

—¿Y por qué, según tú, ocurre ahora, transcurridos veinte años del asesinato?

—Es evidente —respondo, emocionada al ver que por fin me escucha—: algo ha cambiado, algo ha provocado que esa persona quiera atraer la atención de nuevo sobre el caso de Juan Carlos.

—Noemí, eso es solo una teoría que no me lleva a ninguna parte. La realidad es que en estos momentos tengo entre manos el homicidio de una niña y el intento de secuestro de una bebé, y en ambos delitos se ha utilizado la misma sustancia sedante. Eso son pruebas que me indican un mismo autor en los dos casos. Ni en el caso de Juan Carlos ni en mi intento de homicidio...

—... hay el mismo modus operandi, ya lo sé. Estoy convencida, si ahondaras un poco más en el caso de Juan Carlos, seguro que...

—... seguro que perdería mi tiempo como estoy haciendo ahora hablando contigo. El caso de Juan Carlos, Noemí, está cerrado. Es obvio: alguien ha utilizado la obsesión de este pueblo por ese asesinato para perpetrar sus propias fechorías.

Martín se levanta muy alterado mientras yo lo observo pasmada por su reacción, a mi parecer, totalmente fuera de lugar.

—Creo que lo mejor será darme una ducha.

Y así sin más, sin disculpa ni explicación, se marcha y me deja aquí, plantada en el sofá con mi cerveza a medio beber. No quiero dejarme llevar por mi mal genio. Martín me ha descolocado; como siempre, por otro lado.

Respiro hondo e intento ponerme en su lugar: es nuevo en el pueblo, en el trabajo, está sometido a mucho estrés, y a eso hay que añadir que es un hombre de lo más cabezón. Tengo que cambiar de estrategia, ser menos asertiva e intentar empatizar más con Martín. Necesito pensar.

Cuando necesito estar sola y meditar, suelo ir a pasear descalza por la orilla de la playa. El problema es que, aquí, la playa me pilla un poco lejos, y tampoco debo salir sola a pasear con un asesino suelto. La otra opción sería una ducha, pero alguien se me ha adelantado. No me queda más remedio que ponerme a cocinar. Al menos, aunque no consiga concentrarme en un nuevo plan, cuando vuelva Martín, tendremos algo que echarnos a la boca.

He comprado salmón y unas verduras. Decido preparar el salmón en papillote y las verduras a la plancha. Mientras el salmón está en el horno y voy cortando las verduras, tomo la decisión de olvidarme del asesinato de Juan Carlos, al menos, delante de Martín. Aunque esté convencida de que ese asesinato es la clave de todo lo demás.

—Noemí, ¿tienes yodo y apósitos?

La voz de Martín me sobresalta y a punto estoy de rebanarme un dedo con el cuchillo.

—¡Qué susto me has dado! No te he oído bajar. —Me doy la vuelta aún alterada.

En el quicio de la puerta, apoyado con un brazo en la jamba, está el hombre más sexy que he visto nunca. Martín, desnudo de cintura para arriba, con gotas de agua resbalando por su torso y los pantalones tejanos, con el botón superior desabrochado, colgando de sus estrechas caderas, me

observa relajado. No puedo evitar mordirme el labio; está para comérselo.

—Si me sigues mirando así, no respondo de mi reacción, y sería una pena que se quemara la cena..., huele muy bien —me dice con su sonrisa ladeada más seductora.

Vuelve a estar de buen humor y yo, también.

—La culpa es tuya por aparecer en la puerta de mi cocina igual que en un anuncio de colonia masculina —respondo, y lo señalo amenazante con el cuchillo.

—Bueno, no tenía mucho sentido vestirme para desnudarme enseguida, ¿no?

Lo contemplo sorprendida. Ha pasado de estar enfadado a modo seductor con tan solo una ducha. Tendré que tomar nota.

—Desnudarme... para curarme la herida —me aclara—. ¿Recuerdas el yodo y el apósito que te he pedido cuando he llegado?

—Sí, claro. —Mentira podrida. Ante la visión de su cuerpo medio desnudo me he olvidado de todo por completo—. Están en el armario del cuarto de baño. Si quieres, puedo ayudarte.

—Te lo agradezco —contesta, haciéndose a un lado para dejarme pasar.

—Un momento —le pido, y le enseño el cuchillo que todavía llevo en mi mano.

Aprovecho para apagar el horno. Nunca se sabe lo que puedo tardar en curarle la herida.

Subo las escaleras delante de él. Tengo los nervios a flor de piel. Lo deseo. Más si cabe que la noche anterior, pero también temo un nuevo rechazo por su parte. Con este hombre nunca estoy segura de nada. Entro en el cuarto de baño; el espejo del armario permanece cubierto por el vaho, la atmósfera es húmeda y caliente, como mis pensamientos. Abro el armario y empapo una gasa con yodo. Martín está a mi lado; le coloco la gasa sobre la herida del hombro y le provocho una leve sacudida.

—Perdona, he presionado demasiado fuerte. ¿Te duele? —pregunto, apartando la gasa de la herida y mirándolo a la cara.

—No te preocupes, solo tienes que tratarme con un poco más de mimo —contesta juguetón.

Me acerco un poco más; nuestros cuerpos apenas se rozan. Coloco mi mano izquierda en su torso desnudo mientras con la derecha aplico el yodo sobre la herida con pequeños toques. Intento concentrarme en su herida y no en el acero de sus músculos adivinándose bajo su piel. Él se acerca todavía más; ahora nuestros cuerpos están pegados. Oigo cómo inhala el aroma de mi cabello.

—A diferencia de ti, a mí me encanta cómo hueles —susurra, recordándose el día en que nos conocimos—. Me recuerda a un pastel que elaboraba mi madre cuando era pequeño y me había portado bien. Era delicioso, como tú.

Me levanta lentamente la barbilla para acceder con facilidad a mis labios. Los suyos me rozan como alas de mariposa, y esa suavidad, esa ternura me excita de manera increíble. Nuestros labios inician una danza, tocándose, lamiéndose, acariciándose e, incluso, mordiéndose con delicadeza. Mis manos palpan los músculos tersos y duros de su pecho; sus dedos me acarician, enredados en mi pelo. Toda la urgencia de ayer se ha tornado en un dulce comedimiento; sus labios dibujan senderos desde mi boca a mi garganta, se pasean por mis orejas para torturarme con dulces palabras y húmedos lametones. Mis manos se mueven en frenéticas caricias desde su hirsuto pecho a su plano abdomen.

—¡Bésame! —le suplico, con la respiración agitada por el deseo.

—Tus deseos son órdenes para mí —murmura antes de apoderarse por fin de mi boca en un beso profundo y sensual.

Sus manos, mientras tanto, se han adueñado de mis pechos y los tocan con avaricia por encima

de la ropa. Los alzo de manera inconsciente; hay demasiada tela entre su piel y la mía, necesito más, mucho más. Me aparto con dificultad de sus besos para deshacerme de todas las prendas que me impiden sentir mi piel contra su piel.

Él se aleja un poco; yo levanto la mirada y me encuentro con sus ojos, anhelantes, recorriendo mi cuerpo con ansia y con un punto de adoración que me deja sin habla.

—Eres preciosa.

Nadie me ha hecho sentir tan hermosa y tan deseada. Me despojo del resto de mi ropa lo más rápido posible, observada en todo momento por la escrutadora mirada de sus ardientes ojos.

—Creo que no estamos en igualdad de condiciones —declaro ya desnuda, observando los pantalones que todavía lo cubren.

—Quizá podrías ayudarme; ya sabes, por el hombro.

Sé que es una excusa, pero le sigo el juego y, despacio, me aproximo a él. Con cuidado, lo empujo contra la pared de azulejos, le desabrocho los botones de la bragueta y le quito lentamente los pantalones. Al terminar, su boca me besa con voracidad renovada. Me gira y me apoya la espalda contra la pared. Sin dejar de besarme separa mis piernas con su rodilla y oigo el sonido de un envoltorio desgarrándose. A continuación, me levanta una pierna con un brazo e introduce su miembro con una fuerte embestida. Sin dejar de mirarme a los ojos empieza a moverse con urgencia. Su necesidad alimenta mi deseo, sus ojos me hipnotizan y sus movimientos me embriagan de tal manera que pierdo la noción del tiempo y del espacio entre sus brazos.

—¡Dios mío! Eres tan maravillosa —me dice con voz ronca y sus ojos azules convertidos en dos pozos negros. Mi cuerpo es recorrido por miles y miles de corrientes eléctricas, justo antes de quedarme suspendida, durante unos maravillosos segundos, en un celestial clímax que me hace gritar de placer. Él me embiste fuerte una última vez antes de lanzar, a su vez, un grito gutural y salvaje.

Durante unos segundos ambos intentamos recobrar el aliento, el uno contra el otro, nuestras pieles absorbiendo la humedad ajena.

Martín se aparta un poco y mira con dulzura mis labios hinchados por sus besos.

—Me vuelves loco. Intento ser suave y que el momento dure, pero contigo no puedo... —dice con la voz entrecortada, acariciándome con suavidad los labios.

Me cuesta creer en sus palabras; tan solo hace dos días se comportaba de un modo insufrible y, ahora, me dice que no puede resistirse a mí.

—¿Crees que habrá quedado algo comestible en la cocina? Necesito reponer fuerzas.

—Tranquilo, te recuerdo que no hemos tardado tanto y, además, he sido una chica previsora y apagué el horno antes de subir contigo —replico con una amplia sonrisa.

—Entonces ya tenías pensado seducirme cuando entré en la cocina... —manifiesta con tono insinuante, mordiéndome con suavidad el labio inferior—. Quizá deberíamos posponer lo de la cena y darnos una ducha juntos, quiero probar a seducirte yo a ti esta vez.

Acabamos cenando mucho más tarde, en albornoz e increíblemente limpios. El agua parece haber eliminado no solo la suciedad de nuestros cuerpos: Martín se ha quitado de encima el rictus de seriedad, sonrío, gasta bromas, es cariñoso y no para de llamarme «ojos de gata». Mi lado profesional sabe que este comportamiento se debe, en exclusiva, al cóctel molotov de hormonas generadas en la última hora, pero no quiero analizarlo, solo quiero dejarme llevar y disfrutar del momento. Siempre he sido una ferviente seguidora del *carpe diem*; no pienso cambiar eso ahora.

Durante el resto de la noche, hablamos de nuestras vidas, dormitamos en el sofá delante del televisor y repetimos sexo maravilloso, al menos, en un par de ocasiones; la última vez, al alba,

antes de que él se marche, deje de ser Martín y vuelva de nuevo el odioso teniente de Castro.

Martín me da un largo beso antes de salir y prometerme regresar esta noche. Oigo su voz y la de Arturo en la entrada, y enseguida caigo en un profundo y reparador sueño.

Me levanto pasadas las doce, con fuerzas renovadas. Saludo a Arturo y me dirijo a la cocina. Casi no desayuno: a mí el sexo me da sed, no hambre.

Subo de nuevo a mi cuarto para seguir con mi tesis. Eso es lo que le digo a Arturo, en cambio, cierro la puerta de mi habitación y busco a Fermín entre mis contactos del móvil. Es hora de seguir con la investigación. Ni Elena ni Martín parecen dispuestos a ayudarme, de modo que continuaré yo sola.

CAPÍTULO 12

Elena

La calle nos recibe al brigada Lorenzo y a mí con una bofetada de calor. Es lo que tiene Valencia en verano: cuando el viento sopla de poniente no se puede estar al aire libre, ni siquiera a la sombra. Por eso odio venir a la ciudad. Por eso, y por respirar los gases nocivos y desagradables de los tubos de escape, y por tener que caminar sorteando a gente estresada con prisas por llegar a todas partes.

—Lorenzo, vamos a buscar el coche, aquí estamos perdiendo el tiempo.

Acabamos de salir de uno de los bufetes de abogados más prestigiosos de Valencia, muy cerca del mercado de Colón, en pleno barrio del Remei, una de las zonas más pijas de la ciudad. Como no podía ser de otra manera el bufete ocupa toda una planta en uno de los muchos edificios señoriales y modernistas tan típicos de este barrio. Hemos venido a interrogar a una de sus abogadas, ya que uno de nuestros sospechosos en el caso de Lucía, el hijo del preferentista y al parecer dueño de uno de los garitos más de moda de la zona de Cánovas, contrató sus servicios para demandar a la entidad para la que trabaja Ana. No esperaba conseguir nada relevante. La sorpresa nos la hemos llevado cuando la abogada nos ha informado de su reciente relación con el sospechoso, con quien se encontraba disfrutando de unos días de vacaciones a miles de kilómetros en el momento en que Lucía era asesinada. Otro callejón sin salida. Camino deprisa por la acera intentando respirar aquel aire abrasador, no quiero seguir aquí ni un minuto más de lo necesario.

—Elena, espera —me llama el brigada compungido—. Lo siento, tenemos que hacer una paradita antes de volver.

Me giro irritada, con el sudor corriendo por mi espalda.

—¿Y se puede saber qué paradita es esa? —Me temo lo peor: algún recadito de su parentela femenina.

El brigada está casado desde hace más de veinticinco años, es padre feliz de cuatro hijas y reciente abuelo de su primera nieta.

—Verás, Yolanda, mi hija mayor, acaba de darnos una preciosa nieta...

Lo que yo decía: recadito al canto aprovechando que el abuelo está en la capital.

—... y le ha pedido a su madre un modelito para bautizar a la pequeña...

—¿Y? —me impaciento.

—Pues da la casualidad de que ese modelito lo venden en exclusiva en una tienda, aquí muy cerca, en la calle Jorge Juan.

—Por amor de Dios, Lorenzo, ¿pretendes que vayamos ahora a comprar ropita de bebé? Estarás de broma.

—Vamos, cabo, si solo será un momentito. —Me mira zalamero—. No querrá que me presente en casa con las manos vacías. Se lo he prometido a mis mujeres y no puedo defraudarlas —añade con expresión lastimera.

Cometo el error de imaginarme al brigada llegando con las manos vacías a una casa llena de

féminas. La compasión hace mella en mí y cedo, eso sí, con la condición de no demorarnos mucho.

Aunque la tienda está realmente cerca de allí, me siento incómoda en este barrio con nuestro uniforme y nuestro aspecto de paletos. Si al menos estuviéramos en el barrio de Ruzafa, allí hay tal mezcla de gente que nadie nos miraría de arriba abajo como hacen aquí los transeúntes. Mi buena obra del día se ve recompensada al entrar en la tienda y encontrarme con el frío aire de la estepa siberiana, fielmente reproducido por un modelo de aire acondicionado de última generación.

Me quedo en la entrada mientras atienden a mi compañero con rapidez. Sigo estando incómoda y fuera de lugar vestida con mi uniforme y rodeada de tantas puntillas y lacitos, pero al menos he dejado de respirar el sofocante aire de poniente del exterior. Una pareja de mujeres jóvenes se dirige a la salida acompañada por una empleada muy diligente. Una de las mujeres se detiene a un metro de mí y me observa con atención.

—¡Elena! —exclama una voz conocida mientras se aproxima a mí.

—¿Doctora?

Susana, la guapa interna que nos cuidó a Marta y a mí, se acerca con una amplia sonrisa en su bello rostro. Parece diferente sin la bata blanca, de hecho, descubro que no solo tiene unos ojos preciosos, sino que los acompaña un cuerpo de infarto.

—Susana. Nada de doctora, ¿recuerdas? —me regaña con un gracioso mohín. Se lanza en picado a darme dos besos, dejándome cortada por lo inesperado de la acometida—. ¿Cómo estás?

—Biii-en —contesto, abrumada por su cercanía y su seductora fragancia.

En sus hechiceros ojos advierto una pequeña chispa de diversión. No sé qué es lo que encuentra tan gracioso cuando yo, a pesar del frío glacial, noto cómo empiezan a sudarme las palmas de las manos.

—Hola, soy Arancha.

Descubro que, al lado de Susana, hay otra mujer, esperando, con el brazo extendido, a que responda a su saludo.

—Hola, soy Elena —contesto, estrechando con fuerza su mano y luciendo la mejor sonrisa falsa de la que soy capaz.

—Tenía el día libre y Arancha me ha convencido para que la acompañara a comprar cosas para el bebé —comenta Susana.

—Yo estoy acompañando al brigada Lorenzo; acaba de ser abuelo —aclaro, mirando de soslayo la inexistente tripa de Arancha.

—Ahora íbamos a tomarnos un vermut en un bar aquí al lado, ¿quieres acompañarnos? —propone, muy amable, Arancha.

—Os lo agradezco, pero estoy de servicio. —Me señalo el uniforme.

—¡Qué pena!

Por suerte empieza a sonar un teléfono e interrumpe la incómoda conversación. Arancha saca el móvil del bolso.

—Es Bego —aclaro a Susana. Señala la pantalla del móvil y camina resuelta hacia la calle para contestar.

—Es la futura mamá —me explica Susana.

Yo la miro sin entender nada.

—La pareja de Arancha..., la mamá del futuro bebé —puntualiza ante mi falta de reflejos.

De pronto se hace la luz en mi cerebro.

—¿Quieres decir que Arancha y Bego son pareja y que van a tener un bebé?

—Sí, claro. No pensarías que el bebé lo íbamos a tener Arancha y yo, ¿no?

Susana rompe a reír al ver mi cara de circunstancias. Tiene una risa contagiosa y me hace reír a mí también.

—Un vermut, no, pero quizá podamos tomarnos un café —propongo interesada.

No he vuelto a hablar con Noe desde nuestra última discusión telefónica, y Marta sigue con sus padres en La Manga del Mar Menor; echo de menos una amiga con quien poder charlar.

Le comento los planes al brigada y salgo de la tienda. Fuera está Susana sola, sin rastro de su amiga.

—Arancha se ha tenido que marchar. Ha discutido con Bego; entre las hormonas del embarazo y este calor está más irritable de lo normal.

Me parece genial quedarme a solas con ella, el motivo es lo de menos.

—Es una pena —me lamento, en una de mis peores actuaciones.

Susana me mira escéptica antes de dirigirnos al mercado de Colon, ahora reconvertido en una zona de bares y restauración. Pasamos por debajo del arco ojival de la entrada y nos dirigimos hacia una de esas cafeterías franquiciadas que tanto abundan por toda la ciudad. Nos sentamos una frente a otra. La camarera nos atiende enseguida y pedimos dos cafés con hielo.

—Pareces preocupada —indica Susana, intuitiva, al alejarse la camarera.

—Es por el caso. Me siento como en un laberinto de espejos; por mucho que avances, al final te acabas encontrando con la misma pared. Tenemos un montón de sospechosos, pero ninguno nos lleva a ninguna parte. Hay varios delitos que parecen estar relacionados entre sí, pero ninguno de los posibles sospechosos puede, materialmente, haberlos realizados todos. Estoy atascada, no sé qué pista he de seguir —confieso justo antes de que llegue la camarera con los cafés.

—Sé a lo que te refieres. A veces también nos ocurre con el diagnóstico de algún paciente.

—¿Y cómo sueles solucionarlo?

—Consultando con alguien de confianza. Una segunda opinión siempre es buena.

Me quedo mirándola sorprendida; creo que ha dado en el clavo.

—Puede que tengas razón. Mañana por la mañana haré una visita para pedir una segunda opinión.

Por detrás de Susana veo cómo llega el brigada Lorenzo cargado con bolsas y cara de pocos amigos. En cambio, gracias al encuentro fortuito con Susana, mi humor ha mejorado bastante, así que decido invitarlo a tomar algo fresquito con nosotras.

Al día siguiente, por la mañana, me acerco hasta el huerto para ver a mi padre. Desde que se jubiló de la Guardia Civil se pasa todas las mañanas cuidando sus hortalizas, y las tardes, jugando al truc con los amigos en el bar. Mamá se queja de que lo ve menos ahora que cuando trabajaba, pero, en realidad, está encantada de no tenerlo todo el día rondando por casa, aburrido y molestándola.

Quiero hablar con él del caso. Siempre fue un gran profesional y mi mayor referente... De modo que ¿quién mejor para aconsejarme y darme esa segunda opinión de la que hablaba Susana?

—Buenos días, papá.

—Hola, hija, buenos días. Dichosos los ojos. No te he visto desde que te visitamos tu madre y yo en el hospital. —Levanta la vista de la tomatara que está atando.

—Sí, bueno, he andado un poco liada y no he podido pasar a veros —titubeo, insegura por su

reproche.

—Eso me han dicho. Anda, ya que estás aquí, échame una mano.

—Claro, ¿qué quieres que haga?

—Tú sujétame los lazos y me los vas dando cuando te los pida. Este año voy a tener la mejor cosecha de tomates de todo el pueblo. Ni la de tu tío Sisco podrá compararse.

¡Hombres! Siempre tienen que competir por quién tiene lo que sea más grande.

Conversamos animados mientras trabajamos: sobre su huerta, sobre mi madre y sus achaques, sobre mis hermanos y lo malcriados que están mis sobrinos..., de todo, menos de mi trabajo y de mi vida sentimental. Fue difícil para mis padres aceptar mi condición sexual, y aunque no lo entienden, siempre que sea discreta, solo desean mi felicidad.

—¡Ea!, pues ya tenemos las tomateras entutoradas. Tu madre me ha puesto una fiambrrera y tengo vino con gaseosa en la neverita, ¿te apetece?

—Claro, no estoy de servicio y me encanta la cocina de mamá. Incluso la echo de menos, sobre todo compartir el mojete —confieso con una sonrisa.

—Pues anda, vamos a la sombra del garrofero, que al sol no hay quién esté.

Nos sentamos en dos tocones, uno al lado del otro, saboreando en silencio el esgarraet con un poco de pan. Me encanta el gusto que le dan al bacalao los pimientos asados al horno de leña, con su ajito picado bien pequeño. Me deleito en su sabor con la mirada perdida y la mente en plena ebullición.

—¿Qué, piensas contarme lo que ronda esa cabecita tuya? —reclama mi padre rompiendo el silencio.

—Es el caso de Lucía, papá. Todas las líneas de investigación nos llevan a un callejón sin salida —le explico, dejando de comer para mirarlo desanimada.

—Pues no será por sospechosos... —replica con cierto retintín.

—El problema es que también tenemos unos cuantos delitos...

—Y a ti, ¿qué te dice tu instinto?

—¿Qué quieres decir?

—Todo buen investigador, a veces, debe dejarse llevar por lo le grita su corazón. Y tú eres de las mejores. Solo debes escuchar con atención. No tengas miedo, hija; si tienes un palpito, síguelo, no te defraudará.

Durante un instante me quedo pensativa. Tiene razón mi padre. Mi instinto desde un principio me ha indicado un camino muy diferente al que me conducían las pruebas.

—Mi corazón me grita que el inicio de todo esto empezó hace veinte años, con la muerte de Juan Carlos. Sé que tu participaste en ese caso.

—Así es, y todos, hija, en este pueblo nos hemos obsesionado un poco con ese caso; yo, el primero. Incluso me llevé una copia del expediente al jubilarme, imagínate...

—¡¿Qué?! —lo interrumpo agitada—. ¿Quieres decir que tienes una copia del expediente de Juan Carlos en tu poder?, ¿completa?

—Ya sé, ya sé, no debería haber sacado información confidencial fuera del cuartelillo, pero como era un caso sin visos de reabrirse y fue hace tanto tiempo, hija, no pensé que a nadie le importase —confiesa compungido.

En ese momento me acerco y lo sorprendo regalándole uno de mis escasos y sonoros besos.

—Papá, me acabas de alegrar el día —le digo para acabar de confundirlo.

Por supuesto, lo obligo inmediatamente a que deje su huerto y me entregue la copia. En cuanto la tengo en mis manos, la ojeo en busca de una página en concreto. Para mi entera satisfacción, no

tardo en encontrarla. La hoja con la declaración de la pareja de campistas, la que fue sustraída, o extraviada en el mejor de los casos, con posterioridad a la fecha en que se archivó la copia de mi padre. Vuelvo a besarlo emocionada y, sin darle más explicación, me llevo el expediente.

No puedo esperar a llegar al cuartelillo para examinarlo, así que, una vez en mi coche, leo la declaración. Es bastante escueta. En ella, Antonio López González, natural de Betanzos y de dieciocho años, y Amalia Fonseca Tejeiro, también natural de Betanzos y de dieciocho años, declaraban haber acampado junto al río Júcar, en la ladera norte, a unos cinco kilómetros; asimismo, negaban haberse acercado al pueblo o haber visto nada ni nadie merodeando cerca.

Mis esperanzas se desvanecen. En esa declaración no hay nada que valga la pena esconder o destruir; después de todo, es probable que solo haya sido un descuido. Aun así, me niego a desistir y decido dirigirme al cuartelillo para buscarlos y ponerme en contacto con ellos con el fin de interrogarlos de nuevo.

Introduzco el DNI del chico, Antonio López González. Enseguida obtengo respuesta, aunque no la que yo esperaba: en la base de datos aparece como fallecido. Mi corazonada no es más que otro muro en el laberinto. Tecleo el DNI de su pareja, Amalia Fonseca Tejeiro. En este caso, no me defrauda y obtengo enseguida sus datos: Amalia, nacida hace treinta y ocho años en Betanzos, donde todavía reside. No estoy muy segura de que trasladarme hasta allí para hablar con ella tenga mucho sentido; tal vez con una simple llamada sea suficiente.

Dudo de mi decisión. Mis ojos se detienen de nuevo en los datos del chaval. No se puede tener un nombre más común. Sé que es una estupidez, pero decido volver a teclear el número; tal vez me haya equivocado al hacerlo. Muy despacio y repasando cada uno de los números, pulso las teclas. El resultado es el mismo: Antonio López González falleció... Parpadeo incrédula por lo que acabo de detectar. El año del fallecimiento es 1958. El hombre al que yo estoy buscando ni siquiera había nacido en esa fecha. Siento la esperanza renacer de nuevo en mi interior. Está claro que el muchacho al que interrogaron y cuya declaración ha desaparecido no podía ser Antonio López González. Tengo que averiguar quién era en realidad y, sobre todo, por qué se ocultaba tras un DNI falso.

Parece que voy a cogerme un par de días libres; de pronto, me han entrado unas ganas locas de visitar Betanzos. Sé que debería informar de mi descubrimiento a mi superior, pero mi intuición me dicta no hacerlo. Y en esta ocasión, le haré caso.

CAPÍTULO 13

Noemí

Mi vida se ha vuelto rutinaria de una manera emocionante. Parece una incongruencia, pero no lo es. Todas las noches espero ilusionada la llegada de Martín. Primero tenemos sexo, increíble, breve y devastador, para dedicarnos después a preparar juntos la cena y hablar y reír como cualquier pareja normal y enamorada. Solo que no tengo nada claro que él esté enamorado de mí, y yo ni debo ni puedo estarlo de él. De modo que, en nuestra relación, exclusivamente nocturna, está permitido hablar de todo; de todo..., menos de nuestros sentimientos y del caso de Juan Carlos.

Por la mañana, cuando él se marcha, desaparece la emoción. Hasta que descubrí la manera de engañar al pobre Arturo, y, ahora, me permito pequeñas escapadas al exterior sin que él se entere.

En mi primera excursión me limité a tomarme un café en el bar de Toño, cerca de la consulta de Marta, en una de las esquinas de la plaza del Ayuntamiento. Visto el gran éxito obtenido, hoy me he atrevido a ir hasta casa de Amparo, la enfermera de Marta, para hablar con ella sobre su pastel envenenado.

—Noe, tú sabes que nunca os haría daño, no puedes creer que haya sido yo —me dice nada más abrir la puerta, sollozando consternada.

En sus manos estruja con nerviosismo un pañuelo de papel en bastante mal estado. Sus ojos, apenas dos ranuras enrojecidas, muestran sin lugar a duda las noches llorando sin dormir. Amparo es de las pocas personas que conozco con un corazón puro, incapaz de albergar maldad o malos sentimientos. Me siento tan conmovida al verla en esa tesitura que lo único que puedo hacer es abrazarla y llorar con ella. Una vez más calmadas las dos, y tras haberle reiterado mi fe ciega en su inocencia, me invita a tomar un café.

—Noe, cariño, perdona que no te pueda ofrecer nada más. Desde la detención no he podido ni acercarme a la cocina. Mi pobre Andrés ha tenido que cocinar para los dos.

—Amparo, no te preocupes, con un cafecito es suficiente. Y no debes darle tanta importancia. Todo el mundo sabe que tú no pusiste nada en el pastel de carne...

—Pues tendréis que decírselo al teniente ese de la Guardia Civil —me interrumpe, al borde de las lágrimas otra vez—, porque él no parece verlo tan claro —añade en un tono bastante más enfadado.

—Escucha, Amparo, anda, olvídate del café y siéntate aquí conmigo un momento.

Amparo se acerca obediente y se sienta a mi lado en el sofá del salón. Los tapetes de ganchillo que adornan el respaldo se ven mal dispuestos, y en la mesita de centro se advierten los cercos de vasos dejados con descuido. Es evidente cuanto le ha afectado la detención.

—Mira, Amparo, yo he venido a ayudarte. La única manera de que nadie, ni siquiera el teniente, dude de ti es encontrar al verdadero culpable, a la persona que puso el sedante en el pastel.

—Ojalá, Noe, ojalá. Ya no sé cuántas vueltas le he dado a todo lo que hice, a quién vi, a quién

no vi. Hay momentos en que creo que me voy a volver loca de tanto recordar —replica alterada, destrozando los escasos restos de pañuelo que aún quedan entre sus manos.

—Tú confías en mí, ¿verdad? —le pregunto en un tono calmado, colocando mis manos sobre las suyas para intentar tranquilizarla.

—Por supuesto, yo...

Le aprieto con suavidad las manos para obligarla a guardar silencio.

—Como sabes, soy psicóloga, y ahora juntas, tú y yo, nos vamos a relajar e intentaremos recordar aquel día sin ninguna presión, ¿de acuerdo? —le propongo con el mismo tono sereno.

Ella asiente sin mucho convencimiento. Yo tampoco estoy muy segura de que funcione teniendo en cuenta su estado, pero haré lo posible.

—Anda, tú tumbate en el sofá y cierra los ojos. Yo pondré una música relajante en mi iPhone y...

—Pero que no sea música de esas con ballenas o animales —puntualiza de súbito—, que me dan un poco de yuyu —añade avergonzada.

Yo me muerdo el labio para no sonreír ante su salida. Me levanto, para que ella pueda tumbarse en el sofá, y me siento en el sillón contiguo.

—Tranquila, solo es música clásica; además, yo voy a estar aquí contigo, en todo momento, indicándote lo que tienes que hacer, ¿de acuerdo?

Amparo asiente nerviosa. Sonríe y vuelvo a cubrir sus manos con la mía, en un nuevo intento de darle seguridad y sosegarla.

—Ahora vas a cerrar los ojos y te vas a imaginar en un lugar donde te gustaría estar, un lugar placido donde descansar... Tu respiración se va haciendo cada vez más lenta y más profunda... Inspira por la nariz y expulsa lentamente por la boca. Así, muy bien.

La dejo respirar poco a poco y aparto mi mano de las suyas, que no hacen nada para retenerla.

—Notas cómo tus pies te pesan..., te encuentras muy relajada... El sol calienta tu cuerpo y tu respiración es cada vez más lenta... Las piernas comienzan a pesarte también...

Con mi voz lenta y pausada, voy relajando cada uno de los miembros de su cuerpo; por fin, veo cómo su mandíbula afloja la tensión acumulada y su cabeza se ladea poco a poco hasta quedar laxa sobre el sofá. Ha llegado el momento de trasladarla al día en que intentaron secuestrar a la pequeña Claudia.

—Es domingo por la mañana, ¿dónde estás? —pregunto en el mismo tono bajo.

—Estoy en casa desayunando, tengo que darme prisa.

—¿Por qué esa prisa?

—Quiero ir a la primera misa para poder prepararle después un pastel de carne a Marta; le encanta cómo me sale.

Una amplia sonrisa se dibuja en su boca.

—Has ido a misa y ya tienes terminado el pastel, ¿qué haces ahora?

—Lo saco del horno. He preferido darle un toque de gratinado al queso, por si se lo quiere calentar directamente en el microondas...

Recuerdo que el pastel que comimos nosotras tenía queso rallado por encima, pero sin gratinar. Tomo nota mental y sigo escuchando la explicación de Amparo.

—... me abren la puerta la señora Rosalía y José, su marido. El señor José, tan cumplidor como siempre, se ocupa del pastel y lo lleva él mismo a la cocina. Hablo un momento con la señora Rosalía mientras espera a que regrese su marido. Se oyen voces en el salón. Es Irina, la mujer de Toño, el del bar. Seguro que le ha traído algún plato de su país; lástima que sea tan mala

cocinera.

—¿Hay alguien más con vosotras? —trato de evitar las desviaciones en el pensamiento de Amparo.

—Yo no veo a nadie más. Don José y la señora Rosalía se van enseguida y yo entro a saludar a Marta.

—¿Alguien más viene a verla durante tu visita?

—La Paqui y la Churra, que traen no sé qué ungüento milagroso para el bebé. Como si la niña de mi Marta necesitara los potingues y cremas de esas dos.

—¿Alguien más?

—Irina se despide y yo decido irme con ella antes de decir algo impropio al escuchar a ese par de atolondradas y pueblerinas.

Está claro que ni la Paqui ni la Churra son santo de devoción de Amparo. Opinión que comparte cualquiera que no crea en supercherías ni supersticiones.

—¿Te encuentras con alguien más cuando sales?

—Fuera aún están la señora Rosalía y don José; se han parado para hablar con Eulalia. La pobre se saca un dinerito haciendo faenas en las casas, y doña Rosalía le ha pedido que se pase por la suya cuando pueda. Eulalia se pone muy contenta; en cuanto acabe en casa de Marta, pasará por la suya...

De pronto, el rostro relajado de Amparo se contrae en una mueca de disgusto.

—¿Qué ocurre, Amparo?, ¿qué has visto?

—Es el nuevo teniente de la Guardia Civil, el que lleva el caso de Lucía.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal.

—Eulalia y Rosalía se ponen a hablar mal de él. No me parece justo, creo que todos debemos darle una oportunidad, y así lo digo...

Ahora Amparo parece triste.

—... mis opiniones no parecen ser bien recibidas y decido marcharme por donde he venido.

Tengo miedo de formular la siguiente pregunta. Y aún más miedo de la respuesta de Amparo.

—¿Qué hacía el teniente antes de irte?

—Llamaba a la puerta de casa de Marta.

Amparo sigue explicándome cómo había dejado a las dos mujeres criticando y, dado que en el resto del día no se volvió a acercar a casa de Marta, decido dar por finalizada la sesión. Amparo parece quedarse más tranquila; yo, por el contrario, me marchó con malestar en la boca del estómago, y eso que ni siquiera llegué a tomarme el cafecito.

Para rematar la jugada, al colarme de nuevo en casa, casi me descubre Arturo. Mi madre tiene el tino de llamarme justo cuando subo las escaleras. Disimulo lo mejor posible y hago creer a Arturo que bajaba con intención de buscarlo para salir a la calle.

—Es mi madre, Arturo. Contesto y luego, si eso, ya saldremos —le digo a la vez que saco el móvil de mi bolso, en mitad de la escalera, sin saber si subir o bajar.

Decido quedarme sentada aquí mismo.

—Hola, mamá.

—Hija, Noe, cuánto has tardado en contestar. Ya me estaba asustando.

—Lo siento, mamá, es que no encontraba el bolso —miento sin remordimiento alguno—. ¿Cómo estáis?

—Nosotros bien, hija, ¿y tú? Nos tienes muy preocupados. Tu padre hoy mismo quería irse para el pueblo y obligarte a regresar con él.

—Mamá, por favor, ni se os ocurra. No tenéis que preocuparos; estoy acompañada las veinticuatro horas por un agente y hace días que no ocurre nada.

Solo de pensar en volver a casa con mis padres me entran sudores fríos. Aunque los quiero mucho, ya hace unos cuantos años que vivo emancipada, sin nadie que controle mis movimientos, lo que ordeno, lo que como o las horas de sueño que duermo..., ni, por supuesto, con quién. Si tengo opción a decidir, prefiero vivir con la posibilidad de perder mi vida que con la de perder mi ansiada libertad.

—Mira que eres cabezona, hija, igualita que tu padre...

—Hablando de padres —tercio, buscando un cambio en la conversación—, hálbame un poco de los de Juan Carlos. Ellos no son de aquí ninguno de los dos, ¿no?

Sigo convencida de que la solución a todos los delitos sin resolver tiene su base en el pasado y, más en concreto, en la figura de Juan Carlos. Cuanto más sepa sobre él, más fácil será para mí formarme una idea del perfil de nuestro asesino y secuestrador. Al menos, eso creo yo.

—No. Vinieron..., si no me equivoco, cuando tu padre y yo ya vivíamos aquí en Valencia. Sí, seguro. Juan Carlos y tu hermano se llevaban apenas cuatro meses, y ella ya llegó bastante embarazada al pueblo. Al principio no fueron muy bien recibidos, según me dijo la iaia; además, eran muy reservados. Con Juan Carlos todo cambió. Un recién nacido siempre ablanda los corazones, hasta los de los más duros.

—Pues no lo entiendo, porque era un niño malcriado que no caía bien a nadie.

—Hija, ¿cómo dices esas cosas de un muerto, que en paz descanse? —No puedo evitar imaginármela santiguándose, con su expresión de estar a punto de darme una buena zurra—. Era hijo único y es normal que estuviera un poco malcriado, pero tu hermano siempre supo llevarlo. Bueno, por eso tu hermano está donde está; siempre ha tenido don de gentes. Menudo fichaje han hecho los de la multinacional alemana esa con tu hermano...

O la corto rápido o me tendré que tragar, otra vez, las excelencias de mi hermanito, don Perfecto.

—Pues por el pueblo corre un rumor sobre los padres de Juan Carlos, pero si la iaia no te lo ha contado...

Sé que mi madre no podría dejar de morder un anzuelo como ese. Si la señora Rosalía y don José tenían algún trapo sucio, no tardaría en enterarme.

—Si te refieres a lo de no estar casados, por supuesto que la iaia me lo contó. En todo caso, no sé por qué le dan tanta importancia; al fin y al cabo, se subsanó antes de bautizar a Juan Carlos.

—¿Estás segura de que se subsanó? —sigo yo, disimulando mi sorpresa.

—Por supuesto. Piensa que la iaia era la catequista de la parroquia y la encargada de recoger, junto con doña Paquita, las limosnas de las misas...

—¿Y?

—Pues que don Ezequiel, que era el párroco por aquel entonces, puso el grito en el cielo cuando los padres de Juan Carlos quisieron bautizarlo y descubrió que ellos no estaban casados. La iaia oyó cómo los reprendía y prácticamente los echaba de la iglesia con cajas destempladas. Al parecer, don José ya estaba casado y, además, tenía un hijo legítimo con la esposa. Pero la suerte o la desgracia, según se mire, quiso que esa pobre mujer muriera al poco tiempo y, así, ellos pudieron formalizar su situación y bautizar al pequeño.

—¿Y del otro hijo no se supo nada?

—La verdad es que no, solo sé que se llamaba José, como su padre. La iaia los oyó discutir por ese tema. Al parecer, don José quería llamar a Juan Carlos también José, como él, y la señora

Rosalía le dijo que no pensaba dejar que cada vez que llamara a su hijo se acordara del otro. ¿Y quién te ha contado todo esto? Pensaba que solo estaban enterados la iaia y el párroco.

Ahora es el momento justo de escabullirme.

—Supongo que se le escaparía a la iaia. Bueno, mamá, llaman a la puerta, te dejo. Dale besos al papá y al tete cuando llame. Adiós.

—Adiós, hija, adiós. Y llámame pronto...

Cuelgo sin contemplaciones. Las revelaciones de mi madre sobre un posible hermano de Juan Carlos me han dado un subidón de adrenalina. Está claro que don José y la señora Rosalía lo habían mantenido en secreto; yo misma he leído el informe del caso y en ningún momento aparecía el supuesto hermano. Es una nueva línea de investigación muy interesante. Lástima que lo único que se sepa de ese misterioso personaje sea su nombre: José López. No va a ser fácil dar con él. Tendré que intentar sonsacar algo de las únicas personas que pueden facilitármela: don José, su padre, y la señora Rosalía, la mujer que destruyó su familia. Ha pasado a ser, sin duda, el sospechoso número uno de mi lista.

Impulsiva, como siempre, voy en busca de Arturo para salir a la caza de respuestas. Ni siquiera compruebo si, por fin, Fermín me ha enviado sus notas sobre el caso de Juan Carlos por e-mail. Ya tendré tiempo para eso.

CAPÍTULO 14

Martín

Entro en mi despacho, cierro la puerta y lanzo mi gorra sobre la mesa. Estoy desesperado. He vuelto a interrogar a Ramón, el hijo del Mandíbulas. He intentado que confiese la verdad; sé que él no escribió la nota que apareció en el restaurante. Lo sé porque lo que decía en aquella maldita nota no lo sabe nadie en este pueblo. Tan solo una persona. Y esa no es Ramón.

Sin embargo, sigue empeinado en su primera declaración: no tener ni idea de ninguna nota dirigida a mí y en haber ido al bosque en plena noche a pegar cuatro tiros por diversión. Aunque no sepa nada de la maldita nota, cosa que empiezo a creer, alguien tuvo que informarle dónde estaría yo, puesto que me esperaba agazapado, como si del tiro al plato se tratara. Si no hubiera sido por Noemí, aquella noche no lo cuento.

Noemí. Ese es otro quebradero de cabeza. Cada noche intento no caer de nuevo en sus redes, y cada noche la encuentro esperándome con temor en la mirada, hasta que la llamo «ojos de gata» y me sonrío y yo..., yo, como un pelele, olvido todo pensamiento racional y caigo rendido a sus pies. Nunca, hasta ahora, ninguna mujer me ha hecho sentir tan indefenso y tan fuerte a la vez. El miedo a perder lo que tenemos me atenaza el corazón cada mañana, cuando la dejo saciada y adormilada en nuestra cama. ¿Cómo puedo parar toda esta locura sin que ella sepa la verdad? Esa es la pregunta que me hago cada día. Solo hay una manera de resolverlo y ha llegado el momento de hacerlo.

Cojo mi móvil y me siento en la esquina de la mesa mientras busco un número entre los contactos. Cuando por fin lo encuentro, aprieto la tecla de llamada y espero con los nervios a flor de piel.

—¿Arturo?

—Sí, teniente.

—¿Dónde estáis?

—A la puerta de la casa del señor José y su mujer, esperando a que nos abran. ¿Ocurre algo, teniente?

Aún no es demasiado tarde, pero tengo que actuar con rapidez.

—Sí. Te necesito aquí. Por fin hemos conseguido la orden para entrar y registrar la vivienda abandonada en el término de La Mojonera. Teniendo en cuenta nuestras sospechas sobre el cultivo ilegal de marihuana por una banda, quiero allí a todos los hombres disponibles.

—Ahora mismo salgo para el cuartel, teniente. En cuanto a la protegida, ¿cuáles son sus órdenes?

—Que se mantenga en la casa de la señora Gutiérrez hasta que pueda enviarle otro agente.

—Quiere decirle algo, teniente.

—No, agente, no tengo nada de qué hablar con la protegida.

Es evidente: Arturo sospecha del tipo de relación que mantenemos Noemí y yo. Si esperaba una confirmación de esta por mi parte, es que no me conoce en absoluto.

Cuelgo y me dirijo hacia el coche patrulla. Ya puedo conducir, aunque con alguna dificultad. Solo quedan en el cuartel unos cuantos agentes de guardia, y los que están fuera de servicio no sospecharán de mi intempestiva salida.

Tomo la dirección contraria al pueblo. A pesar de la urgencia por llegar, debo tomar precauciones. En cuanto puedo, tomo la dirección correcta hacia el pueblo. Espero que nadie me reconozca; en cualquier caso, no le darán más importancia, teniendo en cuenta que están habituados al ir y venir de coches patrulla del pueblo al cuartelillo y viceversa.

Aparco en una calle adyacente, desde donde logro distinguir con claridad la entrada posterior a la casa de los padres de Juan Carlos, la que da a la cocina. Espero llegar a tiempo. Compruebo que ningún vecino puede verme, me acerco y, con el mayor sigilo, entro en la casa.

Oigo las voces de la señora Rosalía y de Noemí hablando en el salón y me aproximo con cautela. La señora Rosalía permanece de espaldas a mí, en cambio Noemí está situada de lado y un poco más alejada; contempla ensimismada unas fotos en la repisa de la chimenea. De pronto, su rostro, hasta ese momento sereno, sufre una transformación. Pasa del desconcierto a la sorpresa y, entonces, balbucea un sonido extraño; se lleva la mano a la boca y su tez se vuelve cenicienta. He llegado tarde. Aunque quizá aún esté a tiempo de enmendarlo. El hecho de que en este momento la señora Rosalía salga del salón es, sin duda, una señal.

CAPÍTULO 15

Noemí

Llamo al timbre. Me suena extraño. Nunca había llamado al timbre en casa de la señora Rosalía; siempre está la puerta abierta. Hoy he tenido que hacerlo. No sería de buena educación colarse en su casa acompañada por un guardia civil uniformado y armado.

No he conseguido separarme de Arturo. Después de la pillada por culpa de mi madre, no me ha dejado ni a sol ni a sombra, y por mucho que he insistido en la inutilidad de su presencia en casa de don José y la señora Rosalía..., no ha habido manera.

El móvil de Arturo suena mientras esperamos. Es Martín. Arturo frunce el ceño, contrariado por lo que escucha. Oigo pasos al otro lado de la puerta.

—Hola, Noe, cariño, qué alegría verte. Pasa, pasa. ¡Oh, veo que vienes acompañada! — exclama la señora Rosalía, incómoda por la presencia de Arturo.

—No se preocupe por mí, señora, solo he venido a acompañar a la señorita Gálvez.

Me giro, sorprendida por sus palabras. No es lo que habíamos hablado. Está claro que las órdenes que ha recibido por el móvil lo han obligado a cambiar de planes.

—Noemí —me llama Arturo en voz baja, apartándose con su brazo de la entrada—, tengo que irme. El teniente me ha dicho que no te muevas de aquí hasta que alguien venga a sustituirme.

—Vale, vete tranquilo —respondo, contenta por el giro de los acontecimientos.

—Noemí, lo digo en serio, no te muevas de aquí.

Está claro que mi cara refleja como en un espejo mis pensamientos. Me fuerzo a ponerme seria y le prometo obedecer sus indicaciones. Nos despedimos de él y entramos en casa sonrientes las dos.

—Anda, vente conmigo a la cocina y te pongo un vasito de leche merengada, que me ha salido riquísima.

Es lo bueno que tiene ir de visita en los pueblos: todo es casero y todas las amas de casa son cocineras y reposteras consumadas, guiadas por una tradición transmitida de generación en generación.

Me siento, obediente, a la mesa de la amplia cocina. La observo trajinar por la estancia e intento averiguar cuál puede ser la mejor manera de abordar un tema tan delicado como el que me ha llevado a su casa.

—Señora Rosalía, ¿cómo conoció usted a su marido?

Ella se para en medio de la cocina, sorprendida por mi pregunta. Enseguida sus ojos parecen nublarse por la nostalgia, y una hermosa sonrisa se dibuja en su boca.

—A pesar del tiempo que hace, lo recuerdo como si fuera ayer —dice con voz soñadora, y se acerca a la mesa para sentarse junto a mí—. Yo había ido a recoger a una sobrinita al colegio y él había ido a recoger a... alguien también.

Por la cara que ha puesto, sé que se refiere al otro hijo de don José, al misterioso José López.

—Mi sobrina tropezó con él y todos sus libros se desparramaron por el suelo. Los dos nos

agachamos para recogerlos y, por un momento, nuestras manos se tocaron. Te parecerá una tontería de vieja romántica, pero los dos sentimos una corriente extraña. Nos miramos durante unos segundos; era el hombre más atractivo del mundo, con aquellos penetrantes ojos azules y, bueno..., yo tampoco estaba nada mal.

Se echa a reír como una jovencita coqueta y, por un instante, yo también puedo ver a esa joven cautivadora de la que aquel atractivo hombre se enamoró hasta el punto de abandonar a su mujer y a su hijo por ella.

—Ya sé, ya sé, te parece increíble que los dos fuéramos jóvenes y guapos, pero tengo pruebas; luego te enseñaré fotos y verás como no digo mentiras. —Sonríe persuasiva.

Vuelve a levantarse y termina de servirnos la leche merengada con unos fartons caseros, de una receta que le pasó hace tiempo mi iaia.

Todo está delicioso y las dos permanecemos absortas deleitándonos en los manjares, o tal vez estemos demasiado absortas cada una en nuestros pensamientos para mantener una conversación coherente. Ella, envuelta en las brumas del pasado, y yo, buscando la manera de saber más sobre ese pasado oculto.

—Siendo tan guapa, debió de tener más de un pretendiente. ¿No se ponía celoso el señor José?

—Alguno había, sí. Nada serio, por otra parte; yo era muy joven todavía. No creo que José llegara a estar celoso de ninguno, se sentía demasiado seguro de mi amor.

—¿Y usted no era celosa?

Dejo el vaso en la mesa por miedo a que los nervios me traicionen. La sonrisa, que ha permanecido en su boca durante toda nuestra conversación, se hiela en sus labios; sus ojos reflejan un fulgor amargo que se extingue con rapidez.

—A veces el amor se encuentra con algunos obstáculos difíciles de superar —dice para sí misma, con la mirada perdida de nuevo en los recuerdos y la voz teñida de tristeza.

No quiero hacerle daño ni traerle a la memoria recuerdos dolorosos, de modo que decido cambiar de táctica.

—¿No iba a enseñarme unas fotos?

—Sí, claro. Déjame que limpie la mesa y te las enseñe; están en el salón —repite, sonriéndome otra vez, aunque con una sonrisa triste que no logra del todo llegar a sus ojos, perdidos en otro lugar y otra época.

La ayudo a recoger la merienda y después, en silencio, me conduce hasta la gran chimenea que preside el salón. Sobre su repisa se apiñan multitud de fotografías, como si de un altar a los recuerdos se tratara.

La mayoría de las fotos son de Juan Carlos, y en casi todas aparece como único protagonista. Me entristece ver esas fotos, que podían haber sido las mías, las de mi hermano o las de cualquiera de nuestros amigos.

—Mira, esta es de cuando nos conocimos. Había fiestas en el pueblo de al lado y un fotógrafo ambulante nos la sacó. No dirás que no parecemos unos artistas de cine, de guapos que estamos — señala con voz engolada por la emoción.

Al acercarme a mirarlas, ella se aparta un poco. Quizá prefiera no seguir viéndolas o tal vez necesite el espacio necesario para recuperarse de la turbación.

Ratifico con mis palabras lo guapísimos y jóvenes que están en la foto, sobre todo la señora Rosalía. Me fijo en la imagen de al lado: es un primer plano, en blanco y negro, de un señor José de unos treinta y tantos años; no se distingue el azul intenso de sus ojos, aunque sí una hermosa sonrisa de medio lado iluminando su rostro. Nunca he visto al señor José sonreír, quizá cuando yo

era pequeña y aún no habían perdido a Juan Carlos... Sin embargo, estoy segura de ver su sonrisa por primera vez, y aun así..., algo en ella, en ese rostro, me es familiar. De pronto, acude a mi memoria un flashback de ese mismo rostro junto a mí, sobre la almohada de mi cama. Una exclamación de sorpresa se escapa de mis labios. No puedo admitir lo que mi subconsciente me está diciendo. Cierro los ojos y trago saliva, intentando calmar el malestar que me asalta por momentos.

—Noe, cariño, ahora vuelvo. Creo que José está intentando abrir la puerta; siempre se atasca, pero nunca se decide a arreglarla.

Me limito a asentir con un leve movimiento de cabeza. Temerosa, vuelvo a fijar la mirada en la foto del señor José. Ahora lo veo con claridad: si sabes dónde mirar, el parecido resulta asombroso.

Acabo de descubrir, por casualidad, la verdadera identidad del primer hijo del señor José, el hermanastro de Juan Carlos y mi principal sospechoso. Solo que soy incapaz de asimilar la verdad.

Un leve crujido a mi espalda llama mi atención. El sonido parece provenir de la cocina.

CAPÍTULO 16

Elena

Salgo de casa de Amalia Fonseca en Betanzos y me dirijo a mi coche alterada. No es que me haya sorprendido lo que acaba de revelarme, tan solo esperaba estar equivocada.

Ha reconocido estar al tanto de la falsedad del documento identificativo de su acompañante en aquella acampada de hace veinte años, y también ha confesado no haber declarado ese hecho por miedo a las posibles represalias del abuelo del muchacho, militar retirado. Según ella, el joven era menor de edad, tenía problemas con su abuelo, que también era su tutor, y ellos dos habían emprendido aquel viaje en contra de la voluntad de este, para que el joven pudiera conocer a su hermanastro y ver de nuevo a su padre.

Me ha informado del verdadero nombre del muchacho, José Martín López de Castro. También me ha enseñado la foto de un chico desgarbado, rubio y con unos pequeños ojos de intenso color azul, que miraban a la cámara con desafío e ira contenida. La foto ha confirmado lo que ya sabía: el muchacho del DNI falso no era otro que el teniente de Castro, mi jefe.

Está claro que, por razones que aún desconozco, eliminó uno de sus dos nombres y se intercambió los apellidos. Ambos cambios son legales y cualquier persona puede hacerlos, solo que quizá sus razones no sean tan limpias y claras.

Ya sentada al volante, me suena el teléfono. Miro la pantalla y me sorprende ver que es mi padre quien llama. Y eso me preocupa. Él nunca me llamaría si no fuera una urgencia.

—Papá, ¿qué ha pasado?, ¿es mamá?

—No, hija, nosotros estamos bien...

—¿Entonces quién...?

Antes incluso de terminar la pregunta sé quién es la causante de la llamada.

—... es Noe, ¿verdad, papá?

Llevaba demasiados días sin meterse en ningún lío, y aunque debería estar enfadada, en realidad, tengo un nudo enorme en el estómago.

—Sí, hija. El teniente de Castro y ella han desaparecido.

Las palabras de mi padre parecen provocar un cortocircuito en mi mente, y una trampilla se abre bajo mis pies.

—Hija, ¿me has escuchado?

—Sí, sí, es solo que... no lo entiendo, papá. ¿Los han secuestrado, se han escapado juntos, qué...? —pregunto, afectada por sus palabras e incapaz de pensar con claridad.

—Solo puedo decirte que Noe fue a casa del señor José y su mujer. Arturo la dejó allí y se marchó, siguiendo órdenes de su teniente.

—¿Qué?

—Elena, hija, déjame acabar. La señora Rosalía y ella estuvieron charlando y, en un momento dado, dejó a Noe sola en el salón al oír llegar a su marido. Cuando los dos volvieron a entrar, esta había desaparecido sin dejar rastro. Informaron a la Guardia Civil, y fue entonces cuando

descubrieron que el teniente tampoco daba señales de vida y que, casualmente, su coche patrulla estaba aparcado en una calle cercana a la casa del señor José.

Durante unos segundos los dos permanecemos en silencio; no soy capaz de digerir toda la información recibida y él lo sabe.

—Papá, tengo que hablar con la persona que esté llevando la investigación. Tengo nuevos datos que podrían darle un giro.

—¿Qué tipo de información, Elena? —pregunta suspicaz.

—El teniente podría estar involucrado en el caso desde el principio. Si Noe descubrió algo, tal vez...

Solo pensar en ello hace que sienta un puño apretando fuertemente mis entrañas. Me doy cuenta de que he dejado incluso de respirar. Intento coger aire por la boca para llenar los pulmones y me oigo a mí misma hiperventilando. Nunca he sufrido ninguno, pero creo que estoy teniendo un ataque de pánico mientras mi padre aguarda al otro lado del teléfono, impotente.

—¡Elena! Escucha, hija, no te dejes llevar por el pánico. Ahora no, tu amiga te necesita. ¿Me estás oyendo, hija? ¡Elena, háblame!

Sé que tiene razón. Me obligo a realizar respiraciones más profundas y largas, y poco a poco mis ojos dejan de ver puntitos negros y mis oídos dejan de pitar. He estado a punto de desmayarme como una estúpida.

—Elena, cariño, contéstame —suplica mi padre por teléfono con voz angustiada.

—Papá, perdona, no quería asustarte. Ya estoy bien. Ahora mismo hablo con el comandante Grau de todo esto y en unas horas estoy allí —respondo, decidida y dueña de mí misma otra vez. En este momento no puedo dejarme llevar por la debilidad, debo ser una profesional y olvidarme de mis sentimientos.

No logro dormir en el avión; he tomado demasiado café y la adrenalina recorre mi cuerpo como un Fórmula 1 sin control.

En cuanto aterrizo en el aeropuerto de Valencia, llamo al brigada Lorenzo para que me informe de las novedades. Por suerte, no hay ninguna, ni buena ni mala. Han instalado controles en todas las vías de escape. No creo que hayan tenido tiempo de huir.

Después de poner al corriente a mi superior sobre los nuevos datos, han tomado en consideración la posibilidad de que el teniente Martín haya secuestrado a Noe; aunque también barajan la posibilidad de que, dada su actual relación sentimental, se hayan dado a la fuga juntos. No sé cuál de las dos me preocupa más.

Tengo mi coche en el aparcamiento del aeropuerto. Aún me queda al menos una hora de carretera hasta llegar al pueblo, y sigue haciendo un calor de mil demonios. La vuelta desde Galicia se está convirtiendo en el viaje más largo de mi vida.

Mientras conduzco, pienso en Noe. Estoy segura de que no ha dejado de investigar y, conociendo al teniente Martín y su opinión sobre las personas que se entrometen en las investigaciones, lo habrá hecho a sus espaldas. Creo que mi primera parada será la casa de Noe; tengo que averiguar qué pasos ha estado dando estos días sin mí.

Cuando por fin llego, es casi medianoche. No hay ninguna luz en el interior, lo que me hace pensar que está vacía. Si mis compañeros han realizado un registro, ya se han ido. No es problema; tengo una copia de su llave, que siempre llevo encima. No puedo evitar pensar que tal

vez sea cierto que tengo una obsesión con Noe, pero, por otro lado, mira lo que ocurre en cuanto la dejo un par de días sola. No quiero que mis pensamientos tomen de nuevo ese derrotero, así que me dirijo a la puerta y la abro sin problemas.

La casa está extrañamente silenciosa. Subo los escalones de dos en dos y entro en su habitación, donde también se ubica su despacho. Analizo su armario y sé que ella no se ha ido voluntariamente. Sí, es impulsiva, pero no se habría marchado sin coger ni una sola prenda. Me siento a su mesa y enciendo el ordenador. Sé que tiene la clave apuntada en un papel dentro de la funda de su portátil, de modo que no encuentro obstáculos para acceder.

En sus últimas búsquedas no hay nada interesante, tan solo recetas culinarias y compras de libros y ropa por internet. Alguien que tiene pensado fugarse con su amante delincuente no compra por internet cosas que no va a poder recoger. Además, no tiene sentido: Martín no sabía que yo andaba tras su pista, no tenía razones para sospechar que alguien hubiera descubierto su implicación en el caso de Juan Carlos, a no ser la misma Noe.

Entro en su correo. Por suerte, Noe es tan inocente que fardó delante de Marta y de mí sobre la seguridad de su contraseña: el nombre del chico que la desvirgó y el año en que lo hizo. Son datos que una chica no puede olvidar..., como tampoco la amiga enamorada de ella desde la adolescencia.

Hoy no ha entrado en su correo. Tampoco hay nada interesante: promociones de librerías, tiendas de lencería y... ¿un correo de su ex, el profesor? Más por curiosidad que por otra cosa, leo el asunto: Informe sobre el caso de homicidio de Juan Carlos López Gutiérrez. Creo que este correo sí puede ser interesante.

Fermín empieza disculpándose por la tardanza y deseando que Noe se encuentre bien después de su ruptura. Siempre supe que este hombre era un cretino ególatra integral, está claro que no me equivocaba. A continuación, adjunta un archivo que abro inmediatamente. Son unas hojas escaneadas, mecanografiadas y algo amarillentas. Son, sin lugar a duda, un informe del caso de Juan Carlos redactado por él hace veinte años. Cómo supo Noe esto, lo ignoro. Empiezo a leerlo. Según el profesor, la muerte de Juan Carlos fue un error o una chapuza por parte del asesino o asesinos, ya que no descarta —e incluso apuesta por ello—, la autoría de más de una persona. También desecha la teoría de un desconocido, ya que la desaparición de las cuerdas y del objeto introducido a la fuerza en su boca, causante de la asfixia, demuestra, para él, la innegable posibilidad de identificar al culpable o los culpables. Por lo tanto, no da tampoco ninguna credibilidad al testimonio del padre de Jorge sobre la existencia de un vehículo sospechoso, que nadie más en el pueblo vio.

Paro de leer. Todo lo que estoy descubriendo me deja perpleja. Necesito recapacitar. Para mí, ninguna de sus deducciones tiene validez. Si el asesino es el teniente de Castro, tal y como yo creo, el perfil establecido por el profesor es una mera especulación de un seudocientífico. Sigo leyendo, convencida de que esta información no ha tenido nada que ver con la desaparición de Noe, pero decidida a ser concienzuda con cualquier posible pista. A continuación, el informe examina todos los testimonios, incluidos los de mis amigos de la pandilla. Lo que leo a continuación me deja estupefacta. Siguiendo las técnicas de SRA (supongo que otras seudocientíficas de pacotilla), observa falta de consistencia en sus testimonios y, teniendo en cuenta la conducta y la actitud no verbal de los tres niños (Jorge, Ana y Marta), declara la escasa veracidad o la posible manipulación de estos, especialmente en el caso de la más pequeña, Marta, de ocho años.

Este hombre es más idiota de lo que yo pensaba. Por supuesto que, siendo unos niños, su

comportamiento y lenguaje se vieron afectados; todos en el pueblo estábamos traumatizados e impresionados. Dejo de leer, ahora sí, convencida de la inutilidad del informe para encontrar una pista que me lleve hasta Noe.

Apago el ordenador e intento pensar en cuál puede ser el siguiente paso cuando recibo un WhatsApp. En la pantalla del móvil leo la hora, ya son las 00:45. Mi cuerpo va a mil gracias a la cafeína ingerida en cantidades industriales, pero mi cerebro empieza a negarse a funcionar al mismo ritmo. El mensaje es de Marta; la niña ha estado con cólico y por fin se ha dormido. Me pregunta por Noe. Le contesto con un escueto: «Llámame». Antes de alcanzar la escalera, suena el móvil. Respondo enseguida y me siento en el escalón superior, presa de una súbita debilidad. El cansancio acumulado empieza a pasarme factura.

—Elena, ¿qué sabes?

No hay espacio para los saludos cordiales o un mínimo de educación. Viniendo de Marta, es un claro indicativo de lo preocupada que está.

—No se sabe nada más por ahora.

—No entiendo nada, la gente ha empezado a incriminar al teniente en todo lo ocurrido. No me lo puedo creer; él siempre ha sido muy amable conmigo y con Claudia.

No sé si ya se han producido filtraciones o si es una mera especulación por parte de las cotillas de pueblo. Lo mejor es no dar pie a más rumores.

—Marta, ya sabes que no puedo hablar de los casos.

—Lo sé. Es solo que... ¿Tú crees que está...?

Solo de pensarlo, noto un puño imaginario de acero apretando fuerte mi corazón.

—No..., ella está bien, tiene que estar bien.

—¿Y si se han fugado juntos? Ya sabes lo impulsiva que es Noe.

—Estoy en su casa y no se ha llevado nada.

—¿Has mirado su correo? Quizá haya alguna pista.

—Ya lo he hecho; tan solo había un correo de su ex explicando tonterías.

El miedo y la incertidumbre dejan paso al enojo al pensar en los comentarios sobre mis amigos.

—¿Qué tonterías?

Suspiro de puro agotamiento y me deslizo por el suelo hasta apoyar mi espalda contra la pared, dispuesta a explicárselo todo.

—Bueno, algo de cierto sí hay en todo ello —responde Marta, para mi sorpresa, tras escucharme con atención.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto escamada.

—Pues que yo sí que dije alguna que otra mentirijilla inocente.

—¿Como por ejemplo...?

—Bueno, en realidad Juan Carlos no se enfadó por el motivo que declaramos, sino porque Jorge y Ana estaban fumando y se largó para chivarse.

—Vale, pero eso no afecta en nada a la investigación, es solo una mentira piadosa... ¿O hay algo más?

—El caso es que no permanecemos juntos todo el tiempo, como afirmamos cuando nos interrogaron. Jorge y Ana persiguieron a Juan Carlos con las bicis por el monte, y me dejaron a mí sola esperando su regreso.

Tardo poco más de un segundo en asimilar los nuevos datos y en darme cuenta de la gran importancia de esta nueva versión de lo sucedido.

—Marta, esto lo cambia todo, quizá ellos vieron al asesino de Juan Carlos. ¿Por qué no dijisteis nada? —pregunto alterada y enfadada, incapaz de controlar mis sentimientos.

—No, no, ellos no vieron nada. Yo, cansada de esperar y asustada de estar sola allí, en medio del bosque, cogí la bici de regreso. A mitad de camino, más o menos, nos encontramos y ambos me echaron la bulla por no haberlos esperado. Me contaron que no habían logrado alcanzar a Juan Carlos y que era mejor para todos cambiar un poco la versión de lo ocurrido, negando lo de estar fumando y afirmando haber permanecido los tres juntos todo el tiempo. Si los tres nos poníamos de acuerdo en contra de Juan Carlos, quizá los mayores no nos regañarían.

—¿Cuánto tiempo permaneciste esperándolos?

—No lo sé, Elena, hace mucho tiempo de aquello. A mí me pareció mucho, pero eso no quiere decir nada; era pequeña y estaba muy asustada.

No me convencen en absoluto sus argumentos. El camino era mucho más largo que ir campo a través y, sumado al tiempo de espera, daba demasiado margen de error para mi gusto. Me siento como un sabueso: he olido algo extraño y no descansaré hasta encontrar la solución. Por el contrario, estoy convencida de la sinceridad de Marta, que había mentido de manera inocente influenciada por los dos amigos más mayores.

—Tienes razón, Marta, estoy cansada y veo fantasmas en todas las esquinas. No te preocupes, anda, vete a dormir antes de que la peque vuelva a reclamarte.

—De acuerdo, pero llámame en cuanto sepas algo —me reconviene antes de colgar.

Yo también acabo de mentir. Una mentira piadosa como la suya de hace veinte años. Me levanto del suelo y consulto de nuevo la hora en la pantalla del móvil. La llamada ha durado menos de diez minutos. Estoy agotada, y no es la hora más indicada para ir a interrogar a una amiga. No obstante, es exactamente lo que pienso hacer sin demora. No tengo ninguna otra pista que seguir y Noe está en peligro. El cansancio y la hora intempestiva no son relevantes.

CAPÍTULO 17

Martín

Siento un dolor lacerante en un lado de la cabeza. Por un instante no recuerdo dónde estoy ni qué ha pasado. Intento moverme. Es imposible: tengo los pies y las manos atadas. Los recuerdos vuelven a mí en tromba.

Fui a casa de José López, mi padre, para terminar lo que empecé hace veinte años. Quiero que Noemí esté presente, así conocerá al verdadero Martín.

La primera vez que vi a mi padre, cuando fui hasta su casa con la excusa de hablarles del caso de su otro hijo, pensé que no me había reconocido; hasta que me entregaron su nota en el restaurante, citándome en el bosque, y supe de mi error. No fue el único: acudir a la cita también lo fue. No desenmascararlo en aquel momento fue el siguiente. Si lo hubiera hecho, ahora no estaría amordazado y atado de pies y manos Dios sabe dónde.

Percibo un ruido a mi lado. Me quedo quieto y dejo de respirar para poder escuchar en absoluto silencio. No tardo en oír una respiración lenta y acompasada a escasos centímetros de mí. Tiene que ser Noemí.

No emite más sonido que su propia respiración. Quizá esté herida, aunque, por el tipo de respiración, parece solo profundamente dormida. Intento estirar las piernas y descubro que tanto mis pies como mi cabeza chocan contra una pared; casi no he podido estirarme, por lo que, teniendo en cuenta mi altura, este lugar no debe de medir más de un metro cincuenta de ancho. Repto como puedo hacia donde oigo la respiración. No tardo nada en toparme con su cuerpo tumbado. Intento zarandearla, empujándola con el mío, y enseguida obtengo un gruñido como respuesta. Nunca un ruido tan desagradable me había sonado tan maravilloso.

Con eso me conformo de momento. Si está en las mismas circunstancias que yo, herida o no, no puede decirme nada más.

Tanto movimiento solo consigue aumentar sobremanera el dolor en mi sien. Está claro que me han dado un buen golpe en la cabeza.

Mi último recuerdo consiste en observar, desde la cocina de los padres de Juan Carlos, a Noemí examinando perpleja una foto en la repisa de la chimenea del salón. Alguien debió de sorprenderme por detrás y me atizó de lo lindo. Solo pudo ser él, mi padre, en un nuevo intento por desembarazarse de mí.

Intenté por todos los medios que el hijo del Mandíbulas lo incriminara por la nota, pero no lo hizo, y mientras tanto, casi secuestra a otra niña. Cada vez que pienso en cómo se presentó ante todos con la pequeña Claudia en brazos, como su salvador, la rabia me inunda. Fui un estúpido, pensando en todo momento la manera de encontrar una justificación para sus actos sin hallarla. Porque es un loco, un maldito loco que disfruta matando.

Frunzo el ceño al darme cuenta de que, si hubiera querido matarme, ya estaría muerto. De momento tanto Noemí como yo seguimos con vida.

Trato de calmarme y centrar mis pensamientos en lo que me rodea. Hace frío a pesar de estar

en verano; eso me hace pensar en una cueva, aunque el ambiente no es en absoluto húmedo, y el hecho de estar amordazados me hace sospechar que no nos encontramos en ningún paraje dejado de la mano de Dios, sino en un lugar desde el que nuestros posibles gritos de ayuda podrían ser oídos. Ese pensamiento y la increíble circunstancia de que ambos permanezcamos aún con vida me hace albergar la esperanza de salir con bien de esta.

Ante mis ojos se va perfilando la silueta de un cuerpo tumbado junto a mí. Giro la cabeza con dificultad hacia el lado contrario y descubro un pequeño ventanuco, de apenas un palmo de alto por dos de ancho, cubierto con una malla densa y a la misma altura que el suelo de nuestra prisión.

Debe de estar amaneciendo, y aunque los rayos del sol no inciden de forma directa en el ventanuco, me permiten ver en la penumbra cómo es nuestro encierro: junto al cuerpo de Noemí, ascienden dos escalones que llevan a dos puertas de madera con un respiradero en la parte superior. La altura del habitáculo una vez abajo permitiría a una persona no demasiado alta permanecer de pie, en cambio las puertas de madera más bien tienen el tamaño de unas contraventanas altas; las paredes son de piedra y el suelo parece excavado directamente en el suelo. No tengo ni la menor idea de qué clase de zulo o habitación es esta, y mucho menos dónde diablos nos han encerrado.

Aun con las manos atadas, intento registrarme en busca de algo con lo que cortar las ligaduras. Es entonces cuando me percató de que me han sustraído mi arma reglamentaria. Al menos no la han utilizado contra nosotros... todavía.

Me acerco a Noemí; está boca arriba. Creo que podré desatarla, y si consigo que recupere la consciencia, tal vez pueda desatarme ella a mí.

Haciendo caso omiso del doloroso martilleo en mi cabeza, consigo sentarme junto al cuerpo de Noemí. Me inclino sobre ella y hago lo posible por aflojar las ligaduras. La cuerda no es muy gruesa y poco a poco voy soltando el doble nudo con el que está atada.

Cuando por fin creo estar a punto de conseguirlo, ella parece despertar de su letargo. Asustada al verse maniatada, amordazada y con alguien inclinado sobre ella en la penumbra de un lugar desconocido, empieza a retorcerse como una culebra, produciendo ruidos incoherentes bajo la mordaza, en un vano intento por pedir auxilio.

Trato, en balde, de calmarla, pero tan solo recibo golpes a diestro y siniestro. En mitad de la contienda, percibo una luz por el rabillo del ojo. Utilizo mis manos amarradas, más grandes y fuertes, para sujetar las suyas. La luz viene del respiradero que hay sobre las puertas de madera; a continuación, una sombra parece recortarse detrás. Miro desesperado a Noemí, que ha redoblado sus esfuerzos por liberarse, y un sudor frío me recorre la espina dorsal. Vienen a por nosotros... y no puedo hacer nada.

No es la primera vez que me enfrento cara a cara con la muerte, pero sí la primera vez que siento verdadero miedo. No quiero morir, ahora no, y, sobre todo, no puedo soportar perder, de nuevo, a la única persona en el mundo que me importa.

Las puertas se abren de par en par, iluminando por completo la estancia. Noemí, sorprendida, deja de luchar y dirige su mirada hacia la cegadora luz. Yo, en un último acto desesperado e inútil, me lanzo sobre ella con intención de protegerla.

—Pero... ¡qué demonios...! —exclama la voz de José, mi padre... y nuestro verdugo.

No me muevo. Solo espero. Noemí continúa produciendo ruidos lastimeros debajo de mí.

—Tranquilos, ahora os sacaré, pero dejad de hacer tanto ruido.

Al parecer mi estimado padre pretende que colaboremos mientras nos lleva al matadero. Si las circunstancias fueran otras, sin duda, lo encontraría gracioso.

—Teniente, sacaré primero a Noemí. Apártese, por favor —ordena mi padre con premura.

Nunca me ha gustado el cinismo. La rabia y la impotencia me corroen. No puedo hacer nada, estoy en desventaja y él lo sabe. Tan solo puedo obedecer. Obedecer y esperar mi momento.

—Muy bien, muchacho —me alienta cuando me aparto de Noemí hasta quedar tumbado de espaldas—. Ahora, jovencita, te ayudaré a levantarte. Tienes que poner un poco de tu parte, y en un momento todo habrá terminado —la exhorta mientras ella se sienta con dificultad y estira sus manos hacia él.

Gracias a la luz que entra a raudales por las puertas, puedo ver las lágrimas corriendo por el rostro de Noemí y me pregunto si son de alegría o de desesperación. José le libera las manos con dificultad; observo sus dedos artríticos y me sorprende, no me había fijado hasta este momento. No entiendo lo que está pasando; quizá ella no sepa quién es él ni lo que ha hecho; quizá, después de todo, quede algo de humanidad en el interior de él y no quiera hacerle daño a una inocente.

Por fin sus manos quedan libres e inmediatamente comienza a desatarse la mordaza anudada en la parte posterior de su cabeza.

José se arrodilla como puede a su lado y empieza a deshacer las ataduras de sus pies. Mis ojos regresan al rostro congestionado de Noemí. La miro y siento un nudo en la garganta; un gemido animal e involuntario brota de mi garganta. La mera idea de no volver a ver su rostro se me hace insoportable.

Noemí, por fin, me mira. En su mano cuelga el pedazo de tela que tapaba su boca. Me contempla como si me viera por primera vez. Su mirada se dirige hacia el hombre que permanece con la cabeza agachada, trabajando afanosamente en las ligaduras de sus pies, y torna de nuevo a mirarme.

—Señor José, ¿usted sabe quién es el hombre que está junto a nosotros? —pregunta sin dejar de mirarme, espionando mi reacción.

—Pues claro, muchacha, es el teniente de la Guardia Civil. ¿A santo de qué viene esa pregunta? —la interpela a su vez, sin despegar los ojos de su tarea—. ¡Bueno, ya está! —exclama tras soltar, por fin, los pies de Noemí—. Ahora sal de aquí.

Noemí deja de mirarme.

—Sí, claro —le contesta mientras temblorosa asciende los peldaños hacia la libertad.

No entiendo por qué José le ha mentado. Noemí parece saber quién es él, quién soy yo. Solo que parece temerme más a mí que a él.

—Ahora te desataré los pies para poder salir.

Yo mismo me libero de una vez de la molesta mordaza y, al mismo tiempo, noto cómo se aflojan las ligaduras de mis pies. Es el momento. A pesar de la lentitud de mis movimientos tras permanecer mis miembros atados e inactivos tantas horas, no tardo en reducir a mi adversario. Tras colocarme detrás de él, inmovilizo sus brazos pasando los míos, todavía atados por las muñecas, por su cabeza.

—¿Qué haces?! ¡Estás equivocado, yo no soy el enemigo! —protesta asustado.

—Eso ya lo veremos. Ahora vamos a subir los escalones con calma e iremos a reunirnos con Noemí. —Empujo sus piernas con mis rodillas para obligarlo a caminar.

Ante el tono de mi voz y mi violencia, parece decidirse y me hace caso sin oponer resistencia. Todavía inmovilizado, subimos con dificultad los escalones y traspasamos las puertas.

Miro a mi alrededor. Estamos en la cocina de su casa; al parecer, detrás de una alacena tienen la entrada a una fresquera antigua en evidente desuso... hasta que decidió utilizarla como improvisada prisión para Noemí y para mí.

—Cuando llegue Noemí, llamaremos al cuartelillo y...

—Teniente, creo que eso no va a ser posible —me interrumpe Rosalía, la mujer de José.

Sin soltar a su marido, la busco con la mirada. Está de pie, en la entrada a la cocina más alejada de nosotros, y apunta con una pistola a la cabeza de Noemí. Imagino que es mi pistola.

—Señora Gutiérrez, sé que usted ama a su esposo, pero ha estado actuando a su espalda y ha cometido...

—¿Está seguro de eso, teniente? —me interrumpe de nuevo, con voz extrañamente firme.

—Rosalía, por favor, para esta locura —ruega José, por su parte, con voz trémula.

Algo no va bien.

—Rosalía, ¿usted sabe quién soy? —pregunto, aflojando la presión de mi abrazo sobre su marido.

—Por supuesto. En cuanto te vi entrar por primera vez en esta cocina con tu uniforme y te presentaste, lo supe. Eres su viva imagen..., tu nombre..., ese apellido.

—¿Qué...?, ¿quién...?

—Entonces la nota... —digo yo haciendo caso omiso de los balbuceos de mi padre, aunque sin decidirme a soltarlo del todo, consciente del arma con la que su esposa aún apunta a Noemí.

—No se me ocurrió otra manera de atraerte a la cita. En cuanto al tonto del hijo del Mandíbulas, solo tuve que dejar caer en una conversación con su esposa lo que te había oído decir sobre ir esa noche a investigar por tu cuenta al lugar del crimen. La pobre Eulalia se lo cree todo; no fue la última vez que me serví de su fe ciega en mí.

—Pero, Rosalía, ¿qué estás diciendo? ¿Intentaste matarlo porque creías que era mi hijo? Sabes tan bien como yo que él no puede ser mi hijo. Tú misma hablaste con su abuelo. Está muerto, murió después de que se suicidara su madre.

El silencio de ella cae como una lápida sobre las palabras de mi padre. Está claro: mi abuelo y ella se pusieron de acuerdo para mentirnos a los dos. Para mantenernos separados el uno del otro. Si eso es cierto, él, mi padre, pensaba que yo estaba muerto, no me abandonó. Ese pequeño detalle podría cambiarlo todo por completo. Levanto los brazos, liberándolo de su prisión. Él se gira y me mira a la cara con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Es cierto? Tú, tú eres...

—Tu hijo, José Martín López de Castro.

Sin mediar más palabras, se arroja sobre mí y ambos nos fundimos en un abrazo.

—¡Ya basta! —grita su mujer fuera de sí.

—Rosalía, baja el arma, esto tiene que acabar —ruega José dando un paso hacia ella.

—¡Acabar! ¡Nada acabará hasta que todos hayan pagado por la muerte de nuestro hijo! ¿O acaso ahora que has reencontrado a tu hijo el nuestro ya no importa? ¿Es eso lo que quieres decir? —empieza a vociferar su mujer, agitando, exaltada, el arma.

Es evidente que cuando José le pidió a su mujer que terminara con todo esto no se refería solo a nuestro secuestro ni a la escena dramática que estamos protagonizando. Hasta este momento pensaba que mi padre no solo había intentado quitarme de en medio, por así decirlo, sino que también lo culpabilicé del intento de secuestro de Claudia e incluso sospeché de su implicación en la muerte de Lucía. Si él no fue el inductor de mi intento de homicidio, tampoco sería el culpable de todo lo demás. Está claro quién es la culpable o inductora de todo, pero cómo la muerte de una niña inocente y la de una bebé de apenas unos días podían reparar la muerte de mi hermanastro es algo que se me escapa por completo.

—¿Cómo puedes decir eso, Rosalía? ¿Crees que mi vida ha tenido algún sentido desde

entonces? Solo el sentimiento de culpa y tú conseguíais levantarme cada mañana. En mi conciencia pesaban la muerte de mi primera mujer, la de mis dos hijos y lo peor de todo: ver cómo tú te me morías en vida, poco a poco, de pena.

Ahora es Rosalía la que parece ablandarse, por fin, con las palabras de su marido. La mano con la que sujeta el arma, hasta ese momento firme, cede unos centímetros a la esperanza.

Mis ojos se cruzan con los de Noemí, que de manera inteligente o por puro miedo ha permanecido en silencio. Leo en su mirada un interrogante que me llena de pánico: esperar a que la negociación iniciada por mi padre funcione y Rosalía se rinda, o bien aprovechar el momento de titubeo para intentar escapar, con el peligro que esta última decisión conlleva. Aterrado, niego con la cabeza repetidamente mientras escucho decir a mi padre de fondo:

—... seguir haciéndole daño a inocentes no nos devolverá a nuestro hijo. Noemí no nos ha hecho nada. Vamos, baja el arma.

Por un instante pienso que lo conseguiré. Hasta que, de manera involuntaria, doy un paso hacia ellos. La mirada de Rosalía se fija en mí debido a mi estúpido movimiento. La mano armada, que había empezado un descenso claro, traza un giro inesperado en su recorrido para apuntarme directamente a la cabeza.

—Tienes razón, Noemí no es culpable de nada, pero él sí, él ha venido para apartarte de mí — sentencia al tiempo que acciona la corredera y dispara.

El tiempo y el espacio parecen ralentizarse y agudizar mis sentidos. Noemí, libre de la amenaza del cañón del arma, agarra con fuerza el brazo de Rosalía con intención de evitar un nuevo disparo. Mi padre se cruza en la trayectoria de la bala.

Al mismo tiempo, se oyen gritos y un estruendo proveniente de alguna parte sin identificar en el interior de la casa.

CAPÍTULO 18

Elena

Tras mi conversación con Marta cierro la puerta antes de subirme al coche para dirigirme a casa de Ana. Jorge falleció; ella es la única que puede contarme lo que en realidad ocurrió aquel día cuando persiguieron a Juan Carlos campo a través.

Conduzco pensando en cuál será la mejor manera de plantear mis dudas. Aparco y me encamino a su casa. Es de noche, y está cerrada con llave. Llamo al timbre, nerviosa. Sigo sin tener un plan.

Esta vez es Ana, y no Rafa, quien me abre la puerta. Va en pijama, el pelo enmarañado y en su cara reflejada la sorpresa, junto a una gruesa capa de somnolencia.

—¡Elena! ¿Qué ocurre? ¿Es Noe, la habéis encontrado? —pregunta sin darme tiempo a contestar.

—¿Puedo pasar? Será mejor que lo que vengo a decirte te lo diga dentro.

—Sí, sí, claro, pasa. —Se aparta para dejarme entrar y cierra detrás de mí.

Me giro para mirarla, sin saber muy bien a dónde dirigirme.

—Será mejor que vayamos al salón —responde a mi mudo interrogante, ya más despejada y con la angustia en la mirada.

Me siento en el sofá y ella lo hace junto a mí.

—¿Qué ocurre, Elena?

—Cariño, ¿quién ha venido a estas horas de la noche? —Rafa aparece por la puerta con cara de sueño y aún más avejentado si cabe que la última vez que lo vi.

—Soy yo, Rafa —respondo por Ana—. Siento haberos despertado, tenía algo que preguntar a tu mujer y no he podido esperar a mañana.

—¿Y qué pregunta es esa tan importante que no ha podido esperar? —replica Ana entre la curiosidad y el recelo—. No tengo ni idea de dónde pueden estar Noe y el teniente de Castro, no sé en qué más puedo ayudarte.

—Verás, en realidad no se trata de ellos... —Hago una pausa con el fin de coger aire y ánimo para formularle la pregunta que me quema las entrañas—. Lo que necesito saber es por qué mentisteis Jorge y tú cuando mataron a Juan Carlos, y qué es lo que en realidad ocurrió.

En apenas unos segundos, la cara de Ana pasa de la estupefacción absoluta al miedo, para mostrarme después las dudas internas que le provocan el deseo de seguir con la mentira y el de decir la verdad. Por fin, parece decidirse y su rostro se relaja ante la ineludible realidad.

—¿Qué tonterías estás diciendo, Elena? Debes de estar perturbada por la pena —vocea, alterado, Rafa.

—No sé cómo lo has averiguado —declara Ana, interrumpiendo a su marido—, pero no sabes cuánto me alegro de que por fin alguien lo haya descubierto.

—¿Qué... qué demonios quieres decir? —tartamudea su marido, consternado por su confesión.

—Rafa, cariño, lo siento, pero tengo que explicar la verdad. Es una losa que llevo cargando demasiado tiempo. Si no quieres oírlo, puedes marcharte, lo entenderé; solo os pido que me permitáis explicarlo en silencio, sin interrupciones.

Rafa, como única respuesta, se sienta en una incómoda silla y cruza los brazos en el pecho con la indignación y el temor reflejados a partes iguales en su rostro ceniciento.

—Cuéntame, Ana —solicito yo en un susurro.

—Aquel maldito día, Noe, su hermano Daniel y tú estabais enfermos de varicela y no vinisteis con nosotros. Jorge estaba harto de lidiar con los caprichos de Juan Carlos, y Marta y yo lo estábamos de su mal humor. Nos convenció para ir en bici hasta el cerro del Pastor. En cuanto llegamos, Jorge sacó los cigarrillos y todos nos pusimos a fumar, excepto Juan Carlos, que empezó a discutir con nosotros por ello. En otras ocasiones como esa, siempre había funcionado la diplomacia de Daniel y nunca había ocurrido nada más. Aquel día los ánimos se caldearon más de lo normal y Juan Carlos y Jorge se pelearon. Juan Carlos no era rival para Jorge, y el vencedor tuvo el poco tacto de burlarse del vencido. Juan Carlos era peligroso con el orgullo herido, y nos amenazó con chivarse a nuestros padres mientras, subido a su bici, iniciaba una loca carrera montaña a través. Jorge y yo no tardamos en perseguirlo para evitarlo, dejando atrás a una pobre Marta atemorizada por la situación.

En ese punto del relato, Ana se levanta como movida por un resorte.

—Necesito una copa, ¿queréis que os ponga una a vosotros? —pregunta con voz temblorosa.

Rafa acepta el ofrecimiento; yo, en cambio, me niego. Necesito las pocas neuronas activas en plena forma y, aunque lo que más deseo es notar cómo el alcohol adormece mis sentidos, no puedo permitirme el lujo de sucumbir a lo fácil.

Permanecemos todos en silencio, tan solo interrumpidos por el sonido de los hielos al chocar contra el cristal y el líquido derramándose sobre ellos.

Ana, tras entregarle una copa a su marido sin mirarlo a la cara, se sienta y se infunde el valor necesario para continuar la narración bebiéndose la totalidad del contenido de su vaso de un solo trago.

—Juan Carlos nos llevaba un poco de ventaja —continúa relatando, la vista fija en el fondo de su vaso vacío—, pero Jorge bajaba tras él a una velocidad endemoniada. Casi lo había alcanzado cuando Juan Carlos chocó su bici contra uno de los árboles. Salió despedido hacia delante y colisionó contra este de frente. Yo iba algo más retrasada, y cuando llegué, Jorge estaba levantando a Juan Carlos del suelo; se había golpeado la nariz contra el árbol, y aunque no sangraba mucho, el golpe tenía muy mal aspecto. Jorge parecía asustado y Juan Carlos no paraba de llorar; yo le presté mi pañuelo y se limpió la sangre y los mocos con él. Una vez todos más calmados, Jorge le propuso ir primero a por Marta y acompañarlo todos después hasta su casa. Todo parecía olvidado, y entonces... fue cuando se torció. Juan Carlos, con una mueca de desprecio, rehusó la oferta de Jorge y se reafirmó no solo en lo de chivarse por fumar, sino que, además, tenía intención de culparnos de su caída. Jorge perdió el control y arremetió contra él; se desplazaron durante unos metros abrazados, en un intento de zafarse uno, y de no permitírsele el otro, hasta que el tronco de un árbol los frenó. Jorge inmovilizó a Juan Carlos contra este y me ordenó que lo atara con la cuerda que llevaba en mi mochila para saltar a la comba. No fui capaz de rehusar sus órdenes e hice lo que me pidió. Juan Carlos no paraba de gritar y revolverse como un energúmeno, clamando venganza contra nosotros. Jorge le avisó que lo dejaría allí atado como escarmiento y para que reconsiderase su postura. Sus gritos se redoblaron, y al ver mi pañuelo en el suelo, Jorge se lo metió en la boca a la fuerza para acallararlo. Yo no sabía qué temía más, si las

amenazas de Juan Carlos o la locura que parecía haberse apoderado de Jorge. No me atreví a llevarle la contraria y me fui con él, con la promesa de que más tarde volvería para desatarlo e intentar razonar con Juan Carlos. Fuimos a buscar a Marta, le contamos una mentira y, juntos, regresamos al pueblo. Jorge se citó conmigo a la mañana siguiente para devolverme mi pañuelo y explicarme cómo había terminado todo. Cuando nos vimos, junto al árbol seco, me explicó que cuando regresó para desatarlo, lo encontró muerto. Supusimos que, a causa del golpe, la nariz se había inflamado, imposibilitándole respirar, y con el pañuelo taponándole la boca, le habíamos provocado sin quererlo la muerte.

Llegado ese punto, el rostro de Ana está completamente surcado de lágrimas de pena y remordimiento. Yo, por mi parte, estoy desconcertada. Llegué hasta aquí esperando encontrar un testigo que incriminara al teniente de Castro en la muerte de Juan Carlos y acabo de escuchar una confesión de homicidio no doloso de la madre de otra víctima de homicidio. Esta pesadilla parece no tener fin.

—¿Qué ocurrió con el pañuelo y la cuerda? —pregunta mi faceta de guardia civil, ajena al doloroso estado emocional en que me encuentro.

—Según me contó Jorge, a su regreso, su padre lo había encontrado en un estado lamentable y le había confesado la verdad, sin omitir nada. Su padre lo tranquilizó, diciéndole que él se ocuparía de todo y que lo único que teníamos que hacer era mantener aquella mentira contra viento y marea. Y eso es lo que hicimos; lo que pasó con el pañuelo y la cuerda nunca llegué a saberlo.

—¡Dios mío, Ana! —exclama Rafa horrorizado—, entiendo que mintierais en ese momento, tan solo erais unos niños, pero ¿por qué lo habéis mantenido en silencio desde entonces?

Ana lo miró desolada, consciente de haber perdido al único miembro que le quedaba de su familia rota.

—Al principio estaba aterrorizada. Mis padres achacaron mi comportamiento al shock de la muerte de un amigo y me llevaron a terapia. Intenté explicarle la verdad al terapeuta, e incluso él me convenció de que solo era una historia creada por mi mente a causa del shock y la culpa de haberlo dejado marchar. Al final, yo misma llegué a pensar que todo había sido una creación de mi mente.

—¿Y Jorge? —pregunto yo.

—Nunca más volvimos a hablar del tema.

—¿Qué ocurrirá ahora con Ana? —me pregunta Rafa abatido.

—Tengo que denunciarla, Rafa; faltan solo unos meses para que prescriba el crimen. Si se demuestra que es homicidio imprudente, no le ocurrirá nada, ya que, en este caso, sí estaría prescrito.

Ambos se miran, una solicitando lo que el otro ya no es capaz de dar.

Salgo al pasillo para dar parte por teléfono y que alguien venga a buscarla. No soy capaz de sacar a una amiga esposada en mitad de la noche para llevarla al cuartel. Cuando vuelvo a entrar, me cruzo con Rafa, que, incapaz de mirarme, musita:

—Lo siento, no puedo, no me quedan fuerzas. —Y sigue avanzando por el pasillo, con el cuerpo encorvado por un peso invisible.

Yo entro en el salón, me siento junto a Ana y le doy la mano en silencio mientras ella solloza.

Soy la encargada de abrir la puerta a mis compañeros. No los acompaño, no puedo. Salgo de la casa tambaleante como una borracha. No solo acabo de entregar a una de mis amigas, sino que su detención significa que el teniente, a pesar de las falsas apariencias, no tiene nada que ver con el caso de Juan Carlos y, por ende, nada que ver con el resto de los delitos, incluidas su propia

desaparición y la de Noe.

Entro en mi coche con la cabeza a punto de estallar. Me tomo una de las aspirinas masticables que siempre llevo encima y reclino el asiento a tope hacia atrás. Todo se desmorona a mi alrededor, nada tiene sentido y no sé cómo ni dónde buscar a mi mejor amiga. Cierro los ojos y, aquí, tumbada en mi coche en plena madrugada, me dejo llevar por la más pura desesperación y lloro como nunca hasta ahora lo he hecho.

Cuando por fin seco el pozo de mi angustia llorando, decido realizar una última visita antes del amanecer. Tengo que hablar con el padre de Jorge.

CAPÍTULO 19

Noemí

Tras descubrir el secreto de Martín, soy recompensada con un golpe en la cabeza y la negrura. Cuando, por fin, despierto de esa horrible pesadilla aterida y entumecida, la realidad vuelve a golpearme: nada ha sido un sueño, sino una terrorífica realidad. No me despierto en mi mullida y cómoda cama, sino atada y amordazada en un lugar oscuro y frío, con un desconocido babeándome encima.

Es un momento aterrador, en el que lucho como un quijote contra invisibles molinos de viento. La situación mejora con la súbita aparición del señor José, en el papel de ángel de la guarda y salvador, para empeorar más tarde y acabar en la tragedia que ahora mismo estamos viviendo.

Durante los pocos minutos en que permanezco encañonada por Rosalía, estoy convencida de que tanto Martín como yo no vamos a vivir para contarlo, y me da por pensar en la cantidad de cosas que aún no he hecho y en las que no podré volver a hacer jamás: casarme, tener hijos, abrazar a mis padres y a mi hermano, acabar mi estúpida tesis... Volver a hacer el amor con el hombre del que sin duda me he enamorado.

Después, todo pasa muy rápido. El disparo, yo luchando con la señora Rosalía, Elena entrando armada en la cocina y Martín arrodillándose frente al cuerpo yacente de su padre desangrándose sobre las baldosas de la cocina. Ha recibido una herida de bala en el pecho. Una bala que iba dirigida a su hijo.

Todavía en estado de shock, Elena me quita la pistola de las manos mientras llama a una ambulancia por teléfono.

Rosalía, derrumbada sobre el cuerpo de su marido, grita y llora enloquecida. Pero yo solo tengo ojos para él: en el rostro macilento de Martín se refleja un profundo dolor, y en sus ojos, cercados por profundas ojeras, el desamparo del niño abandonado que un día fue.

—¿Quién ha disparado? —pregunta Elena, práctica y directa como siempre.

—Ha sido la señora Rosalía —respondo.

—Yo no quería... Tenéis que salvarlo —implora Rosalía aferrando, sin separarse del cuerpo moribundo de su marido, la mano de Elena.

—Claro que sí, Rosalía, tranquila. La ambulancia ya está aquí —responde en el mismo tono que utilizaría para hablar con un niño, un borracho o un loco—. Ahora el brigada te acompañará en el coche patrulla al hospital —argumenta, y se libera de la presión de su mano para acercarse a un compañero y hablarle en voz baja.

—No. Yo quiero acompañarlo en la ambulancia —replica Rosalía, más serena y con voz más firme.

—Rosalía, haz caso a Elena, yo estaré bien —ruega José.

Rosalía acepta a regañadientes, incapaz de contrariar a su marido en esa situación.

Los cuatro presenciamos su marcha, conscientes del engaño.

—Elena, no le hagáis daño, ella... ella no está bien —declara, suplicante, José—. La culpa ha

sido mía, debí darme cuenta antes, debí parar mucho antes toda esta locura...

—José, está en su derecho a no declarar —le aconseja Martín.

José lo mira apesadumbrado.

—Gracias, hijo —remarca la última palabra—, pero es mi deber hacerlo. Mi mujer nunca se recuperó de la muerte de nuestro hijo. Cayó en una profunda depresión de la que nunca logró salir del todo, a pesar de los médicos y las muchas pastillas que tomaba. Hace unos meses vino a vernos Jorge. Había sido padre recientemente y necesitaba descargar su conciencia. Nos contó, entre lágrimas de arrepentimiento, cómo Ana y él habían matado de manera involuntaria a nuestro hijo atándolo y amordazándolo. Pensé que Rosalía montaría en cólera, pero me equivocaba: se mostró calmada y comprensiva con él, recuerdo que incluso le ofreció un café. Debí sospechar de su comportamiento; en cambio, pensé que, tal vez, conocer la verdad le permitiría salir de ese profundo pozo en el que se había sumido.

—¿Cree que pudo ponerle algo en el café? —pregunta Elena, que, a diferencia de nosotros, no parece en absoluto sorprendida por las declaraciones de José.

—Ella misma me lo confesó con posterioridad. Vertió en él todas las pastillas que le quedaban. Después de aquel día, dejó de tomarse las pastillas, aunque yo no lo sospeché, ya que me enviaba religiosamente a por ellas a la farmacia. De hecho, al principio incluso noté una gran mejoría en su estado de ánimo. Lo que yo confundí con mejoría en realidad era un grave empeoramiento de su estado. Durante meses, en su mente calenturienta fue urdiendo un plan macabro y delirante, pero eso lo supe después, cuando ya era demasiado tarde y nada podía hacer por salvar el cuerpo sin vida de la pequeña Lucía.

—¿Cómo lo descubrió, José? —sigue preguntando, imperturbable, Elena.

—Había invitado a merendar a la pequeña, y yo salí un momento a devolverle a Toño, el del bar, una herramienta. Cuando regresé, la niña estaba tumbada en el sofá y mi esposa sujetaba un cojín sobre su carita. La aparté inmediatamente, pero era demasiado tarde. Cuando le reclamé el motivo de la atrocidad que acababa de cometer, me hizo partícipe de su plan. Me confesó haber sido la causante de la muerte de Jorge, pero no estaba satisfecha; necesitaba que todo el mundo conociera la verdad, y, por supuesto, Ana, la otra homicida, no podía quedar impune. De modo que, matando a Lucía, conseguía los dos objetivos: vengarse de Ana y que se volviera a investigar el caso al dejar el cuerpo de la pequeña en el mismo lugar donde falleció nuestro hijo.

—Pero ¿por qué no dijiste nada entonces?, ¿por qué la encubriste? —pregunta Martín, tan horrorizado como yo por su declaración.

—Nada de lo que hiciera resucitaría a la niña. Conocer la verdad y a los culpables no ayudaría en nada a los padres, como tampoco nos había ayudado a nosotros. Ahora sé que me equivoqué —confiesa, mirándonos uno a uno a los ojos—, pero cuando amas tanto a una persona, a veces lo correcto no te importa tanto como el bienestar del ser amado. —José mira fijamente a Martín al decir esas últimas palabras, como si solo él pudiera entenderlo.

Martín levanta la vista y me observa con un extraño brillo en su mirada, que no sé muy bien cómo interpretar.

—¿Cuándo llegará la maldita ambulancia? —exclama Martín apartando sus ojos de los míos. Inquieto, se levanta del lado de su padre.

—Aún no he terminado, Martín —objeta José, dispuesto a seguir con su confesión—. Yo mismo llevé el cuerpo sin vida de Lucía hasta aquel condenado árbol en medio del bosque. Cuando apareciste en nuestra puerta aquella mañana —continúa dirigiéndose a Martín, que ha regresado a su lado—, pensé que volveríais a investigar el caso de nuestro hijo y que eso

mantendría tranquila a Rosalía. De nuevo me equivoqué. Ella intuyó en ti lo que yo no supe ver, y aunque no sospeché en ningún momento de su implicación en el tiroteo, más tarde pude darme cuenta de cuán peligroso se había vuelto su delirio. La noche del secuestro de Claudia, llegó a casa con la pequeña en brazos, con intención de repetir con ella la misma barbaridad que con Lucía. En su mente trastornada había empezado a culpabilizar también a la pobre Marta de lo ocurrido a nuestro hijo. Había conseguido las llaves de casa de Marta gracias a la incauta Eulalia, cuando ese mismo día vino a limpiar a casa después de limpiar en la de ella. Salí con la pequeña en brazos, dispuesto a confesar, pero en el último momento fui débil y todos creyeron mi mentira.

—No todos —declara Martín—. Yo te creía culpable de mi tentativa de homicidio, y también sospeché de ti en cuanto te vi aparecer de la nada con la niña y aquella historia tan rocambolesca, pero en ningún caso sospeché de la culpabilidad de tu esposa.

—Desde entonces la vigilé a todas horas; apenas dormía esperando su siguiente paso. Sabía que ella era la causante de vuestra desaparición —dice en referencia a Martín y a mí—, pero se negaba a confesarme si permanecíais con vida o no, ni dónde os tenía retenidos. La suerte hizo que os encontrara antes de que pudiera llevar a cabo sus planes.

En ese momento oímos cómo los ETS entran, por fin, en el domicilio para recoger a José.

—¿Por qué te cruzaste en la trayectoria de esa bala? —pregunta Martín antes de que nos interrumpen, con anhelo en esos ojos azules iguales que los de su padre.

—No pude hacer nada por salvar a mi otro hijo, tampoco pude salvar a ninguna de mis dos mujeres, así que al menos tenía que salvarte a ti —afirma José con los ojos llenos de pena y culpabilidad, aferrándose a la mano que su hijo le brinda, antes de que los sanitarios lo coloquen en la camilla para trasladarlo.

La visión de los dos, padre e hijo mirándose a los ojos, se distorsiona a causa de las lágrimas que nublan mi vista. Tantas muertes y tanta tristeza por el necio comportamiento de unos niños. A veces la vida es injusta... o injustamente estúpida.

Noto una mano amiga junto a mí. Me enjugo las lágrimas con el dorso de la mano libre y contemplo por un instante a Elena. En su mirada puedo ver las horas de sueño y de angustia transcurridas en mi ausencia y ese deseo que permanece siempre en espera. Le aprieto con dulzura la mano y me aparto para acercarme a Martín. Por mucho que la quiera, nunca podré darle lo que ella necesita de mí, y ya va siendo hora de que sea consciente de ello.

Al acercarme, Martín parece salir del extraño trance en el que se encuentra, y el teniente de la Guardia Civil aparece en escena mientras se llevan a José de la habitación.

—Cabo Fabra, ¿cómo sabías dónde encontrarnos? Tu aparición no pudo ser más proverbial... Y tampoco parecías extrañada con todo lo que se ha contado en esta cocina.

—El llegar en el momento justo ha sido mera casualidad; en cuanto a las declaraciones..., digamos que las pasadas veinticuatro horas han sido mucho más fructíferas que los últimos veinte años.

—¿Sabías que Jorge y Ana mataron a Juan Carlos? —pregunto yo desconcertada.

—Decidí seguir una corazonada. Un comentario de Marta me llevó a hablar con Ana, que, cansada del peso de la mentira y de la culpa, confesó.

—Sigo sin entender cómo la confesión de Ana te pudo traer hasta nosotros —replica Martín con gesto cansado.

—Entre otras muchas cosas, me confesó que, además de ella y Jorge, solo el padre de este conocía la verdad. Fui a hablar con él. Hace veinte años acudió al lugar del crimen y destruyó las únicas pruebas que podían implicar a su hijo y a Ana. Después, se inventó la presencia de un

coche inexistente para centrar las pesquisas en un extraño. Por último, me dijo que a Jorge, desde el nacimiento de su hija, le remordía la conciencia y había decidido confesarle a José y a Rosalía la verdad. Nunca supo si llegó a hacerlo.

—Y entonces investigaste el accidente de Jorge, ¿no? —interrumpo yo al atar cabos.

—Así es. Tal como ocurrió el accidente, casi con toda seguridad, Jorge volvía a su casa desde el pueblo.

—Sospechaste que podría volver de confesar su crimen y decidiste venir a averiguarlo —concluye Martín, llevándose la mano a la sien con un gesto de dolor.

—Exacto —confirma Elena—. Pero ahora creo que los dos deberíais acercaros al hospital. Ninguno tiene muy buen aspecto...

—Sí, será lo mejor. ¿Está al corriente el comandante de todo lo sucedido? —responde Martín, profesional hasta el final.

—Tenía conocimiento de mi visita y la del brigada, pero ahora los pondré al corriente al juez y a él. También solicitaré que vengan un par de compañeros, tanto para trasladaros al centro hospitalario como para que me ayuden a realizar el reportaje fotográfico y la recogida de muestras. No te preocupes.

—Está bien, dejo todo en tus manos. Creo que iré a sentarme al salón mientras esperamos a que...

Martín pierde el conocimiento antes de terminar la frase. Por suerte, ambas corremos a socorrerlo y evitamos que caiga al suelo desplomado.

Con su cabeza en mi regazo, no tarda en recobrar el conocimiento, y Elena, eficiente como siempre, ya está llamando a una ambulancia.

Antes de darnos cuenta de nada, Martín y yo estamos subiendo juntos a una ambulancia. Martín se muestra terco; se ha negado a ser trasladado en camilla y se sienta conmigo en uno de los asientos traseros. El técnico sanitario decide sentarse delante, con su compañero, algo mosqueado con nuestra actitud, de modo que hacemos el camino al hospital los dos solos, en la parte de atrás de la ambulancia.

No sé qué decirle, y a él parece ocurrirle lo mismo. Me encantaría poder comentar con él todo lo ocurrido, pero no sé en qué punto exacto se encuentra nuestra relación.

—No quería mentirte. Mi intención era contarte la verdad —declara Martín incómodo, con la mirada fija en la nuca del conductor de la ambulancia, sentado delante de él.

—¿Y cuándo pensabas hacerlo? —replico con cierto resentimiento en la voz, del que yo misma me sorprendo.

—Quise hacerlo desde la primera noche que pasamos juntos.

—Pero no lo hiciste —afirmo, todavía combativa.

—No, no lo hice. Fui un cobarde contigo, con mi padre..., incluso con Elena, a la que me dediqué a dar lecciones de moral y profesionalidad.

Se ríe sin humor al pronunciar esas últimas palabras. Yo lo observo. Su aspecto es el de alguien que acaba de participar en una cruenta batalla de la que no ha salido vencedor. Por fin se gira y me mira a los ojos; en su mirada no queda rastro del estricto y formal teniente, solo de un hombre derrotado y cansado de luchar. Noto cómo las fuerzas y la beligerancia me abandonan por completo. Estoy a punto de confesarle cuánto lo amo cuando la ambulancia se detiene frente a las urgencias del hospital, interrumpiendo nuestro único momento de auténtica sinceridad desde que nos conocemos.

Enseguida se abren las puertas y somos atendidos por el personal sanitario del hospital. Nos

separan en cuestión de segundos, sin que ninguno de los dos añada nada a lo dicho en el interior de la ambulancia.

El golpe en mi cabeza no reviste gravedad, y tras realizarme algunas pruebas rutinarias para descartar posibles daños cerebrales, me despachan con un par de puntos y una receta de paracetamol.

He estado pensando en las últimas palabras de Martín y me he dado cuenta de que mi comportamiento también ha sido de absoluta cobardía. Nunca me he atrevido a demostrarle mis sentimientos por miedo a su rechazo, pero después de todo lo ocurrido en las últimas veinticuatro horas, soy consciente de hasta dónde puede llevar no decir la verdad en el momento oportuno.

Así que me siento en la sala de espera para aguardar a que aparezca, con el único propósito de confesarle mis sentimientos antes de que sea demasiado tarde.

Elena entra corriendo en la sala. Al verme, se acerca despacio.

—Me han dicho que estás bien.

—Eso parece... No tienes muy buen aspecto.

—Habló quién pudo —contesta con una sonrisa en los labios—. ¿Cómo no te has ido ya a casa?... Estás esperándolo, ¿verdad? —pregunta, seria de nuevo.

Yo me limito a asentir. En ese momento suena mi móvil. En la pantalla veo que es mi madre. Le he mandado un WhatsApp para explicarle que me encontraba bien, pero supongo que, para una madre, no es suficiente aclaración. Le enseño la pantalla a Elena, que eleva las cejas y se aparta, conocedora de lo que me espera.

Los siguientes minutos, mi oído interno sufre los gritos y el llanto de mi madre, que no acaba de decidirse entre el alivio de que haya aparecido sana y salva y el enfado por no haberme comunicado inmediatamente con ella. Mientras la escucho, por decimotava vez, explicarme lo preocupada que ha estado, veo acercarse a Martín. Lleva la cabeza vendada; Rosalía lo golpeó con mucha más fuerza que a mí. Examinó con detenimiento su rostro en busca de signos que me den alguna pista sobre su estado de ánimo. Está serio como siempre, y es evidente el cansancio acumulado, pero no tengo ni idea de lo que ocurrirá cuando le declare mis sentimientos.

—Mamá, mamá, lo siento, ahora tengo que dejarte —digo, ajena a las protestas que surgen del altavoz del móvil—. Hola —saludo, cortada, a Martín.

—Hola. Veo que has salido mejor parada que yo —comenta mirándome la cabeza.

—¿Es grave? —Me acerco a él.

—No. Solo aparatoso. Por suerte tengo la cabeza bastante dura; nadie diría lo fuerte que pueden golpear algunas ancianas —bromea, mostrándome un leve atisbo de su preciosa sonrisa de medio lado, que, ahora sé, es heredada de su padre.

—Hay algo que quería contarte.

—Espera, Noemí —me interrumpe seco—, déjame explicarme a mí primero —dice, nervioso y frustrado al no poder mesarse los cabellos por culpa del vendaje—. Verás, mi relación con las mujeres siempre ha sido..., ¿cómo explicarlo?

Me doy cuenta de que está intentando ser lo más delicado posible y el alma se me cae a los pies. Va a cortar conmigo cuando yo estaba a punto de declararle mi amor eterno.

—... quiero decir —continúa, ajeno a mis lúgubres pensamientos— que nunca he sido un hombre de comprometerse, ni de ñoñerías de esas sobre los sentimientos...

Mi rostro debe de reflejar mi estado de ánimo, puesto que, a continuación, me pregunta preocupado:

—¿Te encuentras bien? No tienes buena cara, ¿quieres que llame a alguien? Estos malditos

matasanos no saben ni hacer medianamente bien su trabajo...

—Tranquilo, estoy bien, continúa —lo animo, desesperada por huir de aquí lo más rápido posible.

—Creo que ya lo sabía mucho antes, pero fue esta mañana, al despertar junto a ti en la fresquera, cuando fui consciente de la verdad... Luego, cuando José nos contaba la razón por la que había permanecido junto a su esposa y la había apoyado, a pesar de todo lo que había hecho, no me cupo la menor duda...

No entiendo nada de lo que me está diciendo, solo quiero que termine con ese discurso tan penoso e incomprensible para que pueda irme a casa a llorar mis penas.

—Yo sería capaz de todo eso y más, por ti.

Mi mente acaba de bloquearse.

—¿No dices nada? —Bascula el peso de su cuerpo de una pierna a otra, frenético, esperando una respuesta por mi parte.

Y entonces, empiezo a reírme a carcajadas, como una auténtica chiflada incapaz de controlar sus emociones. Intento dominarme cuando vislumbro, a través de mis ojos llorosos, el rostro de Martín. Lo retengo antes de que se marche ofendido y, ya más calmada, le doy un beso apasionado como única respuesta.

—No vuelvas a darme un susto como este en tu vida, ojos de gata —me advierte más tarde, mientras, abrazados, caminamos por los pasillos del hospital hacia la salida.

En la puerta, veo a Elena, de espaldas a mí, hablando con una médica. Creo que es la doctora que las atendió a Marta y a ella cuando nos drogó Rosalía. Me fijo en sus ojos, de un precioso color verde, muy parecidos a los míos; están fijos en Elena y tienen un brillo especial. Las saludo al pasar y veo que los de Elena también lucen ese brillo especial que antes solo tenía para mí. Y me alegro. Por mí, por ella y por nuestra amistad.